

*León Daudet*



# LA GUERRA TOTAL

MCMXVIII

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

**Euskal Herriko Komunistak**

LÉON DAUDET

LA  
GUERRA TOTAL

Nota de EHK sobre la conversión  
a libro digital para su estudio.  
En el lateral de la izquierda aparecerán  
los números de las páginas que  
se corresponde con las del libro original.  
El corte de página no es exacto,  
porque no hemos querido cortar  
ni palabras ni frases,  
es simplemente una referencia.  
<http://www.abertzalekomunista.net>

Traducido de francés con I.A.

NOLVELLE LIBRAIRIE NATIONALE  
II, RUE DE MÉDICIS, PARÍS  
MCMXVIII  
AS O PANTEÓN I  
PARÍS

*A partir de este trabajo  
cien ejemplares en Vergé por fil  
de Papeteries Lafuma, en Voiron,  
papel con marca de agua del monograma  
de la Nouvelle Librairie Nationale.  
Estos ejemplares se reimprimen en dieciséis Soleil,*

*y numerados para la prensa.  
Ejemplares suscritos antes de salir a la venta  
llevan el nombre del titular de la póliza.*

Copyright 1918, por la Société française d'Édition et de Librairie,  
propriétaire de Nouvelle Librairie Nationale.  
Reservados todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación.  
para todos los países.

PARA

TENIENTE GEORGES GRESSENT-VALOIS

VETERANO DE VERDUN  
AUTOR DEL "CABALLO DE TROYA"

*Su admirador y amigo,*  
LÉON DAUDET

# LA GUERRA TOTAL

## CAPÍTULO I

### QUÉ SE ENTIENDE POR GUERRA TOTAL

Estamos en el cuarto año de la guerra europea y puede decirse que las naciones de la Entente, los guardianes de la civilización, apenas empiezan a comprender la naturaleza de la lucha despiadada que libra contra ellas la barbarie alemana. Por supuesto, nunca es demasiado tarde para hacer lo correcto, pero creo que habríamos salido victoriosos hace varios meses si el concepto de guerra *total* —tal como los alemanes la están librando contra nosotros, y tal como nosotros deberíamos librarla contra ellos— hubiera sido aceptado y luego aplicado por nuestros respectivos gobiernos.

8

Fue mérito de Clemenceau que, en su discurso de acusación ante el Senado el 22 de julio de 1917, sacara por fin este concepto a la luz pública. Les recuerdo, sin orgullo, pero también sin falsa modestia, que he luchado por ello en *Action Française desde el* comienzo de las hostilidades. Al igual que en *la preguerra*, los acontecimientos me han dado la razón. Voy a exponer la tesis y sus ejemplos, no como polemista, sino como un poco historiador, preocupado por una demostración convincente. El periódico se presta a la polémica cotidiana. El libro, la serenidad crítica. Además, mientras escribo, la prueba de lo que he argumentado y apoyado está en [casi] cada punto.

¿Qué es la guerra *total*? Es la extensión de la lucha, en sus fases aguda y crónica, a las esferas política, económica, comercial, industrial, intelectual, jurídica y financiera. No son sólo ejércitos los que luchan; son también tradiciones, instituciones, costumbres, códigos, mentes y, sobre todo, bancos. Alemania se ha movilizadado en todos estos ámbitos. Empezó una propaganda desbordante, siempre implacable, a veces inteligente, a veces

estúpida, raramente inútil. Buscó constantemente, más allá del frente militar, la desorganización material y moral de los pueblos a los que atacaba. Durante las hostilidades, continuó e intensificó su programa prebélico de explotación del espionaje y la traición.

9

Tomemos Rusia, por ejemplo. Ahora resulta que el gobierno alemán había creado inteligencias en el Gour y en los consejos de gobierno — Stürmer y Protopopof—, así como en las altas esferas militares y en los círculos revolucionarios. La penetración alemana antes de la guerra había facilitado relativamente esta táctica. Desde el principio se había producido en Rusia una germanización desde arriba que pretendía complementar y unirse a la germanización desde abajo. Stürmer tendía la mano a Lenin. La desertión rusa no tenía otra causa. Debe ser una terrible lección para todos los aliados.

Rusia no es un antiguo país unificado como Francia. No tiene a sus espaldas siglos de civilización monárquica como Francia. La ignorancia de la necesidad de una guerra total es, por tanto, más excusable y más comprensible por su parte que por la nuestra. En Francia, los diferentes gabinetes que se han sucedido desde el 3 de agosto de 1914, hasta Clemenceau incluido, han dado la impresión de considerar la lucha actual como un episodio más o menos rápido y trágico, tras el cual las cosas volverían a su curso normal. Un anciano ministro, un académico que debería tener experiencia, fue incluso capaz de expresar en la Cámara la fatal y peligrosa idea de que después de la guerra ihabría que respetar "el libre desarrollo económico de Alemania"! Sabemos adónde conduce este libre desarrollo: a la invasión y ocupación del territorio francés. Se trata de un error garrafal, que demuestra que quien lo comete no entiende absolutamente nada del conflicto actual. Me froté los ojos al leer semejante afirmación y me pregunté: "Entonces, ¿para qué habrán servido tantos sacrificios heroicos? ¡Para dejar hacer a los bárbaros alemanes, para dejar pasar a los incendiarios! La jerga del liberalismo es desafortunada, cuando un gran pueblo se juega sus libertades y su futuro.

11

Y pensar que, en el momento de escribir estas líneas, nuestros tribunales franceses aún no se han puesto de acuerdo sobre la cuestión de conceder o no capacidad jurídica al enemigo, ¡para darle acceso a nuestros tribunales! Se han encontrado jueces que defienden esta teoría demencial que, de ser aceptada, permitiría a un oficial alemán reclamar el cobro de una deuda en

Francia contra la viuda de un soldado francés muerto en la guerra. "La fôôôrme, messieurs, la fôôôrme", balaba Bridoisson. Todos los periodistas patrióticos y razonables de la prensa francesa protestaron contra este planteamiento excesivamente legal e indudablemente inhumano, del que los alemanes podían sacar gran provecho. De país a país en guerra, las ventajas jurídicas equivalen a ventajas militares. El Sr. Godofredo y el Sr. Tronquoy no se dieron cuenta de ello. Pero, ¿cómo pudo el entonces Ministro de Justicia no hacerles comprender que un estado de guerra es diferente de un estado de paz?

Sin guerra total, el bloqueo con el que las naciones aliadas pretendían con razón —al menos hasta la desertión rusa— cercar y matar de hambre a Alemania, era y podía ser sólo una palabra. A través de las mallas sueltas de una administración, policía y aduanas sin control, las necesidades básicas y secundarias llegaban a Germania en suficiencia, si no en abundancia. Los neutrales lo abastecían como podían, e incluso encontró aquí cómplices criminales. No quiero sobrecargar este relato con fatigosa documentación. Pero recibí cientos de cartas de denuncia sobre tal o cual persona que comerciaba con el enemigo. ¿Cómo podía dar sentido a todo este batiburrillo? Incluso si permitimos tanto como sea posible la calumnia y la invención, está claro que Alemania resistió unos tres años y medio y que, si el bloqueo hubiera sido estricto, no debería haber podido resistir más de dos años.

No me digan que el concepto de guerra corta es responsable de este fracaso, que habríamos actuado de otra manera si hubiéramos previsto la guerra larga y crónica. También Alemania creía en la polaina corta, en la campaña "fresca y alegre". Sin embargo, desde la primavera en adelante, libró la guerra como debía librarse, en todos los aspectos; sus medidas para la ofensiva de espionaje y traición detrás de nuestro frente estaban en marcha desde hacía mucho tiempo. En cuanto fue derrotada en el Marne y la lucha se estabilizó, trató de intensificarlas. Se dijo a sí misma que no todo estaba perdido, que tenía que volver al trabajo y recuperar pacientemente una situación comprometida, desde el 12 de septiembre jpt4, por la suerte de las armas y la habilidad de nuestros generales.

13

Aquí me veo obligado a suponer que usted ha leído *el Avant-Guerre* o seguido las campañas de *Action Française* desde el golpe de Agadir. En dos palabras, al principio de las hostilidades, nuestra situación era tal; la mayoría de los miembros de la Cámara —es decir, la facción más activa del

Parlamento— no creía en la inminencia ni siquiera en la posibilidad de la guerra. Joseph Caillaux, lo que yo llamaba el clan Ya; un grupo de personalidades del mundo de la política, de la industria y, sobre todo, de las finanzas, dedicadas a la ingrata y peligrosa tarea del "acercamiento franco-alemán". A esta tarea se aplica el famoso axioma: *Errare humanum est, perseverare diabolicum*. La lección de Agadir, venida después de tantas otras advertencias hábilmente escalonadas a lo largo de cuarenta y cuatro años, no había abierto los ojos de estos señores, ni disuelto su pernicioso obstinación. Pernicioso no es un término excesivo, porque el alemán aumenta sus pretensiones cuanto más se le da, y la mejor y más segura manera de excitar su insaciable codicia es dejar que se establezca en tu país.

14

Te toca salir, tú que hablas como un maestro. La casa es mía. Lo haré saber.

Estoy convencido de que la concesión del puerto y la mina de Diélette al metalúrgico Thyssen, en plena guerra, tuvo mucho que ver con el cambio de actitud del Káiser, como señala en el Livre Jaune M. Cambon. Después de Normandía, ¿por qué no París?

Cuando el Sr. Caillaux y sus amigos pensaban que estaban domando al ogro, en realidad lo estaban cebando. El llamado acercamiento franco-alemán les parecía a los alemanes un asunto de gato y ratón. Con Francia al alcance de sus fauces industriales y militares, pretendían hacer un trabajo corto con ella.

15

En 1912 y 1913, cuando uno hablaba de esa manera, que es el lenguaje del más llano sentido común, era visto, a los ojos de la gente acartonada, como un bicho raro o un visionario. El Sr. Caillaux, cuya esposa aún no había matado a Calmette —una trágica contrapartida al asunto de Victor Noir—, era visto por la misma gente como un político astuto que había encontrado la veta madre. Nadie se extrañó de las extrañas compañías que tuvo a partir de entonces, que iban desde el alemán nacionalizado Emil Ullmann, director del *Comptoir National d'Escompte de París*, pasando por el periódico *Gil Blas*, dirigido por los "gebrüder Merzbach", banqueros franco-berlineses, hasta el Courrier Européen dirigido por un tal Paix-Séailles, socio del alemán Emmel, con Vigo, conocido como "Almeryda", como secretario de redacción.

Si menciono aquí el nombre de M. Caillaux, no es para condenar a un acusado, es porque este nombre se ha convertido en un símbolo. Representa

la culminación de un experimento político de unos veinte años — resumido por Maurras en su admirable y profética obra *Kiel et Tanger* — que nos ha costado caro. Los hechos están ahí. Nunca hemos sido más considerados con el comercio, la industria, las finanzas o el arte alemanes que entre 1909 y 1914. Podemos ver el resultado. El caillautismo no sólo no nos libró de los horrores de la guerra y la invasión —lo que habría sido su única razón de ser, su única excusa— sino que, por el contrario, los facilitó y precipitó. La desconfianza de Madame Edmond Adam y de Paul Déroulède hacia Alemania, desconfianza mantenida por la *Nouvelle Revue* y la Ligue des Patriotes, fue la actitud menos onerosa y que se impuso a nuestro enemigo hereditario.

16

La gente del clan Ya, y los que hicieron negocios con Alemania antes de la guerra, no son todos villanos *a priori*. Fueron y siguen siendo imprudentes. Para algunos, como consecuencia de la guerra, la terquedad o la codicia, o ambas combinadas, hicieron que la imprudencia se convirtiera en delito. No olvidemos que el alemán es un chantajista tan natural como espía, y que no suelta fácilmente a nadie que haya firmado un contrato con él. Comprometerse para cumplir, ése es su lema.

17

Imaginemos lo que ocurrió cuando se declaró la guerra. Los alemanes estaban convencidos de que su trabajo de aproximación y penetración, combinado con su superioridad militar, les llevaría a París en un mes. Sus criaturas estaban igualmente convencidas. Ambos bandos contaban con que, tras unos cuantos combates de vanguardia, o incluso una batalla general pero corta, poniendo las cosas en su peor momento, se firmaría un tratado de paz que serviría entonces de base, sin demasiados tiras y aflojas ni rencores, para el famoso acercamiento franco-alemán. El entusiasmo del pueblo francés, la ciencia de Joffre, Castelnau y sus segundos, y la intervención de la Providencia —ayúdate y el Cielo te ayudará— echaron por tierra esta arriesgada combinación. Y así entramos todos en la guerra crónica. Otro error de los alemanes y sus criaturas: el pueblo francés, demasiado impaciente, no sería capaz de resistir. Al contrario, el pueblo francés, tan denostado y tan incomprendido por sí mismo —véase *Quand les Français ne s'aimaient* pas de Maurras— resistió magníficamente. Fue entonces cuando los alemanes tuvieron que enfrentarse a la cuestión principal de una campaña emprendida en Francia, por sus criaturas de antes de la guerra, para corromper y destruir nuestra buena moral; considerables

sumas de dinero, varias veintenas de millones, se dedicaron en grandes paquetes a este trabajo clandestino, que alcanzó su punto álgido de intensidad de abril a junio de 1917. Pero, en conjunto, la operación fracasó, y la alegría de este fracaso no es menor que la de la victoria en el Marne. Fracasó en primer lugar porque la clarividencia es epidémica y contagiosa, como la ceguera, y en segundo lugar porque *Action Française* estaba allí. Los alemanes tenían toda la razón al odiarnos en particular y al insultarnos a mí y a mis amigos por nuestro nombre en sus periódicos. Hemos merecido con creces su furia. Nos esforzaremos por seguir mereciéndola. Estos necios no comprenden que aumentan nuestra autoridad ante nuestros compatriotas.

En las páginas que siguen, voy a mostrarles Alemania en acción, aquí en casa, durante la guerra, detrás del frente y particularmente en París. "Melodrama, cine, invenciones románticas", gritarán tanto los que tienen ojos para no ver como los más o menos implicados en esta trágica aventura. Esta tontería ya no es válida. Recientes escándalos y sonadas acusaciones han demostrado que las maniobras de la corrupción alemana no sólo pasaban por la cabeza de los colaboradores de *Action Française* y del autor de *L'Avant-Guerre*. Acontecimientos considerables han demostrado sin lugar a dudas que estas maniobras tenían repercusiones en Rusia, Italia, Rumania, Irlanda, España y Suiza, que formaban parte de un sistema general, aplicado metódicamente tanto a los adversarios como a los neutrales. Este sistema ha quedado ahora al descubierto, y todo hace pensar que será contrarrestado enérgicamente. Tanto mejor, porque la persistente ceguera y los errores de los aliados en este punto les han impedido hasta ahora una victoria que, por sus sacrificios y valor, han merecido ampliamente.

## CAPÍTULO II

### ¿QUÉ ES UN EMBOCHÉ?

Un "emboché" —como su nombre indica— es toda persona que, antes de la guerra, estaba bajo influencia alemana intelectual, moral, financiera, industrial o comercialmente, que estaba vinculada a Alemania por sangre familiar, espíritu o interés. El 3 de julio de 1914, había alemanes en todos los ámbitos de la vida y en todos los niveles sociales. Abundaban en el mundo y en el mundo entero. No les reprocho su actitud. Sólo puedo decir que se equivocaron y que al advertirles de la perfidia del pueblo alemán teníamos razón.

Una colección de declaraciones, diatribas y acontecimientos favorables al emperador alemán y a su gobierno, que abundaban en los periódicos franceses de antes de la guerra, podría formar un compendio terriblemente irónico. Para muchos, la germanofilia era un esnobismo. Para otros, era una adicción al amor por la ciencia, la organización y el método. Las visitas y la información que recibían Guillermo II y su séquito halagaban su vanidad étnica y les hacían creer que toda Francia era a imagen y semejanza de estos aduladores. De ahí la sorpresa y el descontento cuando algún acontecimiento político, piedra de toque de la opinión verdaderamente nacional, demostraba lo contrario y echaba por tierra estas ilusiones. Entonces se reavivaron.

— Usted sabe que Wilhelm II es realmente muy amable con nosotros. Los alemanes se lo reprochan bastante. Durante la última gira de un teatro parisino en Berlín, sólo tenía ojos para la pequeña.

— Usted sabe que Guillermo II soñaba con un acuerdo industrial con los franceses. Habló de ello con alguien que iba a hablarle de un plan para fusionar fábricas en Normandía.

— Como sabes, Guillermo II honró a la misión francesa con una revista. En el almuerzo que siguió, sólo hubo suficiente para los franceses.

Hacia 1905, escribí un artículo en el *Libre Parole* titulado "*Esto matará a aquello*", en el que deseaba a Guillermo II una muerte cancerosa similar a la de su augusto padre. Varios de mis colegas reaccionaron con *indignación*. Ernest Judet destacó por el vigor de su desaprobación. Tocár a Guillermo II,

¡qué canallada! Un príncipe que amaba tanto a Watteau y que hablaba la jerga de París. ¿No le dijo a una auténtica condesa: "Je m'en bats l'oeil!" y sin acento. ¡Cómo sospechar de los sentimientos de un hombre así! Ante este nuevo Federico II, no había espectador con alma de chambelán que no se sintiera un poco Voltaire. Además, este enamoramiento se limitaba a unas pocas personas del mundillo, diplomáticos, periodistas y altos financieros. La Francia real permanecía reticente y leía los libros de Barrés dedicados a los "bastiones de Oriente". Los recuerdos de 1870-1871 seguían siendo fuertes y persistentes, aunque difusos entre la masa de la población. Esto es evidente por la forma en que se agudizan en el momento de la movilización. Yo estaba en la cama, en Touraine, con un hueso roto en el cráneo, a causa de una caída de un coche, cuando mi pequeño mundo vino a contarme que en la estación de Amboise los campesinos repartían vino, fruta, mantequilla y todo tipo de víveres a los soldados que partían. Habría saltado de alegría. Este despilfarro, en una población estrictamente ahorradora, era un signo de entusiasmo y un presagio de victoria. Este frenesí patriótico anunciaba el Marne.

Al principio, muchos de los que se vieron atrapados se daban golpes en el pecho diciendo: "Me equivoqué. Los alemanes son unos mentirosos. Ya no me aceptarán sus declaraciones de amistad". Unos pocos estaban dispuestos a escribirme diciendo que habían ignorado mi trabajo en el *periodo anterior a la guerra*, pero que la validez de mis advertencias era ahora evidente para ellos. No me enorgullecía. Otros reprimieron momentáneamente su error y su decepción, pero conservaban un resentimiento contra quienes habían tenido razón, y no tardaron en demostrárselo. Es algo muy humano. Los que se equivocaron no perdonan fácilmente a los que tenían razón.

24

Hubiera hecho falta verdadero heroísmo para que algunos de los "embochés" quemaran directamente lo que habían adorado y soportaran la idea de la guerra total: me refiero a aquellos que, huyendo de la amenaza del impuesto sobre la renta o por cualquier otra razón, tenían capitales e intereses en Alemania, o combinados con capitales e intereses alemanes. Estos "embochés nº I", frecuentes en los círculos políticos y financieros y no infrecuentes en los salones, eran a veces franceses auténticos, a veces franceses con diversos grados de turcos, suizos, españoles, rusos y sudamericanos, a veces alemanes nacionalizados desde hacía tiempo, o hijos de alemanes nacionalizados. Ya he explicado en otro lugar (*Avant-Guerre, Hors du Joug allemand*) en qué consistía esta naturalización a lo Delbrück, y

no volveré sobre ello. El mayor periódico no oficial de la República, *Le Temps*, lo descubrió dos años y medio después que yo.

Estos embocheés nº 1 fueron el terreno dudoso, por no decir sospechoso, donde Alemania, gracias a la prolongación de la guerra, plantó algunos de sus hitos y reclutó lo que la *Gaceta de Fráncfort* llamó eufemísticamente "gente encomiable". Su papel fue desastroso para nosotros y para muchos otros.

Algunos, cuyos sentimientos de patriotismo o de hospitalidad francesa habían sido completamente erosionados por la germanofilia, aceptaron actuar como corresponsales, almacenes o agentes de plica para sus antiguos colegas alemanes.

25

Entre ellos, los peores, o los más fascinados por Alemania, llegaron a ayudarla en su larga lucha contra el bloqueo aliado, desde la declaración de guerra de Inglaterra hasta la de Estados Unidos. Es innegable que durante tres años de guerra, Francia dispuso de un vasto sistema de aprovisionamiento del enemigo. Uno de los agentes más importantes de este sistema, Théodore Mante, de Marsella, fue desenmascarado, juzgado y condenado.

Otros, sin atreverse a poner la mano en el fuego, buscaron de todos modos la manera de mostrar su simpatía al abominable invasor. Se trataba del clan antiinglés, los denigradores de Inglaterra, que difundieron los rumores más abominables, pérfidos y falsos al principio de la cooperación. Más tarde, las mismas personas, que ya no deseaban atizar los ánimos entre Inglaterra y Francia, reanudaron su campaña de calumnias contra la participación americana. El epítome de estas empresas criminales es la serie de artículos firmados "M. Badin" en *el Bonnet Rouge*. Pero el tema fue retomado una y otra vez por otros periódicos derrotistas o semiderrotistas, aunque de forma más disimulada.

26

La propaganda oral antinacional, o antiinglesa, se utilizó ampliamente durante la guerra. Era una forma particular de sembrar el imaginario público, y en la que los esbirros eran maestros. El eslogan suele proceder de una empresa multisectorial, un banco o un salón de belleza. A veces circula solo, a veces va acompañado de un pequeño folleto que se pasa de mano en mano, o de una anécdota engañosa. Como en el juego del hurón, la velocidad de distribución era extraordinaria. Recordemos, en agosto y septiembre de 1914, lo que se llamó el rumor infame, el rumor absurdo y chusco: "Fueron

los nobles y los curas quienes querían la guerra y quienes la hicieron posible". Poco después se dijo que los ingleses no luchaban, que todos estaban empleados en servicios de mayordomía, que no pensaban más que en su té. En otro momento, se afirmó que soldados anamitas disparaban contra mujeres y niños en las calles de París. Éstas son sólo las historias más notorias y disparatadas. Había otras, más venenosas y más hábiles, reservadas a los círculos superiores. He llegado a la certeza de que no había más de cinco o seis salidas para estos rumores deprimentes, salidas unidas por el mismo interés, que era y es el interés alemán. Chocaban con el sólido sentido común de la raza francesa y también con su horror a la aprensión. La palabra de un pueblo tan valiente e impresionable como el nuestro, y que desconfía de su impresionabilidad, es en tiempos de crisis: "Ya veremos".

— Pero, ¿y si los alemanes vuelven a marchar sobre París?

— Tendremos que esperar y ver.

— Pero es imposible superarlos.

— Tendremos que esperar y ver.

— Pero dentro de seis meses habrá escasez de alimentos.

— Tendremos que esperar y ver.

— Pero con el hambre llegaron los disturbios, las masacres, el fuego, la rabia, la peste y las siete plagas.

— Tendremos que esperar y ver.

28

Hubo anécdotas admirables: una muy buena francesa visitaba a una señora de cierta posición social, que se dedicaba al arte, y ésta, haciendo el tonto o la tonta, declaró fríamente que los soldados franceses eran unos canallas y los alemanes unos santitos: "No tocaron mis chucherías, ni mi bodega". La buena francesa, indignada por tan escandaloso relato, se puso en pie y declaró que iba a denunciar tan repugnante lenguaje al Prefecto de Policía. Furia e invectivas de la dama artista. Por desgracia, el Prefecto de Policía era un pobre hombre llamado Laurent, completamente dormido en los brazos de la Seguridad geneal, a su vez bajo el control de agentes enemigos. Así que el acercamiento no tuvo ningún resultado. Me hubiera gustado ver al derrotista mundano saboteado en esta ocasión por un agente de las autoridades. Incluso creo que, como ministro, la habría enviado a La Santé durante unos días para que meditara sobre las irreflexivas observaciones de los tiempos de guerra. Una millonaria, que desmoraliza a los demás en su salón, me parece más culpable que una pobre maestra de escuela intoxicada por los espejismos humanitarios de los años de preguerra.

No soy, maldita sea, demócrata, pero tengo en mí esa vena popular, que también es sentido común. Despiadado con los grandes, indulgente con los pequeños, ése es mi lema, y me gustaría no morir sin haber tenido la oportunidad de aplicarlo de una vez por todas.

29

Ya que hablamos del Préfet Laurent, debo decirle que tuve una reunión con él, precisamente sobre el tema de los agentes alemanes en París. En aquella época, *Action Française* lanzaba un serial mío titulado *La Vermine du Monde*, que era una ilustración ficticia de *la preguerra* y que me había pedido que escribiera nuestro amigo René Theeten, que actuaba como administrador. Jeannot, el gran artista y admirable patriota que todos conocemos, había dibujado un hermoso cartel para la ocasión, en el que aparecía un poilu de uniforme saltando al cuello de las figuras boches, hombres y mujeres, que huían gritando. La víspera de la colocación del cartel, recibí una llamada telefónica: "El Prefecto de Policía desea hablar con el Sr. Daudet sobre el cartel, que es inaceptable". Un cuarto de hora más tarde, subí la gran escalinata de la Tour Pointue e inmediatamente me hicieron pasar al despacho del Sr. Laurent. Encontré a un buen hombre con bigote, con la cara roja y somnoliento, jugando con una enorme guillotina de marfil detrás de una mesa cargada de papeles. A su lado había un caballero delgado, moreno y de rostro pálido, de pie como una niñera junto al carruaje en el que duerme su hijo. El prefecto me presentó a este tercero, que era su jefe de gabinete:

30

"Monsieur Maunoury". Sabía que el tal Maunoury era íntimo amigo de Malvy, ministro del Interior, y de Vigo, conocido como Almereyda, director del *Bonnet Rouge*, y que había desempeñado un papel más que extraño, en oposición al general Clergerie, en el allaire del espía y estafador Garfunkel conocido como "Doctor Georges". Así que saludé muy brevemente y me dirigí directamente a Laurent, pidiéndole que me contara qué le había chocado tanto de mi cartel.

El hombre hizo un gesto vago, levantando un párpado hinchado y pesado. Fue "Monsieur Maunoury" quien me contestó: "Es un cartel golpista. No es el soldado el que detiene a los espías en Francia, es el pacificador". Y añadió: "Otra incorrección: su alemán está condecorado con la Legión de Honor. Es un insulto a la Orden. Pero me contuve y señalé tranquilamente a Laurent que el alemán Emil Ullmann, del *Comptoir National d'Escompte de París* — después hice que lo expulsaran — estaba condecorado con la Legión de

Honor. Nombré a otros diez en su honor. Añadí que, como los policías a veces son soldados, nada impedía pensar que el poilu de Janniot había servido anteriormente a las órdenes del Prefecto de Policía. Laurent se quedó estupefacto. En cuanto a "monsieur Maunoury", había vuelto a su estudio, contiguo al de su antiguo infante, pero yo podía ver su pie barnizado, todavía al otro lado de la puerta, y el lóbulo irritado de su oreja derecha.

31

Suspirando como quien acaba de librarse de una reprimenda, M. Laurent me contó entonces que las institutrices alemanas le habían dado muchos problemas al principio de la guerra: "¡Todas las 'fraülein' eran tan recomendables! Recuerdo una que se llamaba Frida...".

En ese momento, "Monsieur Maunoury" reapareció: "Monsieur le Préfet, es hora de firmar".

En efecto, la pobre esclava estaba muy mal, y más tarde me enteraría de la extraordinaria odisea de Frida Lippmann, la recomendada del ministro Malvy. Me despedí del prefecto y de su asombroso jefe de gabinete, prometiéndome examinar a fondo el papel de "Monsieur Maunoury". Iba a hacer más de un descubrimiento.

32

Unos meses antes, a petición de nuestros lectores y amigos, había organizado una serie de conferencias en la Salle de Géographie, boulevard Saint-Germain, sobre el espionaje alemán en Francia antes y durante la guerra. La primera conferencia fue muy concurrida. Pero la víspera de la segunda, el amable M. Durantou, comisario de las delegaciones judiciales, vino en persona a comunicarme que su señor Malvy me había prohibido dar mis otras conferencias. Cuando pregunté por el motivo de tan atroz medida, se me dijo que no era otro que la voluntad de lord Malvy. Sembat ha afirmado desde entonces que ése fue el origen de mis sospechas iniciales sobre el inamovible ministro del Interior. No es exactamente el origen. Los detalles de la conducta de Malvy durante el éxodo del Gobierno a Burdeos en septiembre de 1914 ya habían despertado mi curiosidad y mis sospechas. Sin embargo, Sembat tiene razón en que a partir de entonces me devané los sesos y me lancé a descubrir el vínculo que tan paradójicamente unía a Malvy con la defensa y protección de los intereses alemanes. No tengo el amor propio de un autor, pero estoy acostumbrado a observar y me intrigaba este asombroso obstáculo, que se interponía en mi deseo de ser útil al país en guerra. Busqué y busqué. Y lo encontré.

33

Un director de periódico está en mejores condiciones que un juez de

instrucción para llevar a cabo una investigación sobre hechos tan turbios y encubiertos como suelen ser los de espionaje y traición. El juez de instrucción tiene que ir en busca de testigos y revelaciones. El director del periódico los ve llegar a raudales. El considerable éxito del *Avant-Guerre* (cincuenta mil ejemplares vendidos actualmente por nuestro admirable y querido amigo Georges Valois, veterano de Verdún y director de la *Nouvelle Librairie nationale*), me había puesto en contacto con todas las personas que en Francia perseguían y rastreaban a los hunos y sus asuntos. La guerra amplió aún más este público de colaboradores lúcidos y apasionados. Ellos me proporcionaron las armas que utilicé contra los enemigos interiores. Una vez más, les doy las gracias muy sinceramente.

34

Siguiendo el precepto de Bacon, empecé elaborando un cuadro de los principales alemanes establecidos en Francia en vísperas de la guerra, con una lista de los políticos, empresarios y personajes franceses del mundo asociados a sus intereses y, por tanto, a su penetración. En efecto, todos los grandes financieros o industriales alemanes — Thyssen, Rathenau, Thurnauer, Ballin, Jellineck, Heinemann, Salomonsohn, etc. — que se hizo un hueco en Francia, empezó por asegurarse el apoyo de varios políticos o periodistas de la mayoría y de un número casi igual de "salonnards". Los recompensaba con los honorarios de los directores de sus innumerables sociedades anónimas y con la publicidad financiera que Alemania siempre ha distribuido tan ampliamente. Este cuadro me demostró que unas trescientas personas, siempre las mismas, habían monopolizado, en Francia, la participación en las fructíferas operaciones del enemigo hereditario. Quería saber qué había sido de estas personas desde el estallido de las hostilidades, si habían renunciado o interrumpido negociaciones perfectamente legales hasta el 3 de agosto de 1914, y si desde entonces eran delincuentes.

35

El resultado de mi investigación fue que una pequeña proporción de los embochés había repudiado el compromiso alemán, que un gran número de otros se había reservado, había permanecido cautelosamente expectante, que una cuarta parte aproximadamente había mantenido, a pesar de la guerra, sus relaciones más o menos secretas o discretas con el enemigo. Estos últimos parecían estar protegidos por una influencia poderosa y misteriosa, que los protegía de las investigaciones policiales, de la vigilancia del Estado y de la justa persecución de los tribunales. Eran literalmente tabú. De hecho, cada uno de ellos había sido objeto de un gran número de denuncias

detalladas, gracias a la vigilancia de los buenos ciudadanos. Estas denuncias eran a veces anónimas —en cuyo caso se podía hacer caso omiso de ellas—, pero lo más frecuente era que fueran nominales y firmadas, u orales y pertinentes, presentadas ante los comisarios de policía, o dirigidas a los magistrados competentes, en la forma requerida. Estas encomiables comunicaciones no sólo no tenían nunca el menor efecto perjudicial sobre los sospechosos, sino que además valían a sus autores incomprensibles reprimendas o amedrentamientos. La protección se extendía a dudosos ciudadanos naturalizados y sus criaturas llegaban incluso a castigar a sus patrióticos informadores. Esto me parecía cada vez más sospechoso.

36

La existencia o el funcionamiento de la censura complicaban aún más una tarea que, sin embargo, consideraba indispensable para el éxito de la gran lucha. Por una parte, la censura de prensa era necesaria en tiempo de guerra, y ningún periódico, más que *Action Française*, había reclamado desde el principio esta saludable institución y la había apoyado posteriormente. Pero, por otra parte, los embochés intentaban, de mil maneras indirecta, utilizar la censura para proteger sus intereses y obstaculizar mi campaña. El resultado fue una batalla diaria, en la que mis colaboradores gastaron mucho tiempo de teléfono e ingenio. Muy a menudo tuve que dejar pasar cosas en las que hubiera sido mejor hablar alto y firme. Las dificultades de mi tarea se verán cuando se recuerde que Malvy era ministro, un ministro todopoderoso, desde el primer día de la guerra hasta el final del verano de 1917, que tenía a Caillaux por encima de él, a los funcionarios de la alta policía por debajo, y que, para todos ellos, yo era exactamente la persona que les impedía asentir en círculos. Debo admitir que, a veces, me estremecía al considerar la pirámide de obstáculos que tenía ante mí y la dificultad de conseguir algo rápidamente, cuando cada hora representaba cientos y cientos de vidas humanas. Era la santa cólera, la cólera fría y retraída, segura del objetivo a alcanzar, lo que me sostenía, así como la visión, siempre presente, de tantos sacrificios realizados en vano por el complot de los boches y embrollados desde la retaguardia. Recé, escribí, actué, y la Providencia quiso que, en el otro extremo del campo político, un hombre que no era ni de nuestra generación ni de nuestra formación intelectual, y que a menudo fue combatido por nosotros, el viejo republicano radical Clemenceau, sintiera también violentamente la necesidad de poner fin a la traición oculta y vengar además a los muertos.

## CAPÍTULO III

### DISOCIACIÓN INTERNA

Un neutral que acababa de regresar de Alemania, donde había podido & entrevistarse con diversas personas del mundo oficial, nos contó el siguiente comentario hecho en el entorno del Emperador: "En general, el esfuerzo nuestro que ha tenido más éxito desde el principio es la disociación interna de nuestros enemigos.

— ¿A qué te refieres?

— Sí, el trabajo de desorganización política y social llevado a cabo por nuestros agentes. Así logramos el hundimiento de Rusia y el avance del frente italiano. En Francia, es cierto, fracasamos, debido a *la* campaña de *Action Française* y a la llegada de Clemenceau al poder. Pero lo intentaremos de nuevo en América.

39

El mundo no alemán está advertido. El enemigo de la humanidad confía sobre todo en sus maniobras detrás de los frentes de batalla. Debemos recordar esta expresión tan acertada de "disociación interna". Entre marzo y julio de 1917, habíamos empezado a ver los primeros síntomas de ello, no sólo en la retaguardia, sino también en la zona del ejército. El sentido común y el patriotismo nacionales reaccionaron inmediatamente con fuerza, y de esta reacción datan las primeras medidas tomadas contra el espionaje y la traición. Si nuestra inercia hacia ellos hubiera durado unos meses más, habríamos estado irremediablemente perdidos.

El primer instrumento de disociación interna, tal como lo concibe y aplica Alemania, es el dinero. Con este dinero, Alemania compra y corrompe a un cierto número de personalidades políticas, financieras y mundanas pertenecientes a las naciones a disociar. Estas personalidades agrupan a otras de menor rango social, que a su vez reúnen y pagan a secuaces reclutados en los bajos fondos y en la turba de la población autóctona y no autóctona. Evidentemente, la operación es tanto más fácil y rápida cuanto menor es la vigilancia o, mejor aún, la complicidad con el enemigo; el peligro de la operación para aquellos a cuyas expensas se lleva a cabo es entonces

máximo.

40

A finales de 1914, Alemania había constituido los enormes depósitos de fondos —al menos cien millones— destinados a la acción en Francia. Me ocuparé aquí sólo de éstos, dejando a las demás naciones de la Entente, a Inglaterra, Italia y América, que hagan por su parte el mismo trabajo que yo he hecho por mi país.

El primero de estos depósitos fue confiado a un consejero privado de Guillermo II llamado Ernst Schmid, testaferro del Emperador en algunas de sus operaciones industriales y agrícolas en América y Canadá, y miembro del comité central de la empresa internacional multisectorial *Maggi*. Esta rama de la empresa era el proveedor exclusivo de los ejércitos alemanes, con una sucursal en Berlín y otra en Singen, en el Gran Ducado de Baden. A poca distancia de esta última se encuentra la planta de Kemptall, en Suiza.

Un segundo depósito fue confiado al Sindicato Bancario de Mannheim, que antes de la guerra había creado en Francia dos grandes empresas: una, la *de* automóviles *Benz*, estaba en vías de prosperar; la otra, la sociedad de baños de mar de *San Stefano*, estaba en proceso de creación. La idea era crear, a pocos kilómetros de Constantinopla, en el mar de Mármara, un competidor de la famosa *Société des bains de mer de Mónaco*. Un turbio financiero llamado Schkaff había lanzado aquí este último negocio.

41

Un tercer depósito fue confiado a un banquero llamado Rosenberg, que operaba en Suiza, asociado con un hombre llamado Bettelheim. Bettelheim, célebre por su galofobia, había gritado "¡Viva Alemania... abajo Francia!" a la altura de la Bolsa de París el 1º de agosto de 1914. Notablemente, el mismo grito fue lanzado al mismo tiempo ante la *caverne des Jeux de Mónaco* por el hijo del alemán que dirigía entonces el establecimiento, un hombre llamado Wicht.

Un cuarto depósito fue confiado al famoso diplomático príncipe de Bülow, conocido por su astucia a la alemana y sus intrigas en Italia. Su esposa es italiana y, junto con la Lichnowska, esposa del embajador boche en Inglaterra, era considerada una de las mejores agentes de Guillermo II.

Un quinto depósito fue confiado a un aventurero llamado Bolo, conocido como Bolo Pacha.

42

Un sexto al viejo príncipe de Hohenlohe, conocido como Hohenlohe Oeringen, nacido en 1848, que desempeñó durante la guerra de 1914 un papel similar al de Henckel de Donnersmarck durante la de 1870. Este Hohenlohe era un viejo galán de unos setenta años, ampliamente conocido

en el mundo de la galantería, tanto en la Costa Azul como en París, y que se sirvió mucho de las mujeres de la demi-monde para transportar, cuando no para distribuir, su sportula boche.

Sólo hablo de los grupos de fondos conocidos. Sin duda hay otros sobre los que hasta ahora ha sido imposible obtener detalles. Sin embargo, los que acabo de mencionar eran sin duda los más importantes. Estaban destinados a :

La primera fue comprar parte de la prensa francesa. En particular, los alemanes habían puesto sus ojos en *el Journal*, utilizando el fondo Hohenlohe distribuido por Lenoir y Desouches. Circunstancias que permanecen oscuras llevaron a Bolo a comprar *el Journal*, liberando el fondo Hohenlohe para otro fin.

Analizaré en detalle el llamado asunto "*Red Bonnet*", que combina una acción de prensa con otra más amplia y aún más formidable.

43

Estos fondos se utilizaron después para comprar a políticos influyentes. No insistiré. Los nombres están en boca de todos.

Por último, organizar movimientos de revuelta y, si es posible, sediciones, motines y disturbios, mediante una serie de maniobras concertadas, que el senador Henry Bérenger denominó muy alegremente "maniobras derrotistas". Desde el comienzo de la guerra, uno de los principales objetivos de Alemania había sido provocar la ruptura de la Entente, principalmente entre Francia e Inglaterra, Italia y luego Estados Unidos, y Alemania no escatimó ni su oro, ni su actividad, ni sus habilidades interpersonales para lograr este objetivo.

Como tenían que actuar con rapidez, los distribuidores del sportule alemán preferían recurrir a personas que llevaban con ellos desde antes de la guerra y cuyos entresijos conocían. Éste era el caso de Gaston Routier, conocido periodista que había publicado un volumen más que dudoso sobre el famoso viaje a París de la madre de Guillermo II para asistir a una exposición de pintura y los acontecimientos que siguieron. Gaston Routier, ex redactor del *Petit Journal*, había realizado varios viajes a Berlín, se había entrevistado con varios políticos alemanes y había dado la impresión de ser un hombre trabajador en venta. Nuestros enemigos lo compraron y lo pusieron a cargo de contrarrestar la propaganda de la Entente en España, junto con el demasiado famoso Max Nordau, autor de *Dégénérescence* y media docena de otras vehementes pero ilegibles compilaciones. El daño causado por los esfuerzos combinados de este traidor y espía es incalculable.

Durante los dos primeros años de la guerra, Routier, que había conservado lazos en Francia, acudió allí con frecuencia y se entregó a la labor derrotista que uno pueda imaginar. Durante el tercer año, se volvió más audaz y solicitó capital a Ratibor, el embajador alemán en Madrid, para la fundación de un *Journal de la Paix (Diario de la Paz)*, cuyo objetivo y tendencias pueden adivinarse. Ratibor envió un comisionado a Berlín para pedir instrucciones, que éste aceptó. El infame periódico estaba a punto de aparecer. Desgraciadamente para Routier, su maniobra y su papel fueron puestos al descubierto por la colonia francesa en Madrid, que se conmovió, reunió pruebas y finalmente envió una sonora protesta al periódico *El Liberal*, dirigido por Gómez Carrillo. Reproduzco esta protesta en *Action Française*. Una rápida investigación proporcionó detalles abrumadores sobre el caso de Gaston Routier. Sin embargo, aunque el escándalo había estallado en Madrid a principios de abril de 1917, no fue hasta el 29 de junio del mismo año cuando la Seguridad General decidió notificar suavemente a los comisarios de frontera la detención de Routier. El desgraciado, debidamente advertido, no tenía intención de regresar a Francia y dejarse atrapar. Era de lamentar, ya que Routier no era un caso aislado. Estaba afiliado a una banda con ramificaciones en Barcelona, San Sebastián, Lérida y Cartagena, que hacía todo lo posible por facilitar las incursiones de submarinos alemanes en el Mediterráneo y el tráfico de armas y explosivos. La mayor de las casualidades me puso sobre la pista de este tráfico clandestino, que aún debe de estar en marcha en el momento de escribir estas líneas, y transmití toda mi información a las autoridades militares, que son las únicas capacitadas para tomar medidas eficaces.

46

Otro vibrador de la prensa a sueldo de Alemania fue el anarquista Henri Guilbeaux, nacido en Verviers, que fundó la revista germanófila *Demain* en Suiza durante la guerra. El tono y las campañas de *Demain* recuerdan mucho a los de la *Gazette des Ardennes*, periódico publicado por las hordas enemigas en Charleville, en territorio ocupado. El mismo giro hipócritamente autocompasivo sobre la ceguera de los franceses "incautos de la pérfida Inglaterra", la misma exaltación de la fuerza y la bondad alemanas (!) las mismas mentiras apagadas y empapeladas, la misma adulteración constante de hechos y opiniones. Aun así, la decisión de prohibir a *Demain* la entrada en Francia tardó algún tiempo, y aun así Guilbeaux siguió yendo y viniendo entre Ginebra y París bajo el nombre de André Le Faivre! Alrededor de este agente de los boches gravitaba un cierto número de

bribones e iluminados; entre estos últimos se encontraba un antiguo premio Nobel llamado Romain Rolland, autor de *Jean-Cristophe*, un pastiche plano de Jean-Paul Richter, una *Vida de Beethoven* de bastante éxito y *Audessus de la Mêlée*, cuyo título indica por sí solo sus tendencias. Aunque Guilbeaux era secretario de Romain Rolland, puede considerarse que fue el primero quien influyó en el segundo y le condujo a su detestable tarea. Pero con su giro mental, su falsa visión de las cosas y de los seres, la propia insulsez de su estilo pomposo, Romain Rolland llevaba más de tres cuartos de camino recorrido. Sería bueno que, después de la guerra, se naturalizara alemán y se uniera así a sus verdaderas afinidades.

47

Periódicos en lengua alemana como el *Berliner Tageblatt* y la *Gazette de Francfort* dan una buena idea, en tiempos de guerra, de la brutalidad, el orgullo y lo que Maurras llama la "arrogancia" de los alemanes. Pero si se quiere comprender el engaño, la mistificación y la rabia de los alemanes, hay que leer atentamente sus órganos en francés, la *Gazette des Ardennes* y *Demain*. Bajo la pluma servil de los renegados a su sueldo, dan la medida de esta hipocresía con pies de plomo, máscara de manteca, pelo de yeso, ojos saltones e inexpresivos, que es el prototipo de su amor. Es en la traición donde son más fieles a sí mismos, y sus apologistas deportivos están completamente imbuidos de sus almas envidiosas y sórdidas. Porque si hay algo peor que el alemán furioso, es el alemán amable, seductor, conciliador. ¡Cualquier cosa antes que su sonrisa, su cumplido y su mano tendida!

48

"Cariño, abre la boca y cierra los ojos", dijo la dulce Gretchen a su amante.

Mientras él obedecía, ya dichoso ante la idea de algún manjar, Gretchen deslizó el cañón del revólver entre sus dientes y le voló los sesos.

Otros, como Guilbeaux y Routier, llevaron a cabo la misma labor criminal de forma más insidiosa. Sin embargo, en conjunto, los alemanes no encontraron en la prensa francesa la complicidad que esperaban, obstaculizada además por la institución de la censura. Con la excepción del *Bonnet Rouge*, sus esfuerzos de disociación interna en este ámbito tuvieron que limitarse a octavillas, panfletos y publicaciones clandestinas, que convirtieron en un auténtico libertinaje con escasos resultados. Su decepción fue grande y se ha afirmado que hicieron pagar por ello a Bolo Pasha — culpable a sus ojos de no darles valor por su dinero— quemándolo con sus propias manos. Esto no es seguro. Una de las reglas fundamentales de su actuación, tras las líneas de sus adversarios, era cubrir siempre a sus

asociados, abandonarlos sólo al pie del poste de ejecución. Tal vez rompieron esta regla con Bolo.

49

La prensa no es el único medio de disociación interna. Existe la propaganda oral y la inteligencia. Ya he examinado el primer punto, así que no volveré sobre él. La inteligencia puede ser económica, financiera, política, diplomática o militar. Hombres y mujeres son igualmente capaces de proporcionarla. Sólo es tan buena como un cierto número de comprobaciones cruzadas, lo que explica el gran número de neutrales y ciudadanos naturalizados que se dedican a esta misma tarea, que es peligrosa cuando se descubre.

No temo decir que, desde el comienzo de las hostilidades, hemos tenido cientos de observadores y notarios a sueldo de Alemania. Millerand lo comprendió cuando publicó el famoso cartel: "Silencio, cuidado, los oídos del enemigo están escuchando". Hubiera sido mejor, sin embargo, tomar enseguida las precauciones básicas contra estos indiscretos:

1° No hacer ninguna excepción con ningún alemán, austriaco, turco o búlgaro naturalizado; expulsar o enviar a campos de concentración a cualquier súbdito enemigo, hombre o mujer, incluso y especialmente naturalizado.

50

2° Conceder permisos de residencia a los neutrales sólo después de una investigación seria y sobre una base precaria, con la posibilidad de darlos de baja. La aplicación de estas dos medidas, ejemplificadas por Alemania, habría dificultado mucho el trabajo de los informadores del enemigo aquí.

Durante los *años de la preguerra*, mostré cómo Alemania, en los últimos años de la paz, había organizado en nuestro país, con la agencia Schimmelpfeng, una verdadera oficina de información de todo tipo sobre edificios, industrias, granjas, bienes y personas. No cabe duda de que durante las hostilidades, emisarios ocultos, a menudo bastante mal disimulados, siguieron manteniendo metódicamente al día estos archivos. Si hubiéramos querido, habríamos podido hacer imposible este oficio. No se hizo y la consecuencia fue que, hasta que Estados Unidos entró en escena, el bloqueo fue prácticamente inexistente. Bien informado sobre nuestros recursos, el enemigo introducía a través de Suiza un gran número de materias primas y productos alimenticios.

51

El abastecimiento criminal se convirtió en una industria floreciente en nuestro país, ante las narices de una administración que modestamente

hacía la vista gorda y reservaba toda su severidad para los delatores. Sin embargo, si hubiéramos sabido jugar al bloqueo, los imperios centrales se habrían rendido tras dieciocho meses de privaciones y sufrimientos indecibles. Todo lo que habrían tenido que hacer era imponer castigos despiadados, incluyendo la confiscación y la muerte, a los miserables rompedores del bloqueo.

Un hecho atestigua la inteligencia mantenida en nuestro país por el enemigo. En varias ocasiones, nuestros compatriotas, que vivían en territorios ocupados, en el Norte, por ejemplo, sobornaron o engatusaron a las autoridades alemanas y consiguieron que se informaran sobre la salud de algún pariente que vivía en Auvernia, o en Périgord, o en Provenza, y que estaba gravemente enfermo. Estas autoridades hacían lo necesario, y en el plazo de diez días recibían una respuesta que se reconocía exacta. ¿Cómo habría sido esto posible sin correspondientes al acecho? En otras circunstancias, una mujer de Lille pidió ir a ver a su madre inválida al campo, cerca de París. El Kommandantur respondió: "Si dice la verdad, señora, lo averiguaremos y obtendrá su pasaporte". Dos semanas después: "Su madre está mejor, señora. Así que no te necesita allí". Era cierto.

52

A los alemanes, tanto para sus pagos de guerra como para sus espías, les gusta utilizar dobles o triples máscaras. Bolo recibía sus fondos de un banco neoyorquino, matriz de un banco canadiense, que a su vez los recibía del Deutsche Bank. Wilhelm se nacionalizó suizo, luego, de Suiza, inglés o estadounidense, y regresó tranquilamente a Francia con el nombre de Will. El alemán colecciona fácilmente tres o cuatro nacionalidades, que cambia como una camisa, según sus necesidades. Aplica esta frenética transformación a las sociedades anónimas. Kohlen" en Westfalia se convierte en *Charbons et Briquettes* de Marseille. Krupp se convirtió en Dutchman de Poorter, que a su vez pasó a ser *Société Française des Mines de Fer*. ¡Ve y encuentra tu camino a través de este laberinto! La historia del embargo, y sobre todo la del no embargo durante la Gran Guerra, está llena de errores y engaños debidos a la ignorancia de nuestros jueces sobre las estratagemas del comercio y la industria alemanas. Cabe señalar que cuando se conocen estas estratagemas entrelazadas, se pueden desbaratar con la mayor facilidad. No tardo más de una hora, cuando tengo las escrituras notariales en mis manos, en detectar el origen o la aportación de capital alemán, incluso a través de intermediarios. En primer lugar, hay gente especializada en estos tejemanejes y sus nombres me ponen inmediatamente en guardia.

En segundo lugar, el proceso de superposición o sustitución apenas varía; sólo hay dos resortes, siempre los mismos, que poner en juego.

53

Las mujeres entrelazadas, o medio entrelazadas, fueron ampliamente empleadas por el enemigo. Este es uno de los lados oscuros de la guerra, así como la acción disolvente de ciertos salones internacionales. Podría escribir un volumen sobre esto, pero hay razones, que todo el mundo comprenderá, para no hacerlo. La certeza, en estos asuntos, es rara, y no es posible acusar o incluso designar sin certeza. Para un caso de Mata Hari, en el que las autoridades militares tenían todas las pruebas en sus manos, ¡cuántos otros en los que fue necesario dejar en libertad, bajo una vigilancia ilusoria, a culpables que tuvieron la astucia de no proporcionar un rastro documental, de no dar pasos demasiado abiertamente comprometedores!

54

La labor de disociación llevada a cabo por el enemigo en nuestro lado procedió en empujes periódicos, a la manera de las ofensivas militares. Estas ofensivas coincidían con las maniobras a gran escala de los generales alemanes y, en cierto modo, trataban de complementarlas. Lo vimos en el momento del ataque a Verdún (febrero, marzo de 1916), en el momento de la debacle rumana y en el momento de nuestra ofensiva de abril de 1917. De repente, y sin que fuera posible detectar su punto de origen, rumores alarmantes se extendieron por París. Personas, supuestamente bien informadas, anunciaban en Francia la inminencia del hambre, el éxito irresistible del torpedeo submarino, el lanzamiento de formidables zeppelines armados con explosivos de potencia inaudita, la fatiga o el desánimo de nuestras tropas en tal o cual punto del frente, la depresión de las finanzas de la Entente. Estas personas recibían sus angustiosas noticias de otras que permanecían misteriosas, pero cuya autoridad se daba por indiscutible. Este era el procedimiento habitual de la gente de bolsa, que prepara una campaña a la baja. El sistema de "salvas" introducido por los censores —cuando hubiera sido mucho más preferible el sistema de indicaciones previas y prohibiciones— permitió a los derrotistas sostener que tal o cual noticia correspondía a tal o cual de sus atroces chismorreos. El resultado, durante unas horas, fue una cierta incertidumbre, rápidamente corregida por el sentido común y la firmeza del pueblo francés, el pueblo más espontáneamente intrépido de la tierra, una incertidumbre que, sin embargo, benefició a los invasores.

55

Al mismo tiempo, ciertos periódicos sospechosos o dudosos, con su tono

violento, doctrinario o pseudo-humorístico, emprendían una campaña contra escritores y periodistas patriotas como Maurras, Barrés, Capus, Donnay, Berthoulat, Bailby, etc., acusándoles de "llenar las calaveras", como se les conocía, y de pintar un cuadro demasiado optimista de nuestras posibilidades de éxito, y de elogiar demasiado continuamente a nuestros combatientes y aliados. Era, por lo que decían, "insultar a nuestros soldados" y degradar su carácter, una renuncia estoica y consciente. A menudo me he preguntado con asombro el oscuro propósito de estos extraños reproches. Que los adversarios políticos ataquen a un polemista como su servidor, que no les escatima, si hace falta, nada mejor. No tengo ningún problema en que me llamen de todas las formas que se les ocurran, me vilipendien y me amenacen de la mañana a la noche, e incluso lo encuentro lógico y cómico. Pero que un hombre como Maurice Barrés, que desde el comienzo de la guerra se ha dedicado exclusivamente al elogio de los héroes y a la descripción sincera, conmovedora e inspiradora de sus sacrificios, sea vilipendiado e insultado por sus compatriotas, es algo que no comprendo. Lo mismo me ocurre cuando veo que se ataca a Maurras y a su *Part du Combattant*; pues si hay una iniciativa que debería aglutinar todos los votos, e incluso los de los revolucionarios, es ésta. Así pues, la eliminación sucesiva de todas las interpretaciones plausibles de tales ataques me devuelve a la desafortunada hipótesis expuesta más arriba. No sólo hay agentes directos del enemigo en una crisis tan compleja como la actual. También hay influencias de agentes del enemigo, que se creen muy listos y muy espirituales al obedecer directrices cuya perversidad no discernen, o no quieren discernir.

57

¿Quién dijo que cuando las cosas se ponen difíciles, los tontos y los cobardes forman la retaguardia de los villanos?

Los alemanes han demostrado que conceden gran importancia a lo que llaman, con razón, el "ejército francés de la pluma". Los detractores sistemáticos de este ejército sólo pueden hacerles el juego a los alemanes. Son los peores lavadores de cerebro. Los atiborran de estopa boche. Algunos lo hicieron por esnobismo, para demostrar a todos que, a través de la tormenta de hierro y fuego, habían conservado su libertad de espíritu, la facultad de admirar a Kant, Fichte, Goetho y Wagner, por no hablar de A irchow, Wundt y Weismann, y de situarlos por encima de sus compatriotas afines. Otros siguen impulsos rencorosos e instintos furiosos que les llevan, según la regla spinoziana, a extender a todo un grupo el odio que sienten por

### Capítulo III. La disociación interior

unos pocos individuos. Nada es tan insensato como esa extensión de un caso individual a un grupo. Los amigos de nuestros enemigos no son necesariamente nuestros enemigos.

## CAPÍTULO IV

### DOS TENDENCIAS OPUESTAS

Casi inmediatamente después de la publicación del ultimátum de Austria a Serbia —que iba a hacer estallar el polvorín—, se hizo evidente que en nuestro país iban a chocar dos tendencias opuestas en cuanto a la inevitabilidad de la guerra:

La primera fue la reacción sólida, ancestral, sana y vigorosa del pueblo francés, impulsado por el deseo de victoria y la confianza en sus dirigentes, que condujo al éxito de la movilización y luego, cinco semanas más tarde, al triunfo del Marne.

La segunda era una actitud tímida y resignada de los vencidos, vestigio de la derrota de 1870-1871, agravada por las doctrinas de Kant y Rousseau, dominantes en el mundo oficial: la guerra impuesta, puramente defensiva; la guerra, un deber aburrido y un caso de conciencia; la guerra avergonzada de sí misma, la guerra sin héroes, una especie de monotonía sacrificada y oscura, limitada a los soldados, rodeada de la desaprobación de los civiles.

59

Esta segunda actitud, explotada por los "embochés" y el clan "Ya", condujo a nuestra primera imprudencia: el abandono inicial de 10 kilómetros de territorio a lo largo de la frontera franco-alemana como prueba de nuestra no agresión. El resultado fue la pérdida inmediata de un territorio de incalculable valor estratégico. Más tarde, esta actitud proporcionó un terreno fértil a los intentos de disociación interna del enemigo y condujo a la peligrosa crisis de la primavera de 1917. Sin duda prolongó las hostilidades, por el miedo y la rápida detención de las ofensivas a gran escala. Nos hizo un daño infinito. Después de tres años y medio de esta falsa concepción, sólo estamos empezando a sacudírnosla de encima. Pero tenemos que examinarla más de cerca.

60

Cuando se declaró la guerra el 3 de agosto de 1914, la política enmudeció en Francia y las disensiones entre ciudadanos de opiniones diferentes desaparecieron al instante. Fue la edad de oro de la unión sagrada. Esto no quiere decir que los germanófilos y otras personas interesadas en los asuntos alemanes y pertenecientes a sociedades alemanas desaparecieran por arte de

magia. Pero convencidos de la superioridad de Alemania y de su fácil victoria en cinco semanas, juzgaron más prudente esconderse y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Las Cámaras estaban cerradas. La presidencia de la República fue ocupada por un patriota lorenés. El destino de todo el país estaba en manos de los grandes jefes militares, que supieron trabajar juntos por su salvación con una admirable comprensión. El éxodo de los ministros a Burdeos, éxodo legítimo y necesario por las circunstancias, puso la policía interior de París y la región del campo atrincherado, durante algunas semanas, en manos del gobierno militar, que, con el general Galliéni, estuvo a la altura de las circunstancias.

Es importante nombrar a los tres responsables de la limpieza inmediata y preliminar, que hizo posible la victoria en el Marne al paralizar y desalentar a los numerosos sospechosos. Fueron: el general Clergerie, jefe del Estado Mayor de la plaza de París, el comandante Baudier, del Segundo Buró, y el teniente coronel Bourdeau. En el desempeño de sus difíciles y delicadas funciones, estos tres hombres demostraron una firmeza y una previsión que hicieron inútiles los preparativos del Estado Mayor alemán. Pero, a causa de su implacable vigilancia, tropezaron muy pronto con la tendencia opuesta, momentáneamente frenada, que consistía en preservar los intereses enemigos en la persona de agentes alemanes de ambos sexos y dejar abierta una puerta de comunicación, incluso de conversación, entre los beligerantes.

61

Todos conocemos la teoría expuesta en el Contrato Social, retomada posteriormente por Immanuel Kant: en la guerra están en guerra los Estados, no los ciudadanos de esos Estados. La guerra existe entre dos ejércitos, delegaciones de esos Estados. No se extiende al elemento civil. A Fichte le correspondió derribar este principio kantiano con el dogma de la germanidad como dueña de los destinos del mundo. Véase Discurso a la nación alemana. Pero muchos políticos franceses seguían profesando en agosto de 1914, antes e incluso después de Charleroi, esta limitación exclusiva de la guerra a las operaciones militares. Fue sobre la base de esta doctrina absurda que los agentes del enemigo y los germanófilos obstinados combatieron amarga y escandalosamente todas las medidas de guerra total, que eran la única manera de lograr el rápido hundimiento del poder alemán.

62

Esta doctrina, mortífera desde el punto de vista nacional, sirvió de pantalla a todos los miembros del clan Ya. Fue hábilmente explotada por Caillaux y metódicamente aplicada en el Ministerio del Interior por su

segundo al mando, Malvy. Durante tres años, salvo raras excepciones, la policía civil se resistió obstinadamente a todas las denuncias de los patriotas y a todos sus legítimos esfuerzos por sanear el país. En el espacio de unos meses, el admirable trabajo del general Clergerie, del comandante Baudier y del teniente coronel Bourdeau fue obstaculizado y luego destruido. Presentamos el paradójico espectáculo de una nación desangrada por un bandido, el Imperio alemán, al que se le perdonaba el establecimiento y las posiciones financieras en Francia antes de la guerra. Y lo que es aún mejor, los censores tenían instrucciones de no dejar pasar más que unas pocas y raras quejas sobre tal estado de cosas, sin intentar averiguar las razones subyacentes ni quién era el verdadero responsable. Todavía me oigo telefoneando a la oficina de la censura, que me prohibía implicar a no sé qué agente boche: "Pero, por último, ¿teme usted que pueda causarle dificultades diplomáticas con el embajador alemán en París? Era como si, en medio de la matanza, acompañada de gases asfixiantes, quedara un pacto misterioso, según el cual todo lo que no fuera la matanza propiamente dicha, todo lo que tuviera lugar fuera de la zona de combate, se consideraba neutralizado.

63

Una tendencia desafortunada, por no decir otra cosa, que exponía a las almas codiciosas a las tentaciones del oro alemán —proveniente de Suiza, de España o, hasta la intervención americana, de América—, que desalentaba e irritaba la buena voluntad de la retaguardia, que animaba al enemigo a perseverar en exacciones impunes y le permitía contar con nuestro hastío. Los berlineses y los vieneses bromeaban diciendo que los que temían la escasez de alimentos sólo tenían que venir a pasar una temporada en París como polacos, suizos o checos. También decían: "Bueno, no entramos en *Papylone* como un cuerpo. ¡Qué importa si vamos todos individualmente! Sus periódicos y caricaturas decían que no podíamos prescindir de su presencia y sus habilidades, ni siquiera durante las hostilidades. ¡Cómo sería después! En los campos de prisioneros alemanes, varios guardias decían a nuestros compatriotas: "Yo vivía con ustedes en París, Le Havre, Marsella, Lyon, en tal o cual calle, en tal o cual número. Si hubiera sabido que la situación seguiría siendo la misma para tal y tal, me habría quedado.

64

Pero cuanto más duraba la guerra, más muertes, sufrimientos y deportaciones se producían en los departamentos ocupados del "Norte", y más crecía el odio hacia el asqueroso invasor. El odio es como el amor. En pequeñas dosis ciega y atonta, pero en grandes dosis te vuelve lúcido. Fáciles

al principio, las maniobras de los germanófilos impenitentes, de los embrollados y de los partidarios de las tesis de Housseau y de la paz a toda costa se hicieron cada día más difíciles. A pesar de la censura impuesta a Caillaux y Malvy, casos llamativos —como el del marsellés Théodore Mante, el doctor Lombard y el delator espía Garfunkel— despertaron la curiosidad del gran público y despertaron o corroboraron sus sospechas. Además, los soldados que venían de permiso se quejaban, al igual que sus comandantes, del excesivo número de personajes sospechosos que se veían circular por las líneas, armados con salvoconductos y los debidos permisos de espionaje. Semejante descuido llegó a parecerse a una voluntad preconcebida de no tomar ninguna medida defensiva contra la sexta y peor arma de todas, el espionaje.

65

Desde 1911, se me conocía como especialista en la cuestión, debido a mis estudios en *Action Française* y a mi libro *l'Avant-Guerre*. Pronto, como consecuencia del creciente descontento, recibí irritadas confidencias de los propios servicios encargados de la represión, que tenían prohibido hacerlo. Aparte de algunas ovejas negras, ganadas hace tiempo a las tesis de Rousseau o corrompidas por el ambiente, los contactos y el mal ejemplo de arriba, la inmensa mayoría de los policías franceses sufrían por su inacción y por las instrucciones antinacionales que recibían. Algunos de ellos disponían de excelentes fichas de sospechosos, con descripciones detalladas y precisas, pero no les servían para nada. Me los dieron a mí. Tuve así, en mis manos, la prueba absoluta de que la Inexplicable —como yo la llamaba a causa de la censura— colaboración Caillaux-Malvy, era culpable de obstinación, no de ignorancia, ya que los expedientes e informes procedían precisamente de la Sûreté générale (Ministerio del Interior) y de la Préfecture de police. Los pequeños funcionarios me proporcionaron así una prueba abrumadora de la inercia deliberada de sus jefes y también de algo más. En efecto, iera imposible explicar de manera decente cómo personas ultrasospechosas podían beneficiarse, en territorio francés y en tiempo de guerra, de pasaportes expedidos con nombres falsos y utilizando registros civiles falsos!

66

No recuerdo qué periodista marrón acuñó el término "espionaje" para burlarse de la tendencia a denunciar y combatir a los agentes enemigos. Puede presumir de haber hecho un favor a Alemania. Cada vez que un francés o una francesa honrados iban a una comisaría a quejarse de que algún sospechoso seguía en París, se reían en su cara y repetían "espionnite".

Yo mismo fui retratado, en los periódicos *ad hoc*, como una especie de loco, perseguido por una fobia de esbirros alemanes. Les ruego que crean que nada puede estar más lejos de mi naturaleza psicológica o de mi temperamento que semejante talante. Si a alguien "no le molestan" las tonterías de los incompetentes, o los insultos y amenazas de los adversarios, ése soy yo. Pero creo que, en la guerra actual, cada cual debe prestar a su país el servicio que pueda. Esto explica mi larga y ardua campaña, plagada de escollos y trampas, de juicios, quejas y enfados de todo tipo, pero que he librado y sigo librando alegremente, porque está en juego el bien común. Este estado de ánimo es compartido por todos mis colegas, del más grande al más pequeño, y nos sentimos suficientemente recompensados cuando un taimado enemigo de Francia es desenmascarado, atrapado y castigado.

Siempre había pensado, incluso en el peor período del caillautismo y el malvysmo, que la formidable presión de la guerra acabaría por reivindicar nuestros esfuerzos. Me parecía imposible que la tendencia rousseauniana siguiera prevaleciendo durante mucho tiempo sobre la tendencia nacional, y que los patriotas se equivocaran siempre. Además, ciertos resultados, obtenidos contra todo pronóstico, me daban confianza en el desenlace de los acontecimientos.

68

A raíz de mis artículos, que se prolongaron durante catorce meses, a riesgo de cansar y aburrir a mis lectores, el alemán nacionalizado Emil Ullmann, gran amigo de Caillaux, a quien había hecho miembro del Consejo de Administración del *Crédit Foncier Argentin* y él mismo director del *Comptoir National d'Escompte de París*, se vio obligado a abandonar este establecimiento financiero. Fue una auténtica victoria, porque Ullmann era una potencia bursátil, rodeado de un enjambre de deportistas, con un presupuesto publicitario considerable y un gabinete de prensa omnipotente. Su influencia se dejaba sentir en la diplomacia y la política. Se rumoreaba que había desempeñado un papel destacado en el asunto Agadir, y que era el portavoz de Heinemann, del *Deutsche Bank*, y de Salomonsohn, de *Disconto*. Cuando empecé a interrogarle, todos los pequeños periódicos financieros que viven de las migajas de este tipo de personajes se volvieron locos. Los muy listos y estirados colegas de Emil Ullmann en el *Comptoir d'Escompte* denunciaron solemnemente mi "abominable calumnia" y declararon que se solidarizaban con su amigo, que nunca se separarían de él, que estaban estudiando qué medidas tomar para detener una campaña perjudicial para el crédito público, etcétera, etcétera. Al mismo tiempo, me

delegaron unos señores muy buenos para que interviniera e intercediera en favor de este alemán, nacionalizado desde hacía mucho tiempo y que se había vuelto "extremadamente francés". Lo sé muy bien. Si, habiendo empezado a agarrar a un alemán de las finanzas, eres tan tonto como para dejarte ablandar, inmediatamente las mismas personas que vinieron a implorarte declaran finalmente o dejan entender que han hecho "lo necesario", en buen francés, que han comprado tu silencio. Así que sólo me quedaba una cosa por hacer: continuar. Continué. Algunos buenos franceses, en particular el conde de Reilhac, que llevaba mucho tiempo en la corte con Ullmann, M. Manchez, de *Le Temps*, y algunos otros, me echaron una seria mano. El público se conmovió. La gente empezó a retirar sus fondos del *Comptoir d'Escompte*. Tuvimos que ceder. Cedimos en dos etapas: 1<sup>er</sup> tiempo: Emil Ullmann renunció a la dirección; 2<sup>o</sup> tiempo: Emil Ullmann renunció al consejo de administración. Lo mismo ocurrió en *el Banque de l'Indo-Chine*.

70

Poco después, un amigo y protegido de Ullmann, el marsellés Théodore Mante, que participaba en un gran número de empresas comerciales, industriales y financieras, fue sorprendido in fraganti comerciando con el enemigo. ¡Menudo caso! A pesar de sus innumerables conexiones y su alta protección en todo el mundo, Théodore Mante tuvo la desgracia de toparse con un magistrado tan firme como sagaz, el fiscal Delrieu, del Tribunal de Aix-en-Provence, que le hizo, en la primera sentencia, uno de esos considerandos de los que un emboché no se recupera. Théodore Mante, en mi opinión, habría merecido la pena de muerte, porque cuanto más alto está el culpable en la jerarquía social, más ejemplar debe ser su castigo. Se libró, tras tres condenas, en tres instancias judiciales, de una fuerte multa y de la privación, durante diez años, de sus derechos civiles. Era un hecho. En vísperas de su sentencia definitiva, me seguían telegrafando desde Marsella que sería absuelto con toda seguridad. Fueron necesarias varias semanas para que se le retirara la Legión de Honor y se rebautizara un carruaje con su deshonorado nombre.

71

Menos caza mayor que Ullmann, Théodore Mante era sin embargo el típico tipo de agente enemigo codicioso. Cuando vieron que sus millones no le habían protegido, muchos de sus émulos se echaron a temblar y frenaron su bochismo. Es cierto que un ejemplo de lo alto es bueno. Para edificación de todos, reproduzco aquí el memorable considerando de la sentencia del

Tribunal de Aix de 30 de junio de 1916, que puso fin a estos ejercicios antifranceses:

*Considerando que Mante hizo todo lo posible por mantener el carácter y las tendencias alemanas de la Société (des cokes, charbons et briquettes de Marseille); su consejo de administración estaba formado por alemanes, la mayoría de sus agentes y empleados eran también de origen alemán, les ofrecía, a expensas de la Sociedad, diversas fiestas, y no dejaba de invitarles a festivales alemanes para alabar al Kaiser y aclamar una Alemania más grande...*

72

No es necesario añadir ningún comentario.

Si yo no hubiera interferido, el juguetero Kratz, un auténtico alemán, conocido como "Kratz-Boussac", seguiría siendo alcalde de Douville-sur-Andelle, en el departamento de Eure, a pesar de las protestas de sus electores. No fue destituido hasta el 26 de diciembre de 1915, tras mis vehementes protestas. Había sido nombrado Caballero de la Legión de Honor. Se había casado en la familia de un senador, antiguo Guardián de los Sellos. Era un hombre importante y respetado.

La lista de las numerosas empresas francesas a las que perteneció Ernst Thurnauer antes de la guerra es de ensueño. Nacido en 180a en Burgdunstadt (Baviera), la mayoría de sus padres estuvieron en los ejércitos alemán y austriaco, fue aliado de Brettauer y mano derecha del célebre Walter Rathenau, director de *la Allgemeine Elektrizit  ts Gesellschaft*. Naturalizado estadounidense, pero pangermanista de corazón, Thurnauer era a la vez presidente del consejo de administración de YA.E.G. y miembro del consejo de administración de la *Compagnie Générale des Omnibus de Paris*. Si los alemanes hubieran tomado la ciudad, él habría sido el claro dominador del transporte y la electricidad parisinos, cuyos recursos conocía al dedillo. Desafiado por la *Action Française*, tuvo el buen gusto de no protestar y dej   estos diversos cargos con diligente modestia.

73

Entre otros veinte casos similares, me gustaría mencionar el del alemán David Reiss, de Barbizon, porque durante el juicio que entabl   contra nosotros y que perdió ante el tribunal de Melun (31 de enero de 1917), atrajo el siguiente memorable considerando, un crédito para la judicatura francesa durante la Gran Guerra:

*Considerando que de todos estos hechos se desprende que los acusados*

*no actuaron con la intención de perjudicar a un individuo.... sino en el interés nacional; que no se puede negar que en un momento en que un país está empeñado en la lucha más terrible que pueblo alguno haya soportado jamás, cuando todas sus fuerzas deben desplegarse en una sola preocupación por la salvación pública, es deber de todo ciudadano alzar la voz para denunciar a cualquier individuo contra el que exista una sospecha real de ser aliado del enemigo.... absuelve a todos los acusados, desestima a Reiss, parte civil, de todas sus pretensiones y le condena en costas.*

74

El 25 de junio de 1917, el Tribunal de Apelación de París confirmó pura y simplemente esta inolvidable sentencia, que resume, en una fórmula a lo Tácito, una de las obligaciones más apremiantes de la guerra de apoyo.

Por último, para no prolongar indefinidamente esta lista de los primeros resultados obtenidos, que hoy parecen muy poca cosa — ipero entonces! — les recuerdo que fuimos los primeros en denunciar al tristemente célebre Garfunkel, conocido como "Doctor Georges", quien, a pesar de sus eminentes protectores en la Prefectura de Policía, fue condenado a cinco años de prisión, multa de tres mil francos y degradación cívica; y que el 26 de junio de 1915, denuncié a Karl Reuscher, nacido el 21 de octubre de 1876 en Wehlen-sur-Moselle, como espía alemán y director general de la empresa Grands Hôtels d'Évian-les-Bains. En enero de 1917, fue condenado en Suiza a 4 meses de prisión y prohibición de residencia por espionaje.

75

Me dirá usted que, de los centenares de alemanes naturalizados o sospechosos que infestaron el suelo francés en los tres primeros años de la guerra, una docena de ejecuciones era poco. Le responderé que esos doce ejemplos fueron escogidos entre los más representativos y en ámbitos a los que no suele llegar la mano de la policía. Añádase a ello el hecho de que la policía, o al menos parte de ella, protegía a los que yo perseguía. Periódicamente los censores ponían obstáculos en mi camino. Un Ullmann se creía uno de los reyes de París. Un Thurnauer veía temblar ante él a los más altos funcionarios. Reiss tenía esclavizado al teniente de alcalde de Melun, Delaroue, que acudió, con cara de pena, a testificar por él en su juicio. Todavía puedo verle acosado en sus alegatos finales por un joven y vigoroso abogado, el Sr. Gérault-Carrion, cuyo alegato fue toda una revelación. Nada más simbólico que la actitud sencilla y magnífica del primer teniente de alcalde de Barbizon, el honorable Sr. Marteau, cuyo hijo murió en combate, ante esa pequeña comadreja alemana que era David Reiss. Toda

la sala se estremeció y aplaudió.

76

A pesar de todo, no eran más que episodios, más o menos destacados, pero episodios en la lucha entre las dos tendencias, la nacional —que no quería la "disociación interna"— y la otra. Sin duda Millerand, que había dejado sabiamente su toga de abogado Maggi a la puerta del Ministerio de la Guerra, puso en todas las paredes la famosa frase "*Cállate, cuidado, el enemigo escucha*". No cabe duda de que los periódicos estaban llenos de historias de rehenes y secuestradores —véase el magnífico libro de Edgard Troimaux—, no todas en beneficio de los secuestradores. La sentencia de Melun fue sin duda una ventaja importante. Sin embargo, Francia estaba muy lejos de la guerra total que siempre había querido ver. La opinión pública tardó en comprender que la gigantesca lucha actual tenía sus raíces detrás del frente, en los intereses conjuntos franco-alemanes de la preguerra y que, si se quería alcanzar la victoria, había que separar para siempre esos intereses. Los poderes públicos eran aún más lentos y perezosos que la opinión pública. En privado, muchos políticos hablaban con terror de las conexiones enemigas que podían sentirse acechando aquí y allá, en todos los niveles de la sociedad y en todos los ámbitos de la vida. Ninguno de ellos subió al podio para señalar estas conexiones. ¿Miedo a la responsabilidad, despreocupación o temor a ser acusados de espionaje? La excepción fue el senador Gaudin de Villaine, que denunció el mal en voz alta, pero ante la incredulidad casi general de sus colegas. Sin embargo, su discurso estaba lleno de hechos, que pasaron casi desapercibidos. El ambiente aún no era el adecuado.

77

Cuando se quiere alcanzar un objetivo importante aquí en la tierra, hay que tener paciencia. En medio de las pruebas, los aplausos y los insultos, seguí acumulando material para una documentación que no se me ocurría utilizar aquí. Mi libro se habría vuelto ilegible. No había industria importante, ni negocio útil a la guerra, ni medio informado o activo<sup>1</sup> que no fuera frecuentado, sospechado y a veces administrado por uno o varios emisarios o agentes del enemigo: a veces un alemán naturalizado, a veces un austríaco disfrazado de checo, o un húngaro, o un suizo, o un español, o un argentino; a veces, más triste aún, un francés o un italiano, o un inglés esforzado. Era imposible verificar estos innumerables informes, que además se solapaban. Durante la guerra, existía una hermandad de agentes alemanes, igual que existe una hermandad de ladrones o de invertidos. Se

reconocen entre sí por ciertos signos, utilizan los mismos procedimientos, recurren a los mismos hombres de negocios, utilizan y explotan a las mismas mujeres, tienen preparadas las mismas amenazas y los mismos alojamientos. Quien conoce a uno los conoce a todos. Cada uno de ellos tiene pantallas de buena voluntad y un incauto. Como no tengo fama de ser muy intimidador, generalmente me delegaban al incauto, que venía a hablarme de los buenos sentimientos de tal o cual delegado de Heinemann, Rathenau, Ballin, Thyssen o Bethmann-Hollweg. Los argumentos apenas variaban.

78

1º La persona a la que atacas injustamente es sin duda alemana, *pero* nacionalizada; o tuvo vínculos alemanes, *pero* los rompió hace tiempo; o dirige una empresa que es en parte alemana, *pero* ha renunciado a esta parte alemana y a todos los beneficios alemanes.

2º La persona a la que atacas es un español monárquico, o un suizo católico, o un sudamericano que es un buen francés. El primer argumento es común entre la gente del mundo, el segundo entre los eclesiásticos, el tercero entre los comerciantes. ¿Cómo hacer comprender que un revolucionario o un ateo, francés y patriota, me son mucho más queridos y preciosos en tiempo de guerra que un conservador que admira a los alemanes o un cardenal boche?

3º Te han informado mal, o lo han hecho competidores celosos. Ya he oído muchas veces la explicación del "competidor celoso". Forma parte de la defensa de cada Boche y cada emboché, del kit de cada *kommis-voyacheur*. En tiempos de guerra, suena extraño. Evidentemente, Alemania se había lisonjeado de poder continuar su invasión comercial e industrial de Francia utilizando la invasión y el terror. *Ellos* buscan utilizarlo todo.

79

Sin embargo, no dejaba de preguntarme cuál era el vínculo general entre tantas maniobras clandestinas y la explicación de la paradoja de una guerra *limitada a los beligerantes* de un bando, mientras el enemigo masacraba a nuestros civiles y esclavizaba a nuestras mujeres. Me hacía esta pregunta a todas horas del día. Estaba tomando notas, observando y pensando, cuando me llamó la atención un periódico vespertino llamado *Le Bonnet Rouge* y un grupo de personas de ambos sexos, de las que hablaré a continuación. Lo haré con la misma objetividad que si se tratara de una planta de euforbia o un mancenillium.

## CAPÍTULO V

### LO QUE FUE EL "SOMBRERO ROJO": ALMEREYDA Y SUS COMPAÑEROS

Buenaventura Vigo, conocido como "Miguel Almereyda" —que iba a desempeñar un papel criminal tan importante durante los tres primeros años de la guerra europea y a acabar tan trágicamente— era un muchacho delgado y pulcro, de rostro agradable, voz suave y ojos de terciopelo que de pronto brillaban con un destello mezclado de violencia y falsedad. Le conocí en 1909, en la prisión de la Santé, donde cumplía condena política como revolucionario, al mismo tiempo que Pujo y los Camelots du Roi eran encarcelados allí tras las manifestaciones de Thalamas. Fue colaborador de la *Guerre Sociale* de Gustave Hervé. Yo no sabía entonces que había sido condenado por robo, insultos al ejército, incitación al asesinato y fabricación de explosivos (*Gazette des Tribunaux*, 9 y 10 de octubre de 1911). Pero enseguida me impresionaron su figura y la expresión de su rostro. Vestía un guardapolvo negro al estilo de Tolstoi, cantaba con voz justiciera la *Canción de los Tejedores* y gozaba de prestigio entre sus camaradas por su arrojo y su indiscutible valentía. Sin embargo, había algo extraño e inquietante en él, algo parecido a un apache y un jugador de pinball. Intercambiamos cuatro palabras, cada uno disgustó al otro y nuestra relación terminó ahí.

Más tarde supe que había dejado a Hervé para convertirse en secretario de redacción del *Courrier Européen*, que dirigía un tal Charles Paix, conocido como Paix-Séailles. Almereyda dirigía una campaña "humanitaria" de lo más sospechosa contra la ley de los tres años. No me sorprendió en absoluto cuando, en vísperas de la guerra, fundó un *Bonnet Rouge*, primero semanal, luego diario vespertino destinado a combatir "la locura del armamento", el Creuset, y a defender, incluso en la calle, la tesis tristemente caillautiana del "acercamiento franco-alemán". Simplemente pensé: "Ha encontrado su camino. Es un muchacho al que hay que observar, al igual que la gente que le rodea". Y me puse a recopilar toda la información que pude sobre sus actividades, que habían sido intensas antes de la guerra pero frenéticas desde

entonces. No fue muy difícil, pues estaba seguro de su impunidad, confiado en sus amistades y protecciones políticas, ostentoso con ellas y buscando impresionar al vulgo, apenas se disimulaba. Los que fueron sus incautos pusieron sin duda mucha buena voluntad. Pienso también que como hábil chantajista, flanqueado por otro chantajista, Jacques Landau, tan despreciable y hábil como él —menos la valentía y cierta generosidad de sangre—, aterrorizó a un buen número de personas en el poder. Añadiré que, totalmente falto de educación básica e incluso de ortografía, aunque dotado de cierta labia, era incapaz de escribir un artículo por sí solo y se hacía ayudar en esta tarea por dos o tres escribas a sueldo. Entre ellos se encontraba un tal Émile P..., conocido como "Georges Clairret", que había sido contratado durante unos meses como informador adjunto en *Action Française*, luego despedido y lleno de resentimiento. Fue este "Clairret", sin duda, quien involucró a Almereyda en su absurda y peligrosa campaña contra nosotros. Digo "peligrosa" porque me llevó a seguir sus acciones más de cerca de lo que él hubiera deseado.

84

Me enteré sucesivamente de que durante las elecciones de 1914 había sido un fijo en el Ministerio del Interior, asesorando y engrasando a los prefectos; que en el proceso de Caillaux había actuado como guardaespaldas del antiguo ministro de Hacienda y presidente del Consejo; que cinco días después intentaba azuzar a los antipatriotas con gritos de "¡Abajo el ejército!" en los bulevares, pocas horas antes de la movilización; que recibía una importante subvención (al menos 8.000 francos al mes) de la plaza Beauvau; que gozaba de la plena confianza de Malvy y Viviani; que Malvy le había dado instrucciones para que se quedara en París en lugar de marcharse a los ejércitos donde le llamaba su clase; que su estilo de vida había cambiado de repente. Juzguemos: hasta finales de 1914, Almereyda vivía en el número 35 de la rue Orfila, con un alquiler de 500 francos al año; tras el estallido de la guerra, trasladó a su amante al boulevard des Capucines, con un alquiler de 600 francos al mes. Se instaló lujosamente, con su mujer y su hijo, en la rue Spontini, compró tres magníficos automóviles, alquiló una villa en el 14 de la rue Gaston-Latouche, en Saint-Cloud, por 10.000 francos al año, de los que 5.000 fueron pagados por adelantado, distribuyó costosas joyas a diversas personas de mala reputación y comenzó a llevar lo que los croupiers y usureros llaman la alta vida en los garitos de juego.

85

Pude comprobar por mí mismo que, en compañía de varios jóvenes de la

misma harina, practicaba simultáneamente y con igual placer:

1º Tráfico de estupefacientes, morfina, éter y cocaína. Todo ello con la complicidad de un tal Thomas Henry, conocido como Harry Goddart, súbdito austríaco, nacido el 22 de agosto de 18(19) en Fort-Tatthey (Estados Unidos);

2º Tráfico de permisos de residencia y levantamiento de órdenes de expulsión —tras las órdenes de expulsión en debida forma— con la complicidad de varios funcionarios de la Sûreté générale y de la Préfecture de police;

3º Aborto, iniciado en *el Bonnet Rouge* por anuncios de comadronas sospechosas —la más temida de las cuales fue recientemente detenida y encarcelada— con la complacencia del doctor Lombard, colaborador de Almereyda y condenado a diez años de cárcel por reformas fraudulentas;

4º Chantaje a agentes enemigos, como el sirio Rabbat, un "banquero" de la calle Laffitte, que pasaba valores robados por los alemanes en territorio ocupado, a propietarios de locales de juego y burdeles;

5º *La comunicación al enemigo, por media docena de emisarios, siempre los mismos, de documentos diplomáticos y militares susceptibles de proporcionar información sobre los planes de los Aliados y las reuniones de los comités secretos;*

6º *La incitación metódica de los soldados a la desobediencia y al amotinamiento, con la ayuda de numerosos cómplices, los principales de los cuales son o serán conocidos, con la ayuda de una supuesta oficina de inteligencia militar, instalada en las oficinas del Bonnet Rouge, dirigida por el general N...., alias Goldschild conocido como "Goldsky".*

87

En posesión de esta trágica información, pronto me convencí de que tenía, junto con la banda *del Bonnet Rouge*, sus conexiones policiales y sus dos omnipotentes protectores, Messieurs Caillaux y Malvy, la causa principal del fracaso de nuestras ofensivas y de la ineficacia del llamado bloqueo. Compartí mi descubrimiento con mis colegas, que no estaban menos sorprendidos. Para mí era evidente que prolongar tal estado de cosas expondría al país a los peores peligros y, en cualquier caso, causaría miles y miles de muertos suplementarios. A partir de entonces, resolví esperar la primera oportunidad favorable y reventar el absceso, costase lo que costase. Cada día *el Bonnet Rouge* vertía el veneno del derrotismo, la germanofilia, el

desaliento y la ira<sup>1</sup> en sus lectores, reclutados entre el sector más dudoso de la población. Su objetivo estaba claro: la disociación interna que buscaba el gobierno alemán.

He aquí, como curiosidad, la partida de nacimiento de este bandido, ascendido por la amistad del Ministro del Interior Malvy —del 1<sup>er</sup> de agosto de 1914 al 22 de julio de 1917— al cargo de verdadero Prefecto de Policía de París:

88

En el año mil ochocientos ochenta y tres y nueve de enero, a las once horas antes del mediodía, en el ayuntamiento de Béziers, departamento de Hérault, ante nosotros, Jean-Baptiste Perdraut, teniente de alcalde de dicha ciudad, funcionario del registro civil, delegado, compareció : Bonaventure Vigo, empleado de comercio, de veintidós años de edad, natural de Saillagouse (Pirineos Orientales), domiciliado en Béziers, quien nos declara que el día de ayer, a las tres de la tarde, nació un niño varón al que nos presenta, y a quien declara dar los nombres de pila de Eugène-Bonaventure-Jean-Baptiste, reconociendo ser el padre de este niño y haberlo tenido de la señorita Aimée Salles, sin profesión, de veinte años de edad, natural de Perpiñán, el cual nació en la casa Roche, avenida de Bessan. Estas declaraciones fueron hechas en presencia de : Joseph Ribo, de veintisiete años, y Théophile Mauthet, de veintiséis años, empleado de comercio, domiciliados en Béziers, y han, el padre y los testigos, firmado con nosotros la presente acta, después de leerla.

He tenido en mis manos y entregado a la justicia militar una serie de documentos, sin duda auténticos, de los que se desprende que Almereyda daba órdenes directamente, no sólo a todos los altos funcionarios de la Prefectura de Policía —que fue confiada deliberadamente, como ya he dicho, a un pobre hombre de carácter muy débil y sin inteligencia alguna, de nombre Laurent—, sino también al personal de la Seguridad general. En el margen de algunos de estos documentos, relativos a la liberación de sospechosos, leemos esta frase de puño y letra de Almereyda: "Doy mi garantía". — El Sr. Almereyda garantiza el patriotismo de tal o cual, hay que creerle", añade un policía particularmente celoso. Cuando denuncié por primera vez al director del *Bonnet Rouge* y sus maniobras proalemanas en *l'Action Française*, tres jefes de gabinete de la Prefectura, los señores Paoli, Maunoury y Pascalis, publicaron un atestado en los periódicos de París a favor de su siniestro jefe, que además tenía vínculos con la peor y más

---

<sup>1</sup> Véase Ch. Sancerme, *Les Serviteurs de l'ennemi*, Victorion, 87, boulevard Saint-Germain.

sospechosa escoria de la prensa.

89

Sería superfluo y tedioso enumerar aquí toda esta camarilla. Me limitaré a mencionar los ejemplos más notables.

Jacques Landau, nacido el 7 de junio de 1877 en Odessa (Rusia) de padres polacos, nacionalizado francés el 30 de diciembre de 1903, era la personificación del chantajista. A diferencia de Almereyda, su físico retorcido y siniestro no juega a su favor. Era el tipo de traidor ambiguo. — Su cuñado, Ladislav Heftler, conocido como "barón Heftler", fallecido hacia 191a, era un antiguo peluquero de Berlín, agente alemán implicado en varias estafas de alto nivel, que le había dado lecciones. El alumno era digno del maestro. Ya en el segundo año de la guerra, Landau, que hasta entonces había vegetado en oscuros periódicos fundados por él para extorsionar a financieros, se unió al *Bonnet Rouge*, disfrutó de una prosperidad igual a la de Almereyda y fundó una "agencia de información" llamada Primo, con sede en el número 5 de la rue de la Grange-Batelière, y luego, en connivencia con Goldsky, un periódico llamado La Tranchée Républicaine, en la misma dirección. Estas dos publicaciones no eran más que sucedáneos del *Bonnet Rouge* y realizaban exactamente el mismo trabajo criminal. También defendían a todos los agentes abiertos o encubiertos del enemigo, denunciados por *Action Française*, pero de tal manera que los Boche o Austro-Boche, nacionalizados o no, o los Boche o Austro-Boche "defendidos", preferían rápidamente guardar silencio y se ponían de acuerdo con sus "defensores" en consecuencia. Al mismo tiempo, todos los periodistas patriotas eran arrastrados por el barro y, si era necesario, amenazados con malos tratos físicos. Personalmente, fui condenado a muerte una docena de veces por Almereyda y Jacques Landau, pero mi falta de impresionabilidad hizo que apenas me conmovieran. Cada semana, más o menos, de camino al periódico, me cruzaba en los bulevares con mi virtual asesino, que, al verme, volvía la cabeza hacia otro lado. Hizo bien. Mientras servía a Alemania lo mejor que podía, a través de sus escritos y también mediante la acción, Landau era un informador a sueldo de la Seguridad General, en el círculo íntimo de Leymarie y del controlador Sébille, encargado de una misión en Grecia, mientras uno de sus buenos amigos se encargaba de una misión en España. Mostraba asombrado a su peluquero fajos de billetes de mil francos, asegurándole que "había más". Por las noches, el excelente muchacho se entregaba al juego y aterrorizaba a los cándidos entendidos atraídos hacia él por media docena de jóvenes y viejas bien peinadas. Al igual que Almereyda,

Landau dedicaba sus mañanas a la policía, sus tardes a la política y sus noches a los placeres compartidos. Me resultaría del todo imposible dar aquí, incluso en latín, los detalles de estas bambochadas, en las que no tenían participar de vez en cuando personas más importantes.

Como me dijo un maître que presencié alguna de estas fiestecitas almereydeanas: "¡Señor, esto no es atuendo de guerra!

92

Condenado tres veces por la policía por desertión y fraude, Marion, el segundo director del *Bonnet Rouge*, era lo que se conoce como un bon vivant. Director de un Courrier Viticole, miembro influyente del Syndicat des Bistrots, aportó al trazo de Almereyda, con la clientela asegurada de unas decenas de comerciantes de vino, setenta guapos billetes de mil francos para empezar. ¿Por qué lo hizo? Porque Almereyda, favorito de la Seguridad General, había sido encargado por ésta de elaborar la lista de los mercantilistas privilegiados de la zona del ejército a los que se permitía refrescar a los soldados.

"El vino y la bebida, amigo mío, es cosa tuya", dijo, entregando a Marion la hoja de nombres oficiales. Sólo pedían una pequeña revisión que les permitiera insertar los nombres de algunos camaradas probados, es decir, francamente anarquistas, antipatriotas, antimilitaristas y susceptibles de ayudar a un golpe de perro mediante libaciones oportunas y gratuitas. No busquéis en otra parte el mecanismo de las excitaciones alcohólicas que precedieron simultáneamente al intento de motín militar de mayo y junio de 1917 en diversos puntos del frente del ejército. El proceso, como el huevo de Colón, era sencillo. Pero había que descubrirlo. Marion merece el mérito. No tenía más de dos comisarios de policía en la manga. Por otra parte, se enorgullecía de mantenerlos a raya y de tratarlos bien, porque conocía todas las direcciones correctas.

93

Goldschild, conocido como "Goldsky", era un pequeño hebreo, ceñudo, perverso, con pasión étnica, antipatriotismo y peligroso por su aptitud para las transformaciones. Era el Frégoli del *Bonnet Rouge*. A veces iba vestido de médico militar, vertiendo el veneno de sus "doctrinas" anarquistas en los oídos de desafortunados mutiladores; a veces, bajo el nombre de general N., poniendo en práctica los documentos ultraconfidenciales que le había confiado Almereyda; a veces, de paisano, dando conferencias en honor del alcohol en nombre de Marion y del *Syndicat des Bistrots*. Goldsky avivaba las llamas de la amargura y el resentimiento en las desavenencias y disputas que

eran la norma en ésta y en todas las demás asociaciones criminales. Propagó el miedo, la discordia y la falsa reconciliación entre unos y otros. Cuando Landau se enemistó con Almereyda, Goldsky se puso del lado de Landau, cuya completa complacencia moral le atraía. Cuando, a causa de los gastos exagerados, los fondos —a pesar de las subvenciones alemanas— eran escasos, Almereyda, Landau o Goldsky "regalaban" a la policía un compañero que pudiera descansar tranquilo, que fuera físicamente incapaz de vengarse, como Garfunkel, quien, por otra parte, había "regalado" anteriormente la jubilación de los bandidos automovilistas Garnier y Vallet. Estos servicios serviles eran pagados por los socios de placer de los caballeros. Era fácil perderse en medio de todo este regateo y de las entregas de los amigos, que, como era de esperar, acumulaban un cierto odio amargo hacia el *Bonnet Rouge*.

94

Duval, llamado "Darbourg", conocido como "Mondor", administrador jefe del *Bonnet Rouge* —y que iba a determinar su caída— nació el 27 de septiembre de 1864 en París. Fue él quien dio al *Bonnet Rouge* la mayor parte de los artículos firmados "Monsieur Badin", directamente inspirados por Alemania, y que superaban, en hipocresía e infamia, todo lo mejor que se hizo en la guerra, las páginas más felonas de la Gazette des Ardennes (del renegado alsaciano Prévôt), del Demain de Guilbeaux, y de Gaston Routier. Las pequeñas notas y esquelas de Monsieur Badin, tituladas "A bâtons rompus", fueron suprimidas por la censura, pero lo que Sancerme extrajo de ellas en su colección *Les Serviteurs de l'Ennemi* basta para dar una idea del género. Imaginen la traición riendo y babeando de burla, el desaliento insidioso dirigido jocosamente a todas las heridas sangrantes de la guerra, la excitación por los disturbios y la insubordinación, envueltos en chistes macabros de fusileros y enterradores. En mi ya larga vida, he hojeado muchas muestras de vileza y descomposición humanas; nunca me he topado con nada comparable a la prosa, por otra parte bastante elegante y pulida, de este Duval.

Llamado a declarar sobre estas personas y sus crímenes ante el gran juez de los casos de traición, y uno de los más grandes, perspicaces y cerrados jueces de todos los tiempos, llamado capitán Bouchardon, siempre recordaré la expresión de sus ojos azul oscuro cuando le dije lo que pensaba de Duval. El capitán Bouchardon combinaba una voz clara y matizada con los ojos extraordinarios de un observador desilusionado, pero penetrante, de las debilidades y defectos de la conciencia. Es cuando parece distraído cuando

esta mirada absorbe la circunstancia y transmite sus detalles a la mente. En ese momento de mi declaración, el juez, que hasta entonces había permanecido impassible, tuvo un leve movimiento del párpado, que me mostró que su reflejo se encontraba con el mío. Como dice la canción, "eso fue todo, pero fue suficiente".

96

Para comprender lo que sigue, debo decirles que Duval, después de muchas vicisitudes que ocuparía demasiado espacio explicar, había sido nombrado, antes de la guerra, director de una compañía conocida con el nombre de *Les Bains de Mer de San Stefano*, que había sido lanzada en París por un misterioso y sospechoso personaje de nombre Schkaff. El objetivo declarado de esta sociedad era instalar en las orillas del mar de Mármara, no lejos de Constantinopla, un casino similar al de Mónaco, con los acompañamientos habituales de estas casas de juego. En realidad, la idea era añadir a este negocio paraguas una importante estación de espionaje germano-turca. En el consejo de administración de la empresa figuraban tres destacados alemanes, el príncipe de Isenburg, de Mannheim, Flinsch, de Fráncfort del Meno, y el banquero barón de Marx, los tres también miembros del consejo de administración de la automovilística Benz. Isenburg, primo hermano del Gran Duque de Hesse y de la antigua Emperatriz de Rusia, estaba adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín. Marx era consejero de la corte del Gran Duque de Baden, amigo íntimo de los Grandes Duques de Rusia y del Gran Duque de Hesse, y miembro de la comisión encargada de organizar las finanzas de Bélgica. Como puede verse, Duval estaba bien acompañado en los *baños de mar de San Stefano*.

Es la ocasión de constatar la complacencia sádica con la que los señores alemanes se entregan al espionaje y se complacen en espionar. La promiscuidad, en tiempo de guerra como en tiempo de paz, de un príncipe Isenburg y un Duval, un barón de Marx y un Almereyda, un príncipe de Bülow y un Guilbeaux, un Ratibor, un von Krohn y un Routier, un príncipe de Hohenlohe y un Heftler, es algo que sobrepasa la comprensión de un francés. Nada podría ser más natural, más legítimo a los ojos de nuestros enemigos. Es una tradición germánica. Federico II y Bismarck la practicaron, y sus degenerados sucesores están haciendo lo mismo. Un estafador como el rabino sirio, el pequeño patrocinador de Almereyda, vivía en pie de igualdad con el príncipe abad Max de Sajonia, que predicaba la Cuaresma en una iglesia de rito griego en París. Esto nos parece espantoso. En Mónaco, el

príncipe Bernardo de Sajonia-Meiningen, cuñado de Guillermo II, y su esposa Carlota de Hohenzollern, famosa por la excentricidad de sus prodigiosos sombreros, adornados con un penacho de Brandeburgo, se mezclaban con la peor escoria de aventureros y aventureras, siempre que estuvieran registrados en las oficinas de inteligencia del Estado Mayor, que centralizaba el espionaje en Berlín. Además, la corte de Guillermo II era bastante hermética. En este sentido, es y ha sido siempre más que desaliñada. Aquí había algo así como una excepción de Estado, y los intereses de la supremacía alemana —garantizada por el espionaje alemán— eran la excusa para todo.

Volviendo a Duval, era original en el sentido de que tenía las manos llenas de oro alemán y vivía burguesamente en el número 7 de la rue Poulet de París, tanto antes como después de su traición, en un pequeño piso con un alquiler anual de 1.000 francos. Esto contrastaba fuertemente con Almereyda y Landau, que llevaban una vida de caribeños repentinamente ricos, tirando billetes por la ventana.

99

Un día, por curiosidad, un muy buen chico conocido mío se dejó invitar a cenar a Almereyda's, en la Rue Spontini. Estaba toda la pandilla, además de algunos políticos importantes. El dueño de la casa, con su traje blanco y su corbata, pidió vino a su criado: "¡Aboulé le rouge, Édouard, et au trot! Dijo: "X.... —aquí el nombre de un conocido político— se está haciendo el listo conmigo. Pero yo le entrenaré. Tenemos preparado todo un número de *Le Bonnet Rouge* sobre el escándalo de su vida privada. Si se hace el tonto, ya veremos. — ¿Y la censura, Miguel? — Estoy sentado en la censura. Fueron las palabras más moderadas de la mesa.

100

He mencionado a Thomas Henry, o "Harry Goddard". Este hombre, implicado en el tráfico de drogas, parece haber sido el chivo expiatorio de Almereyda, que a veces le escondía en su villa de Saint-Cloud, a veces le hacía expulsar y a veces le levantaba la orden de expulsión. Sabemos que Almereyda murió adicto a la morfina, o más bien que se invocó la adicción a la morfina como excusa plausible para su misteriosa pero oportuna muerte. Harry Goddard le suministraba su veneno, y cuando había amasado una buena suma intoxicando a los maníacos de Montmartre y del Boulevard, el gerente del *Bonnet Rouge*, según sus propias palabras, le "degollaba".

Alrededor de estos protagonistas gravitaban unas cincuenta pobres almas, chulos, proxenetas, "griegos" profesionales y aspirantes a asesinos,

reformados gracias a los doctores Lombard y Laborde y que formaban una tropa de esbirros, mitad revolucionarios, mitad policías. La banda estaba muy próxima a la del anarquista Sébastien Faure, también miembro de la Seguridad General, pero más discreto, y que publicaba en el Boulevard de Belleville un semanario derrotista, no tan bien surtido como *el Bonnet Rouge*, titulado *Ce qu'il faut dire*. Guilbeaux, reformado, refugiado entonces en Ginebra, venía con frecuencia a París, enviando a su mujer. Oscilaba entre Almereyda, a quien odiaba, y Sébastien Faure. En cuanto al propio Sébastien Faure, sus vicios le llevaron a ser sorprendido in fraganti en el rastro. Fue condenado a unos meses de prisión.

101

Sería injusto olvidar, en las inmediaciones de Almereyda, a un extraño muchacho llamado Ernest Dolié, que murió en circunstancias no menos extrañas que las suyas, unas semanas antes que su amigo. En competencia con el Primo de Landau, Dolié había fundado una *Agence Républicaine*, destinada, como *Primo*, a defender a los pobres espías boches y austroboches perjudicados por *la Action Française*. He conservado y entregado a la justicia militar el número de *Bonnet Rouge* dedicado a su funeral, en el que estaban representadas varias personalidades políticas. Joseph Caillaux envió un telegrama de condolencias.

102

Almereyda y sus hombres, sobre los que el lector tiene ahora alguna idea, no sólo contaban con la amistad de Caillaux y Malvy y la indulgencia de M. Viviani, Presidente del Consejo y Guardián de los Sellos. También contaban con un considerable respaldo financiero, encabezado por un tal de Rothschild, Cahen, de Caïffa, el conocido comerciante de café, y Alexandre Raffalovich, del 53 de la rue Desrenaudes, antiguo secretario de la *Banque Internationale de Commerce de Péetrograd*. Bolo Pacha no negó a los *Bonnet Rouge* un patrocinio de 30.000 francos. El ex-confeso Guillaume Desouches, de la "Œuvre des journaux républicains du front", era el encargado de distribuir el órgano alemán desde París en la zona del ejército. Durante una visita que hice a Maginot, ministro de las Colonias, el 27 de junio de 1917, para revelar a su indiscutible patriotismo y valor cívico lo que pensaba del ministro del Interior Malvy, vi, sobre la mesa de la antesala, tres números del *Bonnet Rouge* del mismo día. Esto demuestra el cuidado con que se hizo propaganda en los círculos oficiales.

Este es el momento de poner a disposición del público un documento muy singular que con mucho gusto llamaré el testamento de Almereyda. Se

trata de la declaración escrita que el bandido entregó al juez Drioux, que le había citado como testigo en el caso Duval, antes de hacer que le detuvieran. Joseph Caillaux se refirió a este documento en su propio testimonio ante la Sala. "¿Tenéis un texto?", solía preguntar Fustel de Coulanges a sus alumnos. Tenemos un texto, y un texto significativo, en el que, como veremos, la admisión de muchas cosas puede leerse entre líneas. Un periódico dirigido por un ex amigo de Almereyda publicó esta extraordinaria página en su número del sábado 22 de diciembre de 1917. La reproduzco aquí textualmente:

103

*Le Bonnet Rouge* nació como publicación semanal al estilo de Cri de Paris. Su primer número apareció el sábado de noviembre de 1913 y el último el 7 de marzo de 1914.

El 16 de marzo se convirtió en diario vespertino. El periódico partió con pocos o ningún recurso; algunos miles de francos aportados por amigos personales del Sr. Almereyda: P. S—, actualmente en el frente; el Sr. G. W., movilizado hoy; el Sr. Paix-Séailles, director del *Courrier Européen*.

Desde el primer número, a pesar de su éxito de ventas, *el Bonnet Rouge* tuvo enormes dificultades financieras. Gracias a una extraordinaria gimnasia y a la excepcional dedicación de los amigos del Sr. Almereyda, no murió ni con el tercer ni con el cuarto número.

### Le Bonnet, un órgano independiente.

104

En todas partes se daba como órgano del Sr. Caillaux; la cosa era inexacta. El Sr. Almereyda se había peleado con el Sr. Caillaux... Prueba de ello eran algunos ecos y un artículo firmado por Almereyda que apareció en *el semanario Bonnet Rouge*. Sin embargo, tras la detención de M<sup>me</sup> Caillaux, el *Bonnet Rouge* hizo tanta campaña a favor del acusado y de M. Caillaux que éste hizo llamar a Almereyda y le dijo: "Has tenido motivos para quejarte de mí. Podrías haberme dejado ir hoy. Pero no lo has hecho.

Te has comportado como un hombre de honor; ahora eres sagrado para mí.

A partir de ese momento. Almereyda se relacionó con M. Caillaux, que prestó apoyo moral *al Bonnet Rouge*. El Sr. Caillaux pagó 4.000 francos a Almereyda. Se acordó que esta contribución se tendría en cuenta en la sociedad que formaría el *Bonnet Rouge*. Desde entonces, el Sr. Caillaux ha comunicado a Almereyda que renuncia a estas sumas, por considerarlas un escaso reconocimiento de los servicios prestados.

### *Prosperidad...*

Poco antes de la guerra, el Sr. Almereyda recibió ayuda financiera de un grupo de amigos del Sr. Combes. El Sr. François Combes, sobrino del antiguo Presidente del Consejo, entregó al Sr. Almereyda unos quince mil francos; se había acordado que este grupo aportaría un capital importante y que se fundaría una empresa con el Sr. Almereyda. Hubo planes para crear una empresa, pero la guerra impidió que fructificaran.

105

¡Le *Bonne! Rouge* tuvo un éxito inesperado como diario vespertino. Impulsado por acontecimientos como el proceso Caillaux, las elecciones y la tensión en los Balcanes, alcanza tiradas enormes (hasta 200.000 ejemplares) y una difusión media de 80.000 ejemplares por quincena desde su lanzamiento. La revista lograba llegar a fin de mes.

### *.... Y contratiempos.*

Entonces llegó la guerra. De la noche a la mañana, las ventas del *Bonnet Rouge* cayeron de más de 6000 a 10.000; la movilización le privó de la mayoría de sus lectores, que fueron inevitablemente reclutados entre los jóvenes.

El Gobierno, presidido entonces por el Sr. Viviani, proporciona al Sr. Almereyda un apoyo serio y permanente. El Sr. Viviani recaudó una suma de 20.000 francos que el Sr. Malvy entregó al Sr. Almereyda. El Sr. Malvy, por su parte, hizo importantes aportaciones mensuales al Sr. Almereyda. El Sr. Augagneur, Ministro de Justicia, también efectuó pagos regulares al *Bonnet Rouge*.

Y así transcurrieron 1914 y 1915.

### *Romper con el Gobierno.*

A principios de 1916, el Sr. Almereyda ya no estaba de acuerdo con la política gubernamental. Se lo comunicó a M. Malvy y a M. Viviani, a quienes reprochó que dejaran que se desarrollara la acción reaccionaria y que no reaccionaran contra las locuras de un extremismo ciego que, explotado por los imperios centrales, era muy perjudicial para el éxito de nuestra causa.

106

Tras esta declaración, y a pesar de mantener excelentes relaciones con los ministros mencionados, el Sr. Almereyda dejó de aceptar ayuda financiera del Gobierno.

### *Ayuda financiera.*

Naturalmente, la situación de *Le Bonnet Rouge* era a menudo crítica. Un aumento de las ventas, debido a la nueva actitud del Bonnet, que se presentaba como un órgano mesurado, que luchaba contra "los lavacerebros", debido también a ciertas campañas, como la de los inquilinos y la de la recuperación, y al importante servicio de información, redujeron el déficit. Sin embargo, las dificultades financieras eran enormes. El Sr. Almereyda sólo "aguantó" gracias a la ayuda del Sr. Charles Humbert, de los Sres. de Rothschild, y más particularmente del Sr. Marion, que le prestó 20.000 francos en sumas sucesivas, y del Sr. Charles Paix-Séailles, director del *Courrier Européen*, que ayudó al Sr. Almereyda, a veces con donativos, a veces descontando letras de cambio. Prueba de ello es la siguiente declaración del Sr. Paix-Séailles:

(He aquí una carta de apoyo del Sr. Paix-Séailles).

107

Otra persona que ayudó mucho a Almereyda fue el Sr. Francfort, 144, rue de Charonne. El Sr. Francfort es un industrial republicano. Sistemáticamente marginado en ciertos departamentos de guerra y objeto de una odiosa campaña, por ser judío y demasiado ostensiblemente republicano, el Sr. Francfort tuvo ocasión de proporcionar al Sr. Almereyda, con quien mantenía excelentes relaciones, la prueba de que un consorcio de grandes industriales conseguía mantener fuera de los departamentos de guerra a todos los competidores modestos, de modo que imponían en dichos departamentos los precios que les convenían. El Sr. Frankfurt entregó al Sr. Almereyda, entre otras cosas, la prueba de que las máscaras que había ofrecido a un precio de habían sido rechazadas y que el contrato de las mismas máscaras se había adjudicado al famoso consorcio a un precio más elevado.

El Sr. Almereyda llevó el caso ante el Sr. Albert Thomas, Subsecretario de Estado de Armamento. El Sr. Thomas convino en que las reclamaciones del Sr. Almereyda eran fundadas. Una parte del contrato se entregó al Sr.

Frankfurt.

En agradecimiento, el Sr. Francfort, que ya había ayudado al Sr. Almereyda, aceptó a menudo apoyar *al Bonnet Rouge* en tiempos de crisis. El Sr. Francfort había donado unos 80.000 francos al Sr. Almereyda. Además, el Sr. Francfort, al igual que el Sr. Paix-Séailles, descontó letras de cambio al Sr. Almereyda e incluso comprometió su firma personal. De este modo, el Sr. Francfort firmó por unos treinta mil francos.

El Sr. Almereyda tuvo que utilizar este método de redacción, esta gimnasia financiera, a menudo.

108

Otra persona. El Sr. Delfau, comisario y amigo del Sr. Almereyda, que vive en el número 26 de la rue de Mogador, también tuvo ocasión de prestar este tipo de servicios al Sr. Almereyda. Prueba de ello es la siguiente carta:

10 de julio de 1917.

Mi querido amigo.

Me es imposible asistir a la reunión que has convocado para justificarte. Por lo tanto, le escribo lo que le habría dicho. En varias ocasiones, por amistad y para ayudarle, le he retirado letras de cambio por un importe de 79.910 francos, desde el 7 de agosto de 1916 hasta la fecha. De ellos, aún debes tres por 5.000 francos cada uno, es decir, 15.000, en las siguientes fechas: 15 de julio, 5.000 francos; finales de julio, 5.000 francos 15 de agosto, 5.000.

Todos los pagos se han efectuado con regularidad y no tengo más que elogios para nuestra relación.

Saludos cordiales,

A. DELFAU.

Sr. Marion.

En mayo de 1916, el Sr. Marion, que ya había prestado 20.000 francos al Sr. Almereyda, le dijo: "Su administración está siendo deplorable. Me arriesgo a perder mi dinero. Si acepta, me haré cargo de la administración. Y si aún necesita fondos, puedo aportarle algunos.

109

El Sr. Almereyda aceptó. Al Sr. Marion adelantó otros 25.000 francos e

ingresó 40.000 francos del comercio de bebidas, del que es representante.

Algún tiempo después, el Sr. Marion le dijo al Sr. Almereyda que, como no podía ocuparse del trabajo material de la administración, le pedía que aceptara a uno de sus amigos, el Sr. Duval, para que se ocupara de este trabajo por él. Y así fue como Duval entró en el *Bonnet Rouge*.

En tiempos de crisis, el Sr. Duval tuvo que adelantar fondos al *Bonnet Rouge*. En un momento dado, su crédito con el periódico llegó a superar los 150.000 francos. En Alais, AI. Almereyda reembolsó parte de los fondos adelantados por AI. Duval.

Le *Bonnet Rouge debe* a AI. Duval entre 85.000 y 90.000 francos.

## San Stefano.

Con toda lealtad, AI. Duval informó a AI. Almereyda sobre el asunto San Stefano y las razones por las que tuvo que ir a Suiza.

Cuando AI. Duval se le prohibió cruzar la frontera hace un año, AI. Almereyda, en AI. Duval, pidió al Ministerio del Interior que revocara la decisión. Se le denegó formalmente. AI. Almereyda se inclinó.

La prohibición se levantó sin su conocimiento, y el Sr. Almereyda se enteró del cheque al mismo tiempo que de la detención del Sr. Duval.

110

Además de los fondos mencionados, el Sr. Almereyda recibió, en tres plazos, una suma de 200.000 francos del Sr. Michel Cahen, amigo del Sr. Almereyda. Esta suma de 200.000 francos se pagó en concepto de préstamo, como lo demuestra el contrato que celebraron respectivamente el Sr. Cahen y el Sr. Almereyda, cuya copia figura a continuación:

Entre los abajo firmantes :

Michel Cahen, industrial, vive en el número 15 de la calle Lamennais, en París,

Por un lado;

Y el Sr. Almereyda Miguel, publicista, propietario del periódico *Bonnet Rouge*, que vive en el 14 rue Drouot de París.

Por otra parte;

Se ha acordado y determinado lo siguiente:

El Sr. Cahen presta al Sr. Almereyda, aceptando este último, la suma de doscientos mil francos (fr. 200.000) de los cuales la suma de cincuenta mil francos (fr. 50.000) fue pagada al Sr. Almereyda por el Sr. Cahen contra su recibo de la misma fecha, en dinero corriente. Cahen el 3 de marzo de 1917

contra su recibo de la misma fecha, en moneda corriente, cuyo saldo, ciento cincuenta mil francos (fr. 150.000), se pagará al Sr. Almereyda del siguiente modo: setenta y cinco mil francos el 8 de mayo de 1917, setenta y cinco mil francos durante el mes de junio de 1917.

111

El Sr. Almereyda promete y se compromete a reembolsar dicha suma de doscientos mil francos al Sr. Cahen, en su domicilio o, en su nombre, al portador de sus poderes, y, en caso de fallecimiento del Sr. Cahen, a sus herederos y causahabientes, en cuatro pagos iguales de cincuenta mil francos (fr. 50000) cada uno, que se efectuarán del siguiente modo:

El primer pago se efectuará durante el primer año tras el cese de las hostilidades;

El segundo pago se efectuará en el segundo año siguiente al cese de las hostilidades;

El tercer pago en el tercer año siguiente al cese de las hostilidades;

El cuarto pago en el cuarto año tras el cese de las hostilidades.

El Sr. Almereyda tendrá la opción de pagar los cincuenta mil francos que por la presente se compromete a devolver al Sr. Cahen cada año en plazos no inferiores a dos mil francos.

Hasta que sea efectivamente reembolsada, dicha suma de doscientos mil francos devengará intereses al tipo del seis por ciento anual, sin deducción, a partir del 1<sup>er</sup> de julio de 1917 y pagaderos de seis en seis meses.

Así, se estipula un interés del seis por ciento, habida cuenta del carácter comercial del préstamo, y en caso de retraso en el pago de uno o varios años de dichos intereses, los intereses de cada año devengarán a su vez intereses al tipo del seis por ciento anual a partir de la fecha de vencimiento de cada año de retraso.

112

El Sr. Almereyda obliga a sus herederos y representantes solidariamente a devolver al Sr. Cahen, en su domicilio, dicha suma de 200.000 francos tres meses después del fallecimiento del citado Sr. Almereyda.

Firmado por duplicado y de buena fe, en París, el 3 de marzo de 1917.

Leído y aprobado.

*Firmado:* Miguel Almereyda.

*Firmado:* Cahen.

Si se tiene en cuenta el dinero recibido por el *Bonnet Rouge* y los gastos en que ha incurrido el periódico, es fácil ver que no hay nada sospechoso en

Almereyda y su periódico.

Añadamos que presentar *el Bonnet Rouge* como un órgano pacifista es faltar a la verdad. Además, está amparado por la censura. En las ocasiones en que fue suspendido (a menudo como consecuencia de un malentendido o de la torpeza de un secretario de redacción), fue por artículos políticos que nada tenían que ver con la acción militar o la moral de la nación.

Esta comedia mal disfrazada de "préstamo reembolsable", viniendo de un hombre de negocios tan inteligente y hábil como Cahen, de Caiiffa, e interpretada en concierto con un individuo como Almereyda, da mucho que pensar. No insistiré por el momento. Tampoco me detendré en la "gimnasia financiera" —según palabras del director del *Bonnet Rouge*— a la que se sometió el valiente demócrata Francfort, mientras Almereyda, enmendando entuertos, intentaba que se le hiciera justicia. En medio de la tragedia de la guerra, ésta es una comedia prodigiosa y temible.

Ahora veremos cómo Almereyda y su banda combinaron estos recursos declarados con los recursos inconfesados del oro alemán.

## CAPÍTULO VI

### EL "BONETE ROJO" Y EL ORO ALEMÁN.

Para calibrar la amplitud de los estragos causados por la banda *del Bonnet Rouge* y el crédito de que gozó, desde principios de agosto de 1914 hasta el 22 de julio de 1917, con el inamovible ministro del Interior, Malvy, nada mejor que citar otro texto: el alegato del Sr.<sup>o</sup> de Monzie, amigo de Malvy y defensor de Almereyda, pronunciado el 20 de abril de 1917 en la cámara correccional 5<sup>o</sup> ante el presidente de Bousquet de Florian, con ocasión del contra-juicio incoado contra nosotros, Maurras y yo, por el audaz bandido. Maurras había acusado sin rodeos a Almereyda de haber ido a Cartagena para concertar una cita con los oficiales del submarino alemán *U. 35*, del que se había tenido noticia en aquella ciudad en junio de 1916. Esta reunión había sido discutida en el Consejo de Ministros, al igual que la posible detención de Almereyda, y éste había aludido a ella en su diario.

115

Cito las palabras del Sr.<sup>o</sup> de Monzie, antiguo Subsecretario de Estado para la Marina Mercante, extraídas del acta taquigráfica de los debates. El Sr.<sup>o</sup> de Monzie comenzó diciendo:

*"La acusación es formal: usted, señor Almereyda, usted, periodista, en las actuales circunstancias, es un agente de Alemania, digámoslo sin rodeos, es un traidor, y su traición es tanto más importante cuanto que su periódico es un órgano político, porque en las columnas de este periódico han escrito, no sólo importantes diputados, sino tales diputados, que se han convertido en miembros del gobierno, que se han convertido en miembros de la Defensa Nacional.*

*"Y, hasta cierto punto, en el momento actual, tengo derecho a decir que la acusación formulada contra el Sr. Almereyda afecta directamente, por un cierto rebote, a uno de sus antiguos colaboradores asociado de manera muy especial a la Defensa Nacional, como es el antiguo Ministro de la Guerra — (Sr. Paul-Prudent Painlevé) — porque, finalmente, pienso como usted, a un gobierno no le está permitido equivocarse sobre la calidad de sus amigos. No*

*le está permitido ignorar a las personas que emplea o cuya ayuda acepta; y en consecuencia [la acusación que M. Léon Daudet dirigió, en términos que no admiten discusión, la acusación de traición es la más grave que puede, en el momento actual, formularse.]*"

116

De hecho, Almereyda había impreso en su prospecto el nombre de M. Painlevé entre los de sus colaboradores, y contra las que M. Painlevé no tuvo a bien protestar ni rectificar.

El Sr.<sup>e</sup> de Monzie continuó, dirigiéndose a nuestro eminente abogado y querido amigo, el Marqués de Roux, mientras le escuchábamos asombrados: *"Es usted libre de informarse en el Ministerio de Asuntos Exteriores para saber en qué condiciones un periodista francés puede viajar a España o a Suiza. De todos modos, Maître de Houx, sería hacer un flaco favor a la organización política de este país pensar que un político o un periodista pueden viajar hoy sin una conversación previa entre el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y el político o el periodista. Tanto a la ida como a la vuelta, es imprescindible dar instrucciones, y a veces no se dan lo suficientemente bien... Puede imaginarse perfectamente —no quiero insistir, el Tribunal se resentiría si insistiera en los hechos— que antes de partir para San Sebastián, diría más, que antes incluso de pensar en ir a San Sebastián, para montar allí un periódico de propaganda francesa bajo la cobertura de un órgano deportivo, el Sr. Almereyda no se hubiera limitado a ir a la Prefectura de Policía para obtener un pasaporte. Le habría bastado con preguntar en qué condiciones un periodista francés puede ir a un país neutral, y le habría bastado con preguntar al Sr. Durai, por ejemplo, cómo el Sr. Duval, cada vez que volvía de Suiza, era interrogado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, que le pedía que le facilitara ciertas informaciones de su interés. Porque, en este momento, es deber de todo francés que va al extranjero abrir bien los ojos y bien los oídos, para informar a quienes deben oír y saber, todo lo que sea una pista, y todo lo que sea información. Pues bien, antes de partir, el Sr. Almereyda y el Sr. Durai, a su regreso de Suiza, tuvieron el contacto y la conversación con el Ministerio de Asuntos Exteriores que debían tener.*

118

Es imposible ser más categórico. De esta declaración del Sr.<sup>e</sup> de Monzie se desprende que Almereyda estaba acreditado, al igual que Du val, durante sus misiones en España y Suiza, y que no hizo nada sin el consentimiento del gobierno, en este caso del Ministro del Interior, su apoyo financiero Malvy.

(Censurado).

.... Así funcionaba la tontina de traición de *Red Bonnet*.

Marion se encargaba principalmente de las transacciones con alemanes en España.

Duval —que tenía el pretexto de liquidar su empresa balnearia de San Stefano— iba a recibir subvenciones en Suiza del banco alemán de Mannheim.

Rabbat operaba en Suiza, donde oficiales alemanes le entregaban valores robados en territorio ocupado, que luego vendía en Francia.

119

En Suiza, Henri Guilbeaux se preparaba para los motines militares de mayo y junio de 1917 en el frente francés y para el bolchevismo ruso.

Gaston Routier estaba ocupado en España cocinando para los desertores franceses y organizando la propaganda alemana. Estaba en estrecho contacto con el príncipe de Ratibor y el agregado naval alemán von Krohn, por un lado, y con los anarquistas revolucionarios de Barcelona y Lérida, por otro.

Landau y Goldsky prefirieron explotar a los financieros alemanes, austriacos y proalemanes que vivían y comerciaban en París. Landau también consiguió una misión para él en Grecia y otra para su amante en España.

Por último, Almercyda unió estas diversas fichas de derrotismo y traición y supervisó la distribución de los beneficios, de los que se llevó la parte del león. Este es el esquema general. Ahora voy a entrar en algunos detalles. No en todos. Ocuparía la sustancia de varios volúmenes. *Le Bonnet Rouge* es el ejemplo más asombroso de un órgano, de inspiración alemana, que vive mitad de las subvenciones alemanas, mitad de los fondos secretos del Ministerio del Interior y del Ministerio de Justicia franceses, que logra, durante tres años de guerra, desafiar las revelaciones de los patriotas y obtener una condena contra ellos. Sería risible si no fuera trágico. Porque nunca sabremos cuántos miles de compatriotas perdieron la vida por la canallada de Almercyda y sus compañeros, y cuántos más murieron por culpa de esos miserables. Este es el abismo sangriento; no nos atrevemos a detenernos en él. Me atormentó durante días y noches, tanto que incluso ahora a veces me despierto sobresaltado, creyendo que la pesadilla no ha terminado.

120

Marion, como ya he dicho, era un embaucador y un granuja. Secretario del

Sindicato de Bistrots, no desdeñaba emborracharse de vez en cuando, y esta propensión preocupaba a Almereyda, que temía sus cotilleos. A través de sus amigos de Interior y de la Prefectura, el bandido de la Ronnet Rouge le consiguió un pasaporte en dos horas: el tiempo que tardó en solicitarlo. Marion solía hacer escala en Burdeos por el camino y visitaba a personajes ambiguos de los que aún no estoy completamente seguro. No hay que olvidar que Karl Ficke, agente del "gebrüder Mannesmann" en Marruecos, era al mismo tiempo comerciante de vinos en Burdeos en vísperas de la guerra, y que un Karl Ficke seguramente dejó huellas y conexiones en una ciudad tan importante. Fue en la caja fuerte de Karl Ficke en Casablanca donde se descubrió una correspondencia muy comprometedora, a la que volveré más adelante.

Una vez en San Sebastián, Marion, imperturbable, se puso en contacto con el consulado alemán. Almereyda le había convencido de su omnipotencia, garantía de total impunidad. Un cómplice preocupado le decía a veces: "Te estás pasando, te van a pillar y eso llevará a otros". Marion se reía y, en señal de despreocupación, dejaba al enemigo su tarjeta de visita. ¡Había hecho muchas otras durante su misión en América al principio de la guerra!

122

Duval, Émile-Joseph, llamado "Darbourg", conocido como "Mondor", el más astuto de toda la banda, era también quien iba a hacer que la atraparan y entregarla al país en guerra. Estas cosas pasan. Tras una educación bastante buena, el 22 de marzo de 1886 ingresa como expedicionario en la Administration de l'Assistance Publique de París. El 1<sup>er</sup> de agosto de 1887 le pidieron que dimitiera. Fundó varios periódicos económicos, consiguió ganarse la confianza de varios concejales y políticos, se adentró en los círculos nacionalistas y encontró su verdadera vocación el día en que, convertido en el primer director de Almereyda, se impuso la tarea de ir periódicamente a Suiza para recaudar fondos alemanes. Desde entonces ha afirmado que proporcionaba información al gobierno francés. El pretexto del contraespionaje es la tapadera habitual de gente de su calaña. Sin duda gozaba de la confianza de cierta policía, al igual que sus amigos del *Bonnet Rouge*. Pero los pocos cientos de francos que le pagaban, al parecer, por sus falibles "informes", pesaban poco frente a los cientos de miles de francos que Marx de Mannheim y Rosenberg le daban. Prestó considerables servicios al enemigo. Aparte de los artículos firmados "M. Badin", de los que hay llamativas muestras en el libro de Sancerme, asumió las misiones más

peligrosas, dada su destreza.

(Censurado).

Sólo un año más tarde, el 14 de mayo de 1917, Duval, aún de regreso de Suiza, fue esta vez denunciado al capitán Bessières, que se encontraba en Bellegarde, registrado y cogido in fraganti.

124

Rabbat había sido durante mucho tiempo cómplice de un notorio estafador llamado Zucco, que tuvo la extraordinaria suerte de recibir una misión en Italia al comienzo de la guerra. ¡Siempre bajo la protección de Almereyda! Pero Rabbat, deseoso de valerse por sí mismo, por así decirlo, se había especializado durante las hostilidades —debido a su estrecha relación con el príncipe Max de Sajonia— en el tráfico de valores robados por los alemanes a los habitantes de nuestros departamentos del norte. Al parecer, vendía estos títulos con notable facilidad, gracias a la antigua clientela de su "banco" de la calle Laffitte, y pagaba a los boches un porcentaje importante. El gobierno suizo sólo accedió a extraditarlo por robo y abuso de confianza a condición de que no fuera procesado por inteligencia con el enemigo. Esto prueba la vena de Rabbat. No hay que desesperar de verle reaparecer dentro de unos años, bajo otro nombre, como corredor de bolsa o agente de publicidad, tal vez de nuevo en asociación con Zucco.

No hay mejor manera de dar una idea de Jacques Landau que presentándose él mismo. Entre las diversas elucidaciones salidas de la pluma de su chantajista, prefiero ésta, dirigida a los suscriptores de su "agencia" unos días antes de su detención, y que puede considerarse su canto del cisne. Es casi tan bonita como el testamento político de Almereyda:

125

AGENCE PRIMO

4 de septiembre de 1917.

Estimado Señor

En respuesta a las abominables calumnias de que he sido objeto, creo que es mi deber dar a mis amigos y colegas las siguientes explicaciones:

Trabajé para el periódico *Le Ronnet Rouge* durante trece meses con un sueldo mensual de 400 francos. Aparte de los numerosos artículos que publiqué sobre el proyecto de ley relativo a las nuevas visitas de soldados reformados, sólo publiqué cinco artículos de fondo, uno de ellos sobre el esfuerzo británico y otro en memoria de conocidos parisinos caídos en el campo del honor. Permanecí totalmente ajeno a la gestión, administración y polémicas del *Ronnet Rouge*.

Dejé el periódico en diciembre de 1916, como consta en las cuentas del periódico, aparte de mi carta de dimisión, porque a partir de ese momento dejé naturalmente de percibir mi sueldo. A pesar de mi marcha, he continuado, sin embargo, mis relaciones amistosas con Miguel Almereyda, y no es hoy cuando voy a renunciar a una amistad que se fortaleció con los ataques de adversarios sin escrúpulos de los que él es víctima.

126

En cuanto a la agencia *Primo*, es la continuación de mi *Je Dis tout* fundada en 1907 y que, tras mi primera reforma en 1915, había transformado en una hoja diaria, mecanografiada en una multicopista. Todos los que me conocen han seguido mis esfuerzos y saben la perseverancia que me costó desarrollar, en circunstancias críticas, esta agencia de defensa republicana.

Cada mejora que he hecho, cada mueble de mi modesta oficina, representa un gran trabajo personal. Mis empleados son testigos de mi duro trabajo diario, recompensado con el éxito.

El 1<sup>er</sup> de mayo de 1917 apareció el primer número de *la Tranchée Républicaine* en las oficinas de Primo, 5, rue Grange-Batelière. Había unido sus fuerzas para publicar este semanario con el Sr. Jean Goldsky, que estaba libre de ataduras y acababa de renunciar a su puesto de redactor jefe de *Le Bonnet Rouge*.

*La Tranchée* no tenía ningún vínculo de interés o solidaridad política con el *Bonnet Rouge*. Mientras que el *Bonnet Rouge*, partido ministerial, apoyaba la política del Sr. Ribol, *La Tranchée* luchaba contra esa misma política.

127

Afirmo de la manera más formal, y estoy dispuesto a probarlo irrefutablemente, que no he recibido ni cobrado, ni directa ni indirectamente, ningún regalo, donación, comisión o subvención del Sr. Duval, ni personalmente ni en mi calidad de administrador del periódico *La Tranchée*, que fundé con mi propio dinero. De hecho, a medida que surgían las necesidades, ingresé 13.000 francos en las arcas del periódico, y en tres meses y medio de funcionamiento gestioné fondos por valor de unos 40 000 francos, representados exclusivamente por suscripciones, ventas por número (mensajeros y pregoneros de Hachette) y publicidad periódica. El último número de *La Tranchée* vendió casi 45.000 ejemplares.

Las acusaciones falsas, engañosas y calumniosas que Léon Daudet ha vertido contra mí en *l'Action Française* son el precio de la campaña que he llevado a cabo durante quince años en favor de la República y en defensa de los dirigentes del partido republicano contra los siniestros canallas de la chatarra monárquica. Hoy aprovechan lo que creen una ocasión propicia para derribar a un adversario peligroso, y no se avergüenzan, para satisfacer su odio personal y su pasión interesada, de difamar a un francés con la calumnia más abyecta: la de la inteligencia con el enemigo. ¡Esta es el arma de la reacción de hoy!

En el pasado, M. Charles Maurras me retó a un duelo con la esperanza de matarme. Hoy, me insulta o hace que me insulte su acólito.

128

Añadiré que no soy adicto a la morfina y que espero con confianza que el triunfo de la verdad me reivindique y confunda a mis calumniadores. En cuanto a su castigo, es asunto mío.

Si he salido de mi autoimpuesta reserva mientras esperaba la hora de la justicia, es para ofrecer estas sinceras explicaciones y demostrar a mis amigos y colegas que no he caído por debajo de su estima.

*Firmado:* Jacques Lasdau.

Me diréis que nada me divierte, pero encuentro un sabor cómico a esta explicación del carácter del cuñado de Ladislav Heftler. En cuanto a la amenaza, aquí está: el primer día de mi declaración ante el capitán Bouchardon sobre el asunto Malvy —a principios de octubre de 1917— subí con satisfacción la escalera que, desde la galería izquierda del Palacio de Justicia, conduce al tercer consejo de guerra. Un dulce perrito llamado Planton retozaba y ladraba a mis piernas. Gendarmes con caras buenas y

francas iban y venían, portando sobres sellados. Un periodista se me acercó: "¿Sabe lo que está pasando en Landau?"

— No, en absoluto.

— Cuando se enteró de que ibas a declarar ante el juez, se desmayó.

Le contesté: "Por supuesto.

129

(Censurado).

El padre de Landau, recientemente fallecido, había entrado al servicio del barón de Gunsbourg, súbdito ruso residente en Saint-Germain-en-Laye, con una casa de campo en París, cuyas propiedades administraba. Al estallar las hostilidades, el barón de Gunsbourg, que se encontraba en el campo de Karlsbad, fue tomado como rehén por los alemanes. Se afirmó que había sido denunciado como violentamente germanóphobo por su mayordomo, Landau senior. Un primo de Landau senior, oficial de los uhlans, visitaba París todos los años y pasó en la capital el periodo comprendido entre febrero y abril de 1914. El director de *Je Dis tout, Primo y Tranchée Républicaine* no fue una excepción. En cuanto a su cuñado, Ladislav Heftler, supuestamente expulsado de Berlín para poder desempeñar mejor su papel, conservó todas sus relaciones con los alemanes en la embajada, donde fue recibido como una cara conocida.

130

Señalo aquí, para que conste, que existían estrechas relaciones entre la familia Landau, el barón Heftler y el agente alemán Jacques Rosenthal, conocido como Jacques Saint-Céré, célebre espía al servicio de la policía de Berlín, condenado en rebeldía en París el 7 de agosto de 1879 a trece meses de prisión por fraude y abuso de confianza, redactor de la sección de *política exterior del diario Figaro* de Magnard y Rodays, implicado en el asunto Max Lebaudy y, durante unos diez años, insidioso protagonista de la política de Bismarck en Francia. Como vemos, varios casos de flagrante traición durante la guerra de 1914 tienen sus raíces en el periodo de entreguerras y en las extraordinarias facilidades concedidas, a pesar de la lección de 1870-1871, a los extranjeros, más que sospechosos durante este periodo de hundimiento nacional. Jacques Landau, comerciando con el enemigo, continuó la tradición.

Henri Guilbeaux, compañero y cómplice de Lenin, que utilizó los nombres falsos que he mencionado para fomentar los motines militares de

mayo y junio de 1917 desde Suiza, los predijo en el número de mayo de 1917 de su revista *Demain* (pág. 67). Se trata de un documento acusatorio, en la medida en que muestra el trabajo realizado por la banda de *la Gorra Roja con* varios meses de antelación. Guilbeaux se había enemistado con Almereyda antes de la guerra y se reconcilió con él. Desde entonces ha admitido públicamente que había utilizado sus buenos oficios —es decir, los del Ministerio del Interior— cuando, oportunamente licenciado en Saint-Isrieuc sin haber estado nunca en el frente, obtuvo inmediatamente un pasaporte para Ginebra. Así lo anunció Guilbeaux, por boca de sus corresponsales en la zona del ejército: "A pesar de todo lo que podemos

131

"Se dice —y no temo desmentirlo— que el espíritu revolucionario recorre el frente; los soldados marchan en procesión hacia sus oficiales, muchos soldados cantan la Internacional y otras canciones revolucionarias, y se despliegan banderas rojas; en las trincheras se hacen peticiones contra una nueva campaña de invierno, y circulan listas pidiendo la formación de comités de obreros y soldados". Estas líneas criminales hicieron derramar sangre francesa además de la derramada en la batalla. Es importante que nunca se olviden y que su publicación constituya, para su desdichado autor, un primer castigo, en espera del otro.

132

El 29 de mayo de 1917, una vez finalizado su trabajo sobre los motines militares, Guilbeaux solicita al consulado francés en Ginebra, esta vez en su propio nombre, un pasaporte para Petrogrado, vía París y Estocolmo. Dio como referencia al diputado Jean Longuet en París, al alcalde en Estocolmo y a Lenin en Petrogrado. El consulado se negó. La decepción del traidor fue grande y se expresó imprudentemente... Acabamos de saber, por un artículo del diario *La Liberté*, que el 12 de febrero de 1917, el entonces director de la Seguridad General, M. Hudelo, que más tarde fue nombrado prefecto de policía y luego prefecto de la Loire-Inférieure, envió al mismo Jean Longuet una carta, ordenada por Malvy, ministro del Interior, que comenzaba con "Monsieur le député et cher collègue" y iotorgaba a Guilbeaux un certificado de civismo y patriotismo francés!

Hay que añadir que la esposa de Guilbeaux venía a Francia desde Ginebra cada dos años y disfrutaba de las mismas facilidades que él.

133

De este grupo variopinto en cuanto a sus orígenes, homogéneo en cuanto a su objetivo, el eslabón, repito, es Almereyda. Para verle trabajar, basta con

imaginar uno de sus días. Lo haré rodeándome de todos los documentos auténticos y enlazando únicamente hechos apoyados por testimonios oculares. París es, en efecto, una ciudad de cristal, donde al hombre que desempeña un papel público le resulta difícil ocultarse. El director del *Bonnet Rouge* no lo intentó. Orgulloso de su repentina omnipotencia y de su riqueza, feliz de hacer ostentación de su fortuna política, de sus amantes, de sus amigos en el cargo y de sus coches, recorría los lugares más concurridos, de día y de noche, badina en mano, amenazas en boca, forcejeando con los ujieres, los periodistas y los diputados y haciendo sonar su importancia. La campana de su traición hizo un ruido infernal, que me permitió seguirle la pista durante tres años. Sólo defraudó mi pronóstico en un aspecto: pensé que acabaría en la zanja de Vincennes. Acabó en la cárcel de Fresnes y en su propia cama, trágicamente por supuesto.

Es el verano de 1916. Hace buen tiempo. El bandido, jefe del *Bonnet Rouge* y comandante de la alta policía francesa, se despierta a altas horas de la noche en su chalé de la calle Gaston-Latouche, en Saint-Cloud.

134

La noche anterior, en compañía de uno de sus "grandes amigos" y de otro, pasó parte de la noche en un burdel regentado por una mujer sospechosa, a su vez amante de un oficial alemán, ahora en la Kommandantur de Lille. Bebimos, apostamos, bailamos el tango. Pero el pelo de madera no podía resistirse a un buen chute de morfina. Con la euforia, Almereyda recupera la confianza en su estrella. Su día está lleno de obligaciones y placeres. Su coche le esperaba en la puerta, un magnífico y confortable "Ostein", V. 6183, que había comprado la víspera en Courbevoie.

Permítanme una digresión: de los numerosos coches comprados y vendidos por Almereyda, uno merece una mención especial: el Renault n° 9139. I, vendido en 1914 por una señora de G..., que vivía en la calle Duhesme, y vendido en julio de 1915 al Dr. Socquet. Fue precisamente este médico forense quien, dos años más tarde, en agosto de 1917, realizaría la autopsia de Almereyda. Los bretones lo llaman "intersigne".

El garaje está regentado por un tal Maurice F..., casado con la comadrona Laure M.... El chófer ya no es el argelino que se ha puesto al servicio del cónsul español. Es un buen chico, perdido en este ambiente de apaches adinerados, que anota exactamente lo que oye y ve. "Rue Desrenaudes", le dice Almereyda mientras sube a su limusina. Y añade: "No he olvidado que te debo seis mil francos, Edouard, y te los pagaré antes de lo que crees.

135

En el número 53 de la calle Desrenaudes hay un elegante hotelito alquilado por el suntuoso ex secretario general del *Banco Comercial Internacional* de Petrogrado. Almereyda, que había penetrado en los secretos de este estafalario traficante de armas y explosivos, le chantajeó metódicamente. Tenía algunos "amigos" que no podían negarle nada: un Rothschild, Charles Humbert, el Rabbat sirio, Cahen de Caïffa, Frankfurt, y otros. El gordo Alexandre mandaría de buen grado a este director a tomar por culo, pero ¿cómo iba a rechazar a un chico que tenía en la manga a todos estos "caballeros" de la plaza Beauvau y de la Prefectura? Alexandre Raffalovich tiene el respeto de la policía, el gusto por los pasaportes suizos, la confianza del ministro ruso Protopopof, cómplice de Stürmer, y la manía de comer langosta a la americana. La rue Desrenaudes era su hogar abierto y conyugal. Al lado, en la calle Laugier, tenía un segundo piso donde guardaba sus misteriosos asuntos. Todos los días, el joven Pierre Lenoir, hijo degenerado del gran agente de publicidad financiera querido por Cailiaux, que había sido destinado al control telegráfico por el capitán Ladoux, de la oficina de inteligencia 2<sup>e</sup>, llevaba a Alexandre Raffalovich los últimos chivatazos oficiales. Almereyda no ignoraba este detalle y dejó claro al financiero ruso que él y Lenoir arriesgaban mucho en este jueguecito. En el *Bonnet Rouge*, no se duda en denunciar a los camaradas que no caminan recto; Harry Goddard, traficante de drogas, lo sabe todo.

136

Era mediodía cuando Almereyda, debidamente cargado con unos cuantos billetes, salió de Alexandre Raffalovich's: "Edouard, es hora de briffer". En el discreto bar, cuyo dueño es también miembro de la banda, conoce a Jacques Landau, goloso, y a la novia de éste, que acaba de regresar de su misión en España, donde le confiaron la valija diplomática. Goldschild, conocido como Goldsky, y dos o tres personas más. Champán para todos: "¿Qué tenemos en el número de esta noche? Porque P...., conocido como "Clairet", se retiró ayer y Goldsky, conocido como "General N.", ha sustituido al enano. — ¿Y esta noche? Un artículo de fondo contra Inglaterra, encargado por el banco de Mannheim; un "A bâtons rompus" de Monsieur Badin, es decir, Duval...; una red estratégica del general N....; una velada parisina". Pero "el jefe" ya no escuchaba las misteriosas advertencias que le deslizaba al oído otro pájaro judío de la desgracia, con perfil de búho gigante y ojos duros. Se trata de un magnífico trabajo, una damisela de clase alta, ex amante de un rey, que se ha aventurado en un garito de juego, donde pretenden robarle en cinco segundos. ¡Un trato por valor de cien mil francos! Nos lo repartiremos. Es

peligroso, sin duda, por el caballero que vela por los intereses de la dama, pero oye, nada arriesgado, nada ganado. Y es mucho menos cansado que correr por España o Suiza, con autorizaciones válidas, por supuesto, pero también con la amenaza constante de que te paren en la frontera por una confusión de instrucciones. En Bellegarde, por ejemplo, hay gente sospechosa de no adorar *al Bonete Rojo*, los reaccionarios.

138

— Nómbrelos y haré que los maten a tiros esta misma noche.

— No es el momento... Acres... habla más bajo", dice de repente Landau, señalando a un cliente desconocido que acaba de entrar en el bar y que parece estar escuchando.

Al salir de allí, nos dirigimos a las oficinas del periódico en la rue Drouot. Es la hora de la segunda inyección y Almereyda, que ya lleva unos minutos bostezando, no esperaría más por nada del mundo. La oficina de "inteligencia militar" está llena de soldados, que son clasificados por un elegante empleado, que envía a "Monsieur Goldsky" a aquellos que parecen susceptibles de proporcionar alguna buena pista o de ser utilizados para la propaganda. Todos los días salen hacia la zona del ejército enormes fardos del Bonnet Rouge, sin control de la censura y reproduciendo con bastante fidelidad los argumentos de la Gazette des Ardennes, que distribuidores especiales ponen bajo las narices de los poilus, diciéndoles:

"Este es el periódico del Ministerio del Interior, el único que no le llena la cabeza a la gente. Si quieres paz pronto, lee esto y piensa. Es puro zumo". Así circula el veneno impreso y astutamente hace sus estragos.

139

Almereyda, sin embargo, recibió, es decir, robó a varios de sus "protegidos" que habían venido a pedirle su todopoderoso apoyo. Uno necesitaba un pasaporte, el otro quería que se levantara una orden de expulsión de un camarada. Uno pedía un suministro militar, el otro un permiso de residencia. El bandido escucha distraído. Lo que le interesa es la conclusión del trato, la suma a pagar, y rápidamente. A veces, cuando el tipo hace cosquillas en el punto adecuado de su vanidad, se deja conmovir y acepta un descuento filantrópico. Dolié dice de él: "Es demasiado bueno. Se deja engatusar. Un momento. El redactor jefe P..., conocido como "Clairet", con la boca torcida en su rostro arrugado, estrecho y pálido, recuperado de su indisposición temporal, viene a presentar un borrador de artículo para el número del día siguiente. Suena el timbre eléctrico: "Hola, hola... sí, soy yo, ... ¿Todo bien, amigo? A las diez, si quieres. Trae tu pollo, yo traeré el mío..."

muy divertido, gracias, ¡hasta luego!

— Es *él* — dice Almereyda a "Clairet", que tartamudea respetuosamente. Es el gran protector indispensable, sin el cual la existencia sería precaria y el gendarme temible.

140

Pero una voz femenina declara: "Déjame en paz... Prefiero entrar a la fuerza". Es una mujer muy joven, delgada, bastante guapa, rubia, Émilienne, que tiene algo que decirle a Miguel...

En una cena en la calle Spontini, el director del *Bonnet Rouge* agasaja a amigos políticos, un prefecto, dos diputados que trabajaban con él, un croupier, un proveedor militar y un agregado de gabinete. Está de moda en la casa de comidas vecina, ya que los dos cocineros han entregado sus delantales al mismo tiempo, cansados de esperar el sueldo del mes pasado. Se arreglarán con el juez de paz. La conversación gira en torno a los temas del día, la preocupación por las prebendas y privilegios del Gobierno, la excesiva flexibilidad de un Gobierno "con el que nunca se puede contar", las promesas incumplidas, la fecha de la próxima comisión secreta.

— Si el tipo se resiste, le entrenaré", dice Almereyda.

La puerta se abrió. Un cortés "Monsieur très bien" apareció, disculpándose por su tardanza: era Duval, conocido como Darbourg, conocido como Mondor, el primer director del BonneJ Rouge. Dio la vuelta a la mesa, estrechó la mano, tomó asiento y recibió modestamente los cumplidos que se había ganado gracias al brío bonachón del Sr. Badin.

141

— ¡Está mecanografiado!

— ¡Se envía!

— Briand lo sentirá venir... ¡lo están llevando hasta el final!

Duval hablaba en un tono moderado, como un buen padre canoso que sabía lo que pasaba entre bastidores y que no se dejaba engañar. En su opinión, lo que hace falta para poner fin rápidamente a la guerra es una buena sucesión de huelgas cortas, susceptibles de degenerar en pequeños motines. Pero esto no es fácil de organizar. Los obreros de las fábricas ganan salarios elevados y están contentos con su suerte. Y la gente es cobarde por naturaleza y teme los rigores de un estado de sitio. Almereyda, que ha estado bebiendo y comiendo, a pesar del dolor de ingle del opio, escucha con atención deferente. Duval tiene letras. Es licenciado. Está bien educado. Es más, tiene agallas, nunca se deja llevar, maneja cientos de miles de francos que los boches le dan cada dos por tres y no ha cambiado nada en su estilo

## Capítulo VI. "La gorra roja y el oro alemán"

de vida de buen pequeño burgués de Courteline. Pero después de la comida, el helado, el café y las copitas, el bandido empieza a aburrirse y a bostezar. Tiene una cita en la Rue de l'Arcade, ¡una reunión muy pija!

Corramos un tupido velo sobre lo que sigue. Requeriría la pluma de Petronio, y aún no ha llegado el momento en que podamos contarlo todo.

## CAPÍTULO VII

### LO QUE AMENAZABA AL PAÍS

Ahora que la banda *de Bonnet Rouge* ha sido remitida al Consejo de Guerra, junto con el principal partidario del acercamiento franco-alemán, Joseph Caillaux, y que la gestión de Malvy, ex ministro del Interior, está siendo investigada por el Tribunal Superior, es posible echar un vistazo de conjunto a la gran ofensiva interna emprendida contra Francia por el enemigo.

Esta ofensiva era triple: financiera en sus medios, intelectual y práctica en sus intenciones. Con la ayuda de cómplices hábilmente colocados, el objetivo era destruir la sagrada unión de los primeros meses de la guerra, que se había vuelto crónica; sugerir la paz a cualquier precio, explotando el cansancio de civiles y combatientes; y provocar el malestar en el país. Este era el único medio de éxito al alcance de los alemanes, decepcionados en el frente militar por la victoria del Marne y la épica resistencia de Verdún.

144

Intentemos ponernos en su lugar, ver las cosas desde su ángulo y examinar cómo lo hicieron. Este es el proceso de observación que me ha permitido sorprender y obstaculizar a algunos de sus principales agentes o auxiliares. Al igual que el clínico debe meterse en la piel de sus pacientes, la vigilancia patriótica debe insinuarse en las intenciones del adversario. Éstas fueron tomadas del estado de cosas que existía antes de la guerra, y sobre el que he insistido lo suficiente como para no tener que volver sobre él. Véase *L'Avant-Guerre*, *Hors du Joug allemand* y *La Vermine du Monde*.

El gobierno alemán se habrá dicho a sí mismo: "Hemos perdido nuestra oportunidad de entrar en París en un mes y aplastar a nuestro principal enemigo, Francia. Ahora tenemos que retomar la lucha, utilizando y maniobrando con todos aquellos que, en cualquier calidad, sirvieron a nuestra influencia en París antes de la guerra. Empecemos, pues, por confeccionar una lista completa de nuestros amigos y auxiliares, estipendiarios o no, banqueros, economistas, agentes pardos, políticos, periodistas, hombres de negocios, industriales y comerciantes, y dejemos que sean examinados por nuestros propios hombres en los cinco principales

países neutrales, en América, Suiza, España, Holanda y Suecia. Hagamos una selección de aquellos con los que todavía podemos contar. Una vez hecho esto, procederemos a una verdadera ofensiva desde dentro, que quebrante a la nación francesa y la entregue a nuestros golpes.

145

La lista era fácil de elaborar. Nuestros enemigos sabían exactamente quiénes eran los líderes y miembros de lo que yo llamaba el clan Ya. Este clan comprendía varios pisos, varios grados.

1º Los doctrinarios del acercamiento franco-alemán, aquellos que, impresionados por la formidable demostración de fuerza de nuestro vecino oriental, consideraban que debíamos abandonar nuestra actitud hostil o reservada hacia Guillermo II, olvidar Alsacia-Lorena y entrar en la órbita de Alemania.

Algunos de estos doctrinarios se habían arrepentido de sus ilusiones desde el primer día de la guerra y habían mostrado inmediatamente una germanofobia muy apropiada e incluso celosa.

146

El más notorio fue Gabriel Llanotaux (véase *Kiel y Tánger*, de Maurras), probablemente el menos clarividente de todos nuestros ministros de Asuntos Exteriores de la Tercera República, el más satisfecho de sí mismo y también —hay que reconocerlo— el más rápido en dar la vuelta a sus finas togas académicas. Merece la pena leer y saborear el artículo que dedicó en la *Revue hebdomadaire*, dos días antes del ultimátum antiserbio, a la política austriaca y a Francisco José, "el Néstor de los monarcas". Hay que leer también sus evoluciones sobre Rusia, en su historia cotidiana de la guerra europea. También hay que recordar que fue Hanotaux quien tuvo la idea de la conquista de Fachoda, destinada a poner a Inglaterra en nuestras manos, y que fue él quien fue el hombre de Carnegie en diversas empresas como el "Fondo de los Héroes". Por último, Hanotaux se inmortalizó cuando escribió en *La Petite Gironde en el momento* del éxodo a Burdeos (septiembre de 1914) que Burdeos sería en adelante "nuestra ciudadela". Así pues, el discurso del sucesor de Hanotaux ante el Parlamento francés estaba preparado de antemano y, siempre que tuviera sentido del humor, no sería aburrido.

147

Si ahogo esto, no es en absoluto para molestar a Gabriel Hanotaux, patriota a su manera y escritor erudito, pero extremadamente ligero y totalmente falto de carácter. Es un signo de los tiempos absurdos — políticamente hablando— que precedieron a la conflagración europea. Pocas

veces en la historia la previsión ha sido menos grande y el simple sentido común, en las altas esferas, como decía Descartes, menos compartido. Estoy convencido de que, en la mente de Hanotaux —que se creía muy listo en esto—, la alianza rusa era un puente hacia el acercamiento alemán, una hábil distracción para alcanzar el mismo objetivo por el que trabajaban al mismo tiempo publicistas como Ernest Judet.

2° Otros germanófilos doctrinarios, antes de la guerra, eran los socialistas del grupo de Jaurès, los más poderosos y los más activos desde el punto de vista parlamentario. ¿Quién era Jaurès? Un burgués de la generación de 1885 —quiero decir en plena vigencia hacia 1885— imbuido de kantianismo, de fichismo, de hegelianismo, como lo estábamos todos en aquella época, pasado luego al socialismo, y a quien la metafísica alemana había unido, por lazos cada vez más estrechos, a la Sozialdemokratie. Su elocuencia, tan real como vana, dio un inmenso alcance a sus concepciones antifísicas de una paz ya universal, de una internacional inmediata a toda costa y de milicias que sustituyeran a los ejércitos permanentes. Su muerte, tan trágicamente grandiosa, no debe engañarnos en cuanto a la pobreza de sus concepciones y sus fatales consecuencias. Dotado de una poderosa cordialidad y de una bonhomía generosa y cultivada, tuvo un profundo efecto en su mediocre entorno y condujo al socialismo francés por los peligrosos caminos plagados de trampas del socialismo germánico. Lassalle era un imperialista y un pangermanista; Karl Marx era específicamente alemán, y basta leer su "Kapital" para comprobarlo. La Sozialdemokratie, a pesar de algunas insignificantes excepciones, nunca tuvo el carácter revolucionario que le atribuyeron nuestros jaurèsianos. Pero les mantuvo en sus ilusiones. Lo menos duro que puede decirse es que, a través de Jaurès y su grupo, el socialismo alemán, ineficaz contra el militarismo prusiano, actuó tenaz y alegremente contra el armamentismo francés y cooperó a nuestro desmantelamiento. Maltratados por sus kamaradas, nuestros "ciudadanos" no creían en la guerra. Esto se puso de manifiesto en las elecciones de 1916, que se celebraron contra la ley trienal y contra lo que entonces estaba de moda llamar "la locura del armamento". Un tal Poncet, que de hecho había sido nombrado diputado, había dibujado una viñeta que representaba, bajo este título, a un coracero francés corpulento y brutal, que clavaba su sable en el suelo junto a un civil anémico y debilitado. ¡Una buena preparación para la guerra inminente!

Cualquiera puede equivocarse, se dirá, pero es difícil admitir que uno se

ha equivocado. Así, tras el primer buen movimiento de sagrada unión, cierto número de socialistas, acariciando su magullado error —y tanto más cuanto más magullado estaba— buscaron explicaciones barrocas, madre de nuevos errores, para una guerra deseada por toda Alemania. Imaginaron que la libraban el Emperador y los hobereaux contra la voluntad del pueblo alemán. Completaron esta fábula con otra, según la cual se trataba de una "lucha final" de las democracias contra el imperialismo. Las democracias eran el ángel que abatiría al demonio de Potsdam. El sesgo de las acaloradas primarias nos retrotrajo a la mitología y mistagogía primitivas, en la jerga del derecho y el poder, tomada prestada de lo peor del liberalismo. Dios sabe cuál fue el coste en sangre y lágrimas de la fórmula de la derecha como vencedora inherente sobre la brutalidad armada hasta los dientes. No hay necesidad de construir cañones y levantar regimientos cuando tienes la ley de tu lado.

150

Semejantes quimeras, repetidas sin cesar, han terminado por perturbar, en ciertas mentes populares y burguesas, la sana noción de la infamia alemana de agresión premeditada y de la necesidad de una victoria completa sobre esos brutos para recuperar la seguridad. Sin duda, la paz es un gran bien, el primero de todos. Pero con un vecino como Alemania, este bien sólo puede conquistarse con las armas, no con una retórica persuasiva ni con amonestaciones formales. *Germanos ad praedam*. Son los mismos que en tiempos de Tácito, dispuestos a reconocer el derecho de cualquiera que les dé una buena paliza, insolentes e insaciables en cuanto vuelven a vislumbrar la impunidad.

En su notable libro *L'Internationale et le Pangermanisme*, Edmond Laskine muestra a Millier, emisario de la Sozialdemokratie alemana, diputado en el Reichstag y miembro del Partido popular, llegando a París el 1<sup>er</sup> de agosto de 1914 y compareciendo ante el grupo parlamentario socialista reunido en el Palais-Bourbon. La víspera, Viviani, Presidente del Consejo, había decidido retirar nuestras tropas a ocho kilómetros por debajo de la frontera, para demostrar, ante los neutrales y el mundo civilizado, nuestra voluntad de no agresión. Millier aprobó enérgicamente esta medida, que yo, por mi parte, vi como un engaño desastroso, y declaró solemnemente a sus camaradas franceses que los sozialdemokratas alemanes votarían contra los créditos de guerra, o al menos se abstendrían, pero que "la única hipótesis que no se podía contemplar era la de un voto de los socialistas alemanes a favor de los créditos de guerra". (Das mann für die Kriegskredite stimmt,

halte ich für ausgeschlossen.) Era una trampa concertada con el Estado Mayor y el Emperador. Tres días más tarde, por supuesto, los créditos de guerra fueron aprobados por unanimidad por los diputados socialistas en el Reichstag.

Cito estos hechos para mostrar hasta qué punto el gobierno francés, y los socialistas que lo maniobraban, estaban entonces alejados del verdadero espíritu de una guerra semejante. Fue en el terreno preparado por mentes débiles, o partidarios obstinados en sus quimeras, donde se desarrolló una disposición singularmente propicia a toda clase de abandonos y a la peor clase de regateos. Llamaré a esta tendencia Caillautismo, en honor a su principal representante.

152

3° Joseph Caillaux, o el hombre extraviado por el orgullo, es el tipo mismo del camino equivocado. Hay algo de Coriolano en él, como lo pintó Shakespeare; pero es un Coriolano sin grandeza, y como atrofiado por una competencia puramente financiera que nadie soñaría con desafiar. Nunca le he conocido. No conozco el sonido de su voz. Todo lo que tengo sobre él, como solía decir mi padre, son los relatos de los viajeros, inciertos y contradictorios. No dudo, sin embargo, en clasificarlo como uno de los "herederos" de primera clase, como los definí en el libro que lleva ese título, dotado en algunos aspectos, carente en otros y carcomido por un orgullo injustificado. Además, es el tipo mismo de parlamentario, que vive en el vacío, que consuela su impopularidad con la camaradería y que toma por aristocracia cierta arrogancia ridícula, bastante conciliable con la peor complacencia electoral. Así las cosas, Caillaux había concebido —y no era el primero, pero sí el más torpe— un acuerdo franco-alemán que se parecía bastante, bajo apariencias razonables, al arreglo del gato y el ratón. La guerra trastocó sus planes. Se mantuvo callado durante algunos meses, luego, sondeado por los innumerables agentes que Alemania mantenía en los países neutrales, tentado por el deseo de desempeñar un papel importante, cometió las graves imprudencias por las que ahora debe responder ante la justicia militar.

153

En los pocos días que transcurrieron entre su acusación y su procesamiento, este extraño hombre lanzó un grito desde el corazón que me impactó, algo así como: "La propia reputación que me había fabricado me convirtió en el blanco de personajes turbios. No supe defenderme suficientemente de sus insinuaciones. Fue su peor culpa haber actuado de tal

manera que se le considerara accesible a los emisarios y propuestas del enemigo. Al gobierno alemán nunca se le habría ocurrido juzgar a Maurras o a Barrés.

154

Sería una ignorancia por parte de los alemanes suponer que no intentarían unirse a Caillaux y al caillautismo durante la guerra, tras su revés en el Marne. Lo que me sorprende, sin embargo, es que Caillaux utilizara el intermediario de Almereyda, que estaba aliado con el bandido del *Bonnet Rouge*, al que se refería familiarmente como su "querido amigo". Ciertamente, establezco una diferencia entre Caillaux y Malvy. El caso de Malvy merece un libro aparte, en el que reproduciré lo esencial de mi testimonio ante el Alto Tribunal. ¿Cómo pudo Caillaux no prever la espantosa pendiente por la que se precipitaba en una compañía de este tipo? ¿Cómo es posible que la propia calidad de las personas que se unieron a sus ideas, por pura avaricia y villanía, no le advirtieran contra esas ideas? ¿Cómo no le habrían disgustado su plan los que lo adoptaron y los medios que se utilizarían para llevarlo a cabo? Todas estas son preguntas para las que no encuentro respuesta. Cada ser humano encierra su propio enigma, y me despreciaría a mí mismo por proclamar la vileza de tal o cual persona porque es mi adversario político. Pero el enigma de Caillaux sigue siendo completo después de todo lo que sabemos y todo lo que vislumbramos de él. Hay una asombrosa falta de sentido común en su actitud. ¿Dónde diablos ha puesto su astucia y su observación?

155

Había un rayo de luz en esta oscuridad: la posición de paria influyente que le había creado el asesinato de Gaston Calmette por su esposa. Este asesinato injustificable no socavó en absoluto su autoridad política, pero le impidió acceder de nuevo al poder. Sin embargo, el poder era necesario para su ambición, su sed de atención, su coquetería. Porque si alguien no debe tener vida interior, ni hacer nunca su acto de contrición, es él. Este falso conquistador ignora obviamente el poder secreto de la humildad, la palanca del mundo. Los alemanes sabían demasiado de él como para ignorar este rasgo de su carácter. Jugaron con ello.

Al principio de la guerra, el gobierno francés, que acababa de llegar al poder, trató a este molesto Caillaux como a la grava en el zapato. Intentaron localizarlo, neutralizarlo, ignorarlo. Pero él, por debajo, se ocupaba de ellos. Tenía a su alcance, a pesar de algunos nubarrones fugaces, a ese chantajista consumado que es Almereyda, y a su banda de "músicos de Bremen" —decía

Landau, músico él mismo—, que le persuadían de que nadie se atrevería a detenerle en sus empeños, fuesen cuales fuesen. Ya ni siquiera tenía que temer —dado el extraño y, en este sentido, abusivo funcionamiento de la censura— las duras críticas de los periódicos. ¡Cuántas veces he visto tachado el nombre de Caillaux cuando he escrito sobre él, aunque el nombre no fuera acompañado de ningún comentario!

156

— Hola, nos gustaría que borrara el nombre de M. Caillaux de su artículo.

— Sé a ciencia cierta que su Sr. Caillaux subvenciona e inspira *al Bonnet Rouge*. Y el *Bonnet Rouge* hace un daño considerable. Usted permite el veneno, pero prohíbe el contraveneno.

— No se lo estoy diciendo, señor... hola... Tenemos órdenes formales.

Si esas órdenes no hubieran sido tan formales, Caillaux y Malvy, puestos en la picota en determinadas circunstancias importantes o críticas, habrían confiado menos en su impunidad y se habrían evitado graves perjuicios. ¿Qué sentido tiene recriminar? Lo hecho, hecho está. Recuerdo estos errores de una censura por lo demás indispensable, como Maurras estableció cien veces, con la esperanza de que no se repitan. Fueron costosos.

157

Lo que es indudable, cualquiera que sea el grado de culpabilidad material de Caillaux, es que su nombre sirvió de coartada para todos los atentados internos dirigidos contra la moral de Francia. Estos intentos continuaron ininterrumpidamente desde la victoria del Marne hasta la llegada de Clemenceau al poder. Tuvieron sus altibajos. Alcanzaron su apogeo entre marzo y julio de 1917. En ese momento, se extendieron a la zona del ejército y casi comprometieron, o al menos obstaculizaron durante mucho tiempo, nuestra acción militar. Los dirigentes de la época no parecían ver más que problemas. No pretendo haber aclarado todo el plan del enemigo, pero sí he seguido sus grandes líneas y lo que voy a resumir aquí es el fruto de un largo y perseverante estudio, realizado, debo reconocerlo, científicamente.

158

Una imagen, extraída de acontecimientos recientes, les ayudará a comprender mi pensamiento: supongamos que un caballero dotado de dotes de observación, que no sabe nada de guerra aérea, se percata, paseando por París, de que ciertas obras de arte están encapsuladas en sacos de arena. Concluiría que, debido a su rareza y belleza, están protegidas de un peligro amenazador, cuya naturaleza conjeturaría, con mayor o menor acierto. Ahora bien, desde los primeros meses de la guerra, las personas un poco informadas que se encontraban en París advirtieron con estupor que un

misterioso protector había "encapuchado", aparcado o, por utilizar el término aceptado, emboscado a un gran número de individuos precisamente sospechosos por sus orígenes, sus antecedentes penales o su dudoso aspecto. No se trataba de obras de arte, ni de personalidades raras o preciosas, sino de sujetos peligrosos. Esta extraña paradoja me llamó inmediatamente la atención.

Salvo raras excepciones, las personas que se encontraban en *Bonnet Rouge*, Almereyda, Guilbeaux y C<sup>ia</sup>, habían sido dadas de baja o trasladadas a unidades del interior, lo que les facilitaba el trabajo. Sabemos lo que Malvy y los departamentos de la Seguridad General y la Préfecture de Police tenían que decir sobre este punto: "Queríamos tener a nuestro alcance, y en cierto modo bajo nuestra supervisión y en nuestra nómina, a tipos capaces de influir en los trabajadores". Esto es una broma de mal gusto. Entre un Almereyda y un Landau, escoria del submundo social, entre un Guilbeaux, intelectual canalla, hongo venenoso que crece sobre el estiércol de la anarquía, y los verdaderos y auténticos dirigentes del movimiento obrero, hay toda la distancia que media entre el escarpe barnizado y embadurnado y el hombre honrado, y entre el proxeneta y el trabajador manual. Este pretexto, inventado para las necesidades de la peor de las causas, no se sostiene. El Ministerio del Interior conocía mejor que nadie, a través de sus informes y peladuras —cuyos duplicados he tenido en mis manos—, las verdaderas filiaciones e intenciones de antimilitaristas tan notorios como Almereyda, Goldsky, Landau y Guilbeaux. Una investigación muy bien hecha y detallada había señalado, incluso antes de la guerra, las relaciones de Almereyda con agentes alemanes en la frontera española (Ermitage du Coral, cerca de Prats de Mollo), los hermanos Kiechle de Vernet-les-Bains. Otra investigación precisó el número de cartas germanófilas y francófonas enviadas en secreto por Guilbeaux, a partir de 1912, a ciertos organismos berlineses. Malvy tenía así pruebas de las recientes relaciones de Almereyda y Guilbeaux con la policía alemana. El deber era desconfiar, no confiar.

160

Sin duda, al principio, el director del *Bonnet Rouge*, temiendo por su pellejo, ponía agua en el vino y fingía un revolucionarismo cocardiano, lo que no le impedía en absoluto entregar permisos de residencia y pases a auténticos espías. Era imposible dejarse engañar por estas payasadas, ni por la comedia sentimental-burlesca de Sébastien Faure. Desde las primeras semanas de 191b, una lectura atenta del *Bonnet Rouge dejaba claro lo que ocurría en las entrañas* de esta caverna, dispuesta y organizada expresamente

para la traición. Era aún más sorprendente cuando se comparaba esta hoja, impresa en París, con la Gazette des Ardennes, publicada en francés por los alemanes en Gharleville. La rama parisina seguía fielmente el ejemplo del órgano de penetración alemán. Esto demuestra que las oficinas ya se comunicaban clandestinamente. ¿A través de qué canal? No creo que nadie que sepa algo de esto pueda tener aún la menor duda al respecto.

161

Un Almereyda, un Guilbeaux, un Routier, debían, en la mente del gobierno alemán, desempeñar en Alemania, tras unos meses de guerra, los papeles desempeñados por un Lenin o un Trotsky en Rusia. El talento no es necesario para este trabajo de disolvente, líder y excitador. Todo lo que se necesita es una cierta dosis de audacia, combinada con una falta total de escrúpulos y un capital considerable. No hacen falta agitadores líderes. Basta con marionetas trágicas, ampliamente remuneradas.

En efecto, una guerra que dura en un país no preparado, como Francia en 1913, acumula inevitablemente una multitud de males, resentimientos, cóleras, pesadillas, malestares vitales, que la menor perversidad, de hecho, por escrito o de palabra, consigue muy rápidamente concentrar y canalizar. He dicho que el primer rumor culpaba de la guerra a "los ricos, los nobles y los curas". Un segundo, un poco más tarde, culpaba a los escritores patrióticos de la catástrofe. "Si no hubieran excitado a los alemanes con sus estúpidas provocaciones chovinistas, los alemanes nunca nos habrían atacado". Tal era la tesis de *Le Bonnet Rouge, Ce qu'il faut dire* y una docena de diarios o periódicos similares. Cuanto más absurda es tal acusación, más fácilmente se la cree, si los patriotas, así implicados, no montan una enérgica defensa ofensiva, devolviendo golpe por golpe. El éxito de los bribones no ha tenido más que una causa: la inercia de la gente honrada. Durante tres años de pugilato diario con la escoria subvencionada, no pusimos nombre a su canalla ni una sola vez: lo llamamos "Le Torchon". Por otra parte, no le dejamos salirse con la suya sin una réplica al menos tan violenta como la suya, a riesgo de cansar a nuestros lectores de provincias, que se preguntaban por qué golpeábamos con tanta insistencia a este "vigués" poco conocido. Ahora lo han entendido. Cuando se trata de polemizar, es una regla no tener miedo de repetir las cosas, de refutar lo que hay que refutar, incluso cuando tu adversario es un bribón conocido. Los periodistas conservadores se han equivocado históricamente al adoptar una actitud desdeñosa y silenciosa frente a los ataques que alienta el hampa de los tinterillos. En *Action Française*, procedemos así: dejamos que ese submundo

despotriquer durante un tiempo, como en un duelo se observa al adversario, para conocer su juego. Luego empezamos a avanzar metódicamente, tanteando el hierro y presionando en los puntos débiles. Entonces es el momento de devolver el golpe con una andanada completa, en todas direcciones y sin piedad, hasta que el otro haya dado la inevitable voltereta en la zanja de la rabia o la mala fe. Dejo la receta a nuestros sucesores, pero hay que aplicarla sin falta y sin escuchar los consejos de los tímidos que susurran: "Los perros ladran, la caravana pasa". Cuando los perros ladran bien, la caravana pasa aún mejor.

164

Desgraciadamente, es cierto y está probado que *el Bonnet Rouge* había encontrado ayudantes y defensores inesperados en ciertos oficiales de policía de alto rango que cortejaban al inamovible ministro Malvy protegiendo a su Almereyda. Landau gozaba de un favor similar. Con el apoyo de la Seguridad General y de la Prefectura de Policía, por un lado, y de los poderosos sospechosos que habían permanecido en París a pesar de la guerra, por otro, estos dos lascars se creían invulnerables. Cuando, en 1917, Almereyda viajó a Marsella para establecer un Ronnet Rouge meridional que facilitara las incursiones de los submarinos alemanes en el Mediterráneo, obtuvo del prefecto Schrameck todas las facilidades imaginables, empezando por la autorización para utilizar el teléfono de la Prefectura para comunicarse con París. La importancia del bandido creció al mismo ritmo que la de todas las figuras financieras, ya fueran Boches o Austroboches, cuya "defensa" asumió en su periódico. Se ha calculado que, en el momento de su muerte, albergaba bajo su ala a una cincuentena de espías activos u honorarios. Landau era un hombre menor, pero su clientela era de suficiente calidad como para ganarse la confianza de curiosos y políticos. Había instalado su cuartel general en un gran hotel del centro de la ciudad, donde había un gran movimiento de extranjeros y huéspedes de paso, y se le podía ver pasear por los pasillos con su rostro torvo y sus horribles "bellos modales".

165

Sin embargo, no fue hasta la primavera de 1916 cuando la labor de los proalemanes de todas las categorías recibió, con medios cada vez más considerables, el impulso y la coordinación que Bülow, Hohenlohe y la policía del Estado Mayor consideraban necesarios. De ello deduzco que, poco después de la ofensiva de Verdún, el enemigo comprendió que el golpe había sido un fracaso y que era necesario dar prioridad a las maniobras de disociación interna y de espionaje sobre las operaciones estrictamente

militares. Inmovilizada en el frente occidental, la guerra iba a convertirse en una guerra de corrupción y conspiraciones detrás de ese frente. Barres, que lo veía todo, lo intuyó muy bien en su hermoso y penetrante estudio: *En regardant au fond des crevasses*. Sólo los poetas pueden aún captar, a través de la oscuridad, los hilos comunes de la realidad.

Habría que tener un profundo conocimiento de la lengua rusa y de los círculos revolucionarios rusos, cosa que desgraciadamente no tengo, para analizar el curiosísimo movimiento que precedió y preparó la explosión de la revolución rusa y del bolcheviquismo en París. Trotsky en casa. Lenin y Guilbeaux en Suiza, fueron los principales artífices de esta debacle de incalculable importancia. Curiosamente, el kerenskismo, es decir, el revolucionarismo patriótico, seguía siendo todopoderoso en Rusia, mientras que aquí estaba muy superado en los círculos pestilentes de los distritos IV , XIII , XIV y XVIII. Fue allí y no en otra parte, con la colaboración de dos o tres salones extraños y bancos sospechosos, donde se elaboró el plan completo, primero para la deposición del zar, luego para el gobierno de transición de los cadetes y, finalmente, para el establecimiento de los soviets, tal como se desarrolló en un año. La velocidad del rayo de estas fases premeditadas no es menos sorprendente que la ausencia de reacción, primero lealista y luego nacional. Rusia parece haberse derrumbado, en dos derrumbamientos sucesivos, por la abolición casi repentina de todos sus puntales.

Lo que sorprende al observador de esta aventura es la total falta de vigilancia ejercida por el gobierno francés sobre estos círculos durante los tres primeros años de la guerra. Es también la latitud concedida a los judíos rusos rebeldes para no alistarse ni en nuestro ejército ni en el suyo. Si se mira con atención, se podría pensar que una potencia oscura reservaba a estas categorías de evasores de la conscripción para una tarea claramente opuesta a la de los Aliados, y consistente sobre todo en la desintegración, a distancia, de los ejércitos y de la lealtad rusos. De las numerosas cartas documentadas que he recibido de personalidades rusas sobre este tema, he extraído el siguiente pasaje, que abre una pequeña ventana al misterio:

167

Cuando las tropas rusas llegaron a Francia bajo el antiguo régimen, los soldados fueron sometidos a una severa disciplina por parte de las autoridades militares rusas, para evitar el contacto con los elementos derrotistas que Francia hospitalizaba amablemente. La prueba de ello es que cuando las tropas rusas estuvieron en el frente, incluso después de la abdicación de

Nicolás II, no se vieron afectadas por todos estos elementos derrotistas, y lucharon heroicamente en Courcy. ¿Qué ocurrió después de la batalla de Champaña? Todos estos rusos, hospitalizados en todos los hospitales franceses, incluso en el hospital italiano de París, fueron constantemente visitados por jóvenes (evasores de la conscripción y desertores), naturalmente judíos, y por tanto maximalistas y leninistas desconfiados, que les llevaban por París, ofreciéndoles sus servicios como intérpretes. Las administraciones de los hospitales abrían sus puertas de par en par a todos estos visitantes, queriendo complacer a los soldados rusos heridos, pero sin saber qué ideas maquiavélicas habían guiado a estos cobardes, que venían a ofrecer sus servicios. Poco a poco, recibimos información precisa de un antiguo funcionario de la Cruz Roja rusa sobre las acciones y actividades diabólicas y pacifistas que desviaban a los soldados de su deber. A menudo, en los cafés, se podía ver a un grupo de soldados rusos, entre los cuales había un joven judío que leía una proclama a favor de la paz. Es una gran desgracia que el antiguo gobierno francés tolerara todo este comportamiento; además de los hombres, las mujeres también se implicaban de la misma manera, llevando folletos de propaganda derrotista y pacifista a los soldados rusos, que estaban hospitalizados por toda Francia. ¿Cuál era su objetivo? Era desmoralizar al ejército ruso; en caso de que los soldados rusos se vieran obligados por una nueva ley francesa a servir bajo sus propias banderas, aprovechar que al gobierno ruso le resultaba imposible reintegrarlos en Rusia debido a las dificultades de transporte, y hacer que se negaran a luchar en cualquier lugar que no fuera su propio país. En otras palabras, no querían luchar en absoluto.

Por desgracia, hay que decir que este plan tuvo un éxito rotundo.

En resumen, para aclarar el papel de los leninistas, se puede decir claramente que son exclusivamente insubordinados, porque en cuanto terminó la Revolución, todos los verdaderos convictos políticos y patriotas rusos que regresaron a Rusia se alistaron inmediatamente en el ejército ruso.

Sabemos que dos periódicos derrotistas y proalemanes en lengua rusa, *Nache Slovo* y *Nalchalo*, alimentados con dinero austriaco y alemán, fueron tolerados en París. Hicieron un daño considerable, igual al del *Bonnet Rouge*. Barrés publicó extractos de sus artículos, que parecen haber sido copiados de Demain, y también de la *Gazette des Ardennes*; hasta tal punto que uno se pregunta si no existía la misma oficina para adaptar la propaganda alemana a las diferentes mentalidades de los diversos aliados de la Entente, con traductores designados. Por mi parte, no creo en absoluto en el papel del azar en tales coincidencias.

## CAPÍTULO VIII

### LO QUE AMENZA AL PAÍS (*continuación*).

Dos figuras financieras desempeñaron un papel importante en los negocios clandestinos rusos en París y Suiza: una era Alexander Raffalovich, antiguo secretario general del *Banco Comercial Internacional de Petrogrado*, a quien ya he mencionado en relación con Almereyda y el *Sombrero Rojo*. El otro es el antiguo director del mismo banco —ahora, afortunadamente, en otras manos—, un hombre llamado Radin, conocido como Joseph Radine.

Radine nació en Berlín en el seno de una familia judía convertida al protestantismo.

El padre hizo un mal negocio con el azúcar y la familia se refugió en Wiesbaden. La hija mayor se había casado en Berlín antes del colapso. Las otras cuatro hijas se marcharon a Rusia como profesoras. Los tres hermanos también se marcharon, y fueron ellos quienes mantuvieron a la familia.

171

Joseph, objeto de este artículo, empezó en el *Crédit Lyonnais* de Moscú con un sueldo de francos laosianos al mes. Muy inteligente, fue enviado a Kiev, donde tuvo una novia francesa que perfeccionó su francés. Regresó a Moscú, desde donde fue enviado a París como director de la *Banque Russo-Chinoise*, *chevalier de la Légion d'honneur* (domicilio rue d'Artois). Se casó con una austriaca y tuvo un hijo. Hacia 1905, su esposa, al enterarse de que era amante de otra mujer, le abandonó a él y a su hijo y regresó a Viena para vivir con su familia.

Desde entonces se han divorciado y ella se ha vuelto a casar. Radine manda llamar a una de sus hermanas, una institutriz de familia armenia del Cáucaso, para que lleve su casa y cuide de su hijo. Después se trasladó a la rue de Madrid.

Cuando se fundó la *Banque du Commerce de Petrograd*, Radine dejó la *Banque Russo-Chinoise* y se convirtió en director de la *Banque de Petrograd* y de varios otros bancos rusos, con un salario anual de 200.000 francos.

172

Se traslada al *Faubourg Saint-Honoré*, donde vive con 500.000 francos al año, rodeado de una multitud de personas sospechosas.

El 17 o 18 de julio de 1914, se fue de viaje con su hijo y su amante, y al día siguiente, dos de sus hermanas (con una sobrina) que vivían con él, se marcharon a Wiesbaden para reunirse con su madre y otra hermana; durante cinco o seis años, Radine, buen hermano, no había querido que sus hermanas trabajaran y las había hecho salir de Rusia para que estuvieran cerca de su madre. Aterrizaban en París de vez en cuando; una de ellas se quedó con la misma familia en Moscú durante veintidós años.

Radine vivía muy poco en casa; daba todas sus cenas fuera y, en compañía de mujeres galantes, disfrutaba frecuentando los bares de moda y bailando el tango, a pesar de tener ya más de cincuenta años. Cuando se refugió en Ginebra, se asoció con otro personaje singular, Horace Berliner, de nacionalidad poco clara.

Es un hecho que Radine y Alexander Raffalovich se encontraban en París entre los intermediarios de los dos ministros germanófilos del zar, causas inmediatas de la revolución: Stürmer y Protopopof. Cuando Protopopof llegó a Francia durante la guerra, conoció a Raffalovich. En un momento dado, asistimos incluso a este hecho singular: el León Rojo defendiendo abiertamente —¡él, el órgano supuestamente revolucionario!— de los dos ministros del zarismo y abominaba de la reacción, frente a los estadistas rusos francófonos; y esta anomalía se explica por los estrechos vínculos entre Alexander Raffalovich y Almereyda.

173

En resumen, si aún no tenemos todos los hilos de la conspiración alemana que llevó a Rusia a la deserción y a una paz separada, sabemos, sin embargo, que el movimiento bolchevique se originó en París, entre los rusos que eludían la conscripción, y en Suiza; que fue fuertemente apoyado por Radine y algunos otros, y que el Ministerio del Interior francés no hizo nada para detenerlo. Me han dicho, aunque no he podido comprobar el hecho, que las primeras reuniones de los Soviets o comités de obreros y soldados se celebraron en territorio francés, precisamente en el cuarto distrito, donde abundan los bajos fondos yiddish-eslavos, y en una ambulancia de los suburbios. El plan original era propagar la mortífera institución en Francia al mismo tiempo que en Petrogrado. Pero chocaron con el sentido común y el patriotismo francés, por lo que los cabecillas renunciaron a sus planes contra Francia y se contentaron con socavar poco a poco el suelo bajo los pies de los cadetes y Kerensky.

174

El estado de guerra actúa como un invernadero sobre estos fermentos de

descomposición, contra los que nuestra policía no supo o no quiso reaccionar. De hecho, con un poco de vigilancia y ejemplos bien elegidos — sobre todo en los círculos financieros— la catástrofe rusa podría haberse evitado. Algunos revolucionarios, rusos de buena fe, imaginaron que regularían el fuego y establecerían algo parecido a la actividad patriótica convencional de 1799. Su cálculo fue erróneo, y lo que siguió lo dejó claro.

Sólo puedo esbozar aquí los contornos de un estudio que sin duda escribirá algún día, un ruso patriota, sobre los orígenes del bolcheviquismo en París y Ginebra. La ignorancia de la lengua rusa por parte de la mayoría de los franceses ha facilitado esta operación en el vacío, diabólicamente llevada a cabo por Alemania, que, desgraciadamente, ha tenido éxito y no tiene precedentes históricos. Una tentativa similar, llevada a cabo en Francia por los mismos o parecidos medios entre enero y junio de 1917, fracasó completamente. Fieles a nuestro método, vamos a analizarlo pieza por pieza, para ver en qué consistió.

175

En primer lugar, la prensa revolucionaria antimilitarista y las reuniones clandestinas. Lo que ya he dicho sobre el papel del *Bonnet Rouge* y de *la Tranchée Républicaine* me dispensa de extenderme sobre los dispositivos y los medios materiales. El asunto Dolo y el de la "Chèque Duval" nos muestran que Alemania concedía con razón gran importancia a la posesión de periódicos, bien muy difundidos como el Journal, bien de tirada muy limitada, pero incendiarios y francos, como los de Landau, Goldsky y Almereyda. En el primer caso, se trataba de crear un determinado ambiente —considerado favorable o menos desfavorable al enemigo— en un amplio sector de la opinión pública. En el segundo caso, se trata de crear pequeños y vigorosos focos de agitación y deserción aquí y allá. En mi opinión, el segundo método es más peligroso y más eficaz que el primero, especialmente en tiempos de guerra. Cuántas veces he oído a buenas gentes replicar a nuestros temores, a Maurras y a mí: "¡Bah! *el Bonnet Rouge* no es más que una pobre patraña. Sólo lo leen mil apaches y quinientos subveterinarios. Su fuente de infección es limitada.

176

Un grave error Ha habido épocas en las que periódicos considerados de poca importancia, como panfletos sin futuro, han provocado grandes agitaciones. Bajo el Imperio, *Le Rappel*, publicado por los hijos de Hugo, Vacquerie, Meurice, Pelletan y Lockroy, al principio sólo se leía en ciertos círculos, cuya influencia parecía mediocre y cuya credibilidad limitada. Desde

luego, no estoy comparando esta revista de literatos y artistas con el trapo oscuro de Almereyda. Pero, tal como estaba, este trapo incalificable, al que antiguos y futuros ministros no temían dar sus nombres —en particular el absurdo viejo Pelletan— era muy capaz, dado el ambiente adecuado, de provocar o precipitar un movimiento en la calle a una hora determinada de un día determinado. Su primer objetivo era provocar contra Maurras y contra mí, mediante insultos cotidianos de extrema violencia, una agresión que desencadenara represalias. La táctica era muy visible. Luego Almereyda, renunciando a sacarnos de nuestros apiñamientos, apuntó más alto y ensayó sucesivamente todos los temas susceptibles de causar problemas y provocar disturbios. La rápida degeneración de las huelgas económicas en París en mayo de 1917, que no llegaron a mucho pero que podían empeorar, y los motines de mayo y junio de 1917 en la zona del ejército, demostraron que el cálculo inspirado por Alemania en este líder de bandas antimilitaristas no era tan estúpido.

177

¿Conoces los brandons, impresos en papel sucio, de la Revolución Francesa, *el Ami du Peuple*, *el Vieux Cordelier*, *Père Duchesne* y otros excitadores de la multitud anárquica? Ya no podemos entender el efecto que tuvieron en los líderes de un público enfebrecido. Sin embargo, fueron ellos, tanto como los oradores del club, quienes desataron y mantuvieron el fuego. Para bien o para mal, el papel impreso es a menudo una fuerza irresistible. Pero es más fácil destruir que reconstruir, la reputación de los demoleedores crece más rápido que la de los restauradores, y la vena de las pasiones populares es más fácil de explotar que la de la razón nacional. Por eso los hombres encargados de los asuntos públicos, en tiempos graves y agitados como los actuales, no pueden estar demasiado atentos a los movimientos de la prensa llamada "de barrera" y a su sospechosa proliferación. Cuando se tiene la suerte de poder apagar el fuego poniendo el pie en la cerilla, no hay que dudar.

178

¡Cuántas veces, con Maurras y con nuestro muy querido amigo y defensor, el Sr. de Roux, no hemos deplorado la sentencia del tribunal de primera instancia de mediados de abril de 1917, presidido por el Sr. du Bousquet de Florian, que, al fallar en contra nuestra contra *el Bonnet Rouge*, viendo en ello sólo una querrela entre periodistas, permitió a la banda de Almereyda continuar su labor criminal hasta finales de julio de 1917! Esos tres meses y medio costaron caro al país. Pues el espantoso escándalo,

pagado tanto con nuestros fondos secretos como con el oro alemán, desempeñó un papel clave en la depresión y la excitación que se hicieron notar al mismo tiempo. El juez pensó que exagerábamos, que la cólera guiaba nuestras respuestas; mientras que, como siempre, nos quedábamos cortos ante la realidad.

179

Es asombroso cuánta gente, incluso gente culta, sigue aceptando los efectos visibles y tangibles de la propaganda asesina, sin remontarse a las causas de esa propaganda, ni aceptar el juego del azar y la espontaneidad frente a los complotos más evidentes. Esto se debe a la pereza natural del hombre, que prefiere creer en lo inevitable... "Las circunstancias estaban en nuestra contra. No podíamos hacer nada..." ¡Pero, por desgracia, las circunstancias se pueden moldear, dirigir y rectificar! Cualquiera que haya vivido ha visto casos que parecían comprometidos, o incluso desesperados, mejorar, volver a ponerse en pie con los esfuerzos necesarios, y en muy poco tiempo. Hay muy pocas desgracias inevitables. Las llamamos accidentes. Una atención y una tensión sostenidas habrían evitado a menudo a sus despreocupadas víctimas. Durar y progresar es prever. El arte de la política consiste en poner de nuestra parte todas las oportunidades favorables mediante una vigilancia perspicaz e incesante. Entonces, y sólo entonces, ¡podremos ponernos manos a la obra!

La inercia, ya sea mental o física, es una receta para el desastre, al igual que su hermana, la pereza. El éxito se compone de un cierto número de ruedas sincrónicas, que el Estado y los individuos deben vigilar cuidadosamente y volver a poner en marcha periódicamente. Ni prisa ni febrilidad: un tono armonioso y continuo.

180

A lo largo de la segunda mitad de 1916, y durante los primeros seis meses de 1917, recibí informes de unas diez reuniones clandestinas a la semana en París y los suburbios, celebradas en locales hábilmente ocultos, normalmente de comerciantes de vino. Se trataba de conferencias y charlas derrotistas en las que se leían fragmentos de reuniones de comisiones parlamentarias secretas, ya que se consideraba que podían desmoralizar a los oyentes, así como tratados y panfletos proalemanes. Uno de los más péfidos de estos últimos, publicado sin nombre de editor bajo una cubierta gris, se titulaba: *Sur les origines de la Guerre (Sobre los orígenes de la guerra)*, con el subtítulo, *documents belges (Documentos belgas)*. Utilizando informes confidenciales enviados al Departamento de Asuntos Exteriores de Bruselas,

incautados por los alemanes y hábilmente manipulados por ellos, pretendía demostrar que la responsabilidad de la guerra de 1914 no recaía únicamente en el gobierno boche. El prefacio de esta basura —cuyo autor es bien conocido— es una obra maestra de hipocresía y perfidia. Se difundió por todas partes, sin que los servicios competentes hicieran nada para oponerse a esta propaganda criminal ni para localizar a sus autores.

181

Pero, ¿cómo podía el Ministerio del Interior oponerse a las maniobras alemanas en la retaguardia, cuando subvencionaba *el Bonnet Rouge*, que alababa la mansedumbre y el duro trabajo de los prisioneros alemanes y negaba los actos de ferocidad más flagrantes cometidos por los invasores?

Fue a mediados de abril de 1916 cuando oí hablar por primera vez de las agencias de desertión que operaban regularmente en ciertos suburbios de París. Había una en particular en la rue de la Tombe-Issoire. Los clientes recibían papeles falsos, en regla, que les permitían cruzar la frontera suiza o española, para embarcarse en Marsella con destino a Argelia o Túnez, donde es fácil perderse entre la población flotante árabe, española e italiana. La suma exigida por los propietarios de estas agencias no era muy elevada: de ochenta a doscientos o trescientos francos, según el aspecto del solicitante. Tenía pruebas de que Almereyda y su banda también trabajaban en esta zona y estaban en contacto con algunos de estos clubes infames. Otros, de más categoría, eran anexos de las casas de citas baratas que han ido surgiendo por todo París desde la guerra. Prostitución, espionaje y desertión van de la mano, y la "casa de las ilusiones" de Talineyr se ha democratizado extrañamente. Es lo que Shakespeare, en una sorprendente mollera, llama "*el buey de la sombra*".

182

Durante los tres primeros años de la guerra, la vigilancia de las fronteras francesas —con respecto a las personas y las mercancías en tránsito— fue inexistente en algunos lugares y notoriamente inadecuada en otros. Esta falta de vigilancia minó cruelmente la eficacia del bloqueo, que fue posible gracias a la participación de Rusia en la guerra. También facilitó el trabajo de los numerosos agentes del enemigo, que iban y venían entre París y Barcelona, París y San Sebastián, París y Cartagena, París y Madrid, París y Ginebra, París y Zurich, París y Basilea, París y Berna.

Veamos el hecho antes de considerar las consecuencias. A petición mía, uno de nuestros colegas, muy familiarizado con el asunto, me envió la siguiente nota, en la que se combina la excesiva moderación con la exactitud;

este pequeño trabajo se titula: *Les Portes de France sont-elles bien gardées?*

183

Desde la guerra, o mejor dicho, desde abril de 1915, la vigilancia de las fronteras es ejercida: 1° por la policía especial de Puertos y Ferrocarriles, respecto a los viajeros; 2° por las comisiones militares de control postal, respecto a la correspondencia y en particular la procedente de países neutrales; 3° por la administración de aduanas, respecto a las mercancías.

Conviene señalar, de entrada, que si bien en casi todas partes, en todos los ámbitos de la vida nacional, la autoridad civil ha cedido, desde el inicio de las hostilidades, el paso a la autoridad militar, sólo allí donde esta última debía ejercerse con todo su rigor, incluso podríamos decir que con una cierta intransigencia un tanto brutal, asistimos al muy extraño espectáculo de ver reinar a una administración dependiente únicamente del Ministerio del Interior, compuesta por funcionarios estrictamente civiles y no movilizados.

Así es como nos hemos visto inducidos, por varias observaciones realizadas en diversos puestos fronterizos, a reconocer que la red tendida a las puertas de Francia, con vistas a impedir la entrada en nuestro país de numerosos agentes del espionaje alemán, es absolutamente ilusoria, sencillamente porque ha sido confiada a manos inexpertas o incapaces.

Una de nuestras investigaciones, por ejemplo, nos llevó a Bellegarde, donde pudimos comprobar que la mayoría de los funcionarios encargados de vigilar y examinar a los viajeros eran hombres muy jóvenes, carentes incluso de la experiencia profesional que debería exigírseles en tiempos normales de paz, con un conocimiento imperfecto de la lengua alemana, desprovistos de todo sentido psicológico y, lo que es aún más grave, sin gozar (hablo en nombre de algunos de ellos) de esa consideración moral susceptible de asegurarles, por parte de los demás funcionarios o del público con el que están en contacto cotidiano, ese respeto y esa confianza que, sin embargo, y sobre todo en este momento, parecerían inseparables de sus funciones. No hace falta añadir que los agentes de espionaje boches hacen su agosto. Varios oficiales de control, testigos impotentes y angustiados del espectáculo cotidiano de esta organización defectuosa y lamentable, nos lo han contado:

"Estamos seguros de que los espías alemanes cruzan nuestra frontera todos los días. Y, repito, sólo pueden intervenir excepcionalmente y por casualidad; por ejemplo, como hizo uno de ellos cierto día, cuando vio a un individuo de aspecto algo sospechoso, un danés llamado P..., paseando tranquilamente por el andén de Bellegarde, esperando el tren que debía llevarle a Francia. Interrogado hábilmente por nuestro oficial, este extranjero, que acababa de pasar todas las formalidades para cruzar la frontera, tuvo que confesar que no era más que un agente al servicio y a sueldo del servicio de inteligencia alemán. Ocho días más tarde, el consejo de guerra de Lyon lo envió al pelotón

de fusilamiento. Desgraciadamente, se trata de incidentes aislados y extremadamente raros, ya que los agentes sólo deben intervenir cuando se lo solicitan policías especiales.

¡Cuántos otros ejemplos podríamos citar de esta falta de vigilancia en las diversas puertas de Francia! Un ejemplo es el de una personalidad suiza muy conocida entre nuestros vecinos por simpatizar totalmente con los alemanes y que, durante varios meses, pudo desplazarse sin dificultad entre su residencia y París, adonde acudía, no menos tranquilamente, para participar en los consejos de administración de varios grandes hoteles y percibir copiosos honorarios de director. También se dio el caso de un famoso bailarín, del que se había informado en varias ocasiones que se entregaba a asociaciones eminentemente sospechosas en Suiza, y que pudo no sólo entrar en nuestro país sin impedimentos, sino también venir aquí, bajo patrocinio oficial, a organizar espectáculos en beneficio de nuestras obras patrióticas. Y ¡cuántos más!

186

Este es sólo un ejemplo de la facilidad con la que ciertas personas se movían entre Francia y Suiza. La justicia militar se apoderó del antiguo procurador parisino Guillaume Desouches y del joven Pierre Lenoir, hijo del agente publicitario Alphonse Lenoir, acusado de haber comprado primero *el Journal* —más tarde comprado por el senador Charles Humbert, con dinero alemán de Bolo Pacha— con la ayuda de los millones alemanes del príncipe de Hohenlohe, principal espía del enemigo. Curiosamente, en estos negocios estaban implicadas una mujer, antigua ganadora de un premio de belleza y amante de Hohenlohe, llamada Madeleine Houx, conocida como "de Beauregard", y el antiguo jefe de la segunda oficina de inteligencia del Ministerio de la Guerra, el capitán Ladoux, antes adscrito a la administración de los *radicales*. En el momento de escribir estas líneas, su papel en este asunto y en otros no parece estar bien definido. Pero ahora está claro que utilizó inútilmente el peligroso sistema del contraespionaje.

En resumen, la información verificable de una fuente fiable me dice que :

El 5 de mayo de 1910, Guillaume Desouches toma el tren hacia Frasné.

El 15 de mayo de 1915, el mismo Desouches, acompañado por otra persona, tomó el tren hacia Pontarlier.

El 27 de mayo de 1910, Pierre Lenoir parte hacia Vallorbe.

El 29 de mayo de 1910, Guillaume Desouches parte hacia Frasné.

El 5 de junio, *ídem, ídem*.

El 19 de junio, *ídem, ídem*.

El 2 de julio, *ídem, ídem*.

El 7 de agosto, Pierre Lenoir parte hacia Frasné, acompañado de otras dos personas.

187

¿Cómo no iba a despertar sospechas la proximidad de esas mismas personas? ¿Cómo no iba a disponerse que se les siguiera y vigilara en Suiza, a fin de averiguar con quién estaban en contacto? Si alegaban la intención de conseguir que los alemanes en general, y el príncipe de Hohenlohe en particular, aceptaran el dinero sin cumplir el pacto, ¿cómo alguien que conocía la constante costumbre del gobierno alemán de exigir garantías serias y controladas a quienes empleaba, pudo tragarse sin examen una fábula tan burda? Sin duda, el contraespionaje existe. Un ejemplo clásico es el Sr. Bastian, que trabajó para el embajador en Munster durante el asunto Dreyfus. Pero esta terrible profesión exige en todo momento heroísmo, una vigilancia y una abnegación que apenas se encuentran en jueguistas como Guillaume Desouches, o degenerados como Pierre Lenoir. Lo menos que puede decirse del capitán Ladoux es que carecía de psicología.

188

Axioma I. Una persona venal no puede ser empleada en el contraespionaje. La razón es simple: el Gobierno alemán gasta un millón de francos en su servicio de inteligencia de guerra militar y civil, mientras que nosotros gastamos diez mil francos. Por lo tanto, es seguro que cualquier agente venal empleado por nosotros para este fin cederá a la tentación de trabajar para el enemigo. Cederá tanto más fácilmente cuanto que tiene una excusa, una salvaguardia fácil: "He obedecido a mis jefes y he seguido puntualmente sus instrucciones".

Axioma 2: El contraespionaje sólo debe utilizarse para misiones cortas y definidas, aunque se empleen personas llenas de valor y abnegación. De lo contrario, corremos el riesgo de quemarlos y quemarnos con ellos.

189

Permítanme volver a la vigilancia fronteriza. Fue tan mal llevada por nuestra parte que, en el transcurso de 1916, el espía italiano al servicio de Alemania, Gavallini, al entrar en Francia, fue registrado, se le encontró portando documentos muy comprometedores, en particular listas de salidas de barcos, y liberado tras devolverle sus papeles! No se trataba sólo de negligencia, sino también, por parte de los funcionarios subalternos, del miedo a toparse —como se dice— con "un quemagases", a molestar o agarrar a un caballero o a una dama protegidos en las altas esferas. Hubo muchas historias, desgraciadamente ciertas, de oficiales superiores dados de

baja, desplazados o "despedidos" porque se habían pasado de celo y habían pillado a la novia o novia de un pez gordo. La clásica amenaza de "Tendrás noticias mías" cuando se les pillaba in fraganti adquiriría así un significado preciso y temible. Era bien sabido en la administración que los "señores del *Bonnet Rouge*" tenían conexiones en el mundo oficial, y un brazo largo. Acaso no se jactaban públicamente de haberle "sacado el pellejo" al general Clergerie, jefe del Estado Mayor del Gobierno Militar de París, organizador de la victoria de Ourcq en compañía de Galliéni... El general Clergerie, culpable de haber hecho detener al doctor Lombard, reformas fraudulentas, y puesto fin a las hazañas del espía patentado Garfunkel, conocido como "doctor Georges". ¿No se jactaban de haberse "deshecho" del comandante Baudier, jefe de la segunda oficina de inteligencia, que había hecho la vida imposible a los agentes enemigos durante el primer año de guerra y perseguido sin piedad a los espías?

190

La historia recordará con indignado estupor el sacrificio metódico de los mejores y más vigilantes servidores del país a las recriminaciones de los bandidos obstaculizados por ellos en su labor criminal. El general Clergerie y el comandante Baudier, junto con el teniente coronel Bourdeau —este último especialmente dedicado a la vigilancia y mejora de los servicios en la frontera suiza— habían destapado, en los primeros meses de la guerra, tres grandes casos que pueden considerarse el preludio de los juicios por traición y revelación de documentos del otoño de 1917 y del invierno y primavera de 1918: el caso Desclaux, el caso Lombard y el caso Garfunkel.

191

No me detendré en estos escandalosos procesos, que ahora sólo tienen interés retrospectivo, pero en los que ya actuaba visiblemente una fuerza asfixiante al servicio de Alemania. France Desclaux era un antiguo secretario de Caillaux. Reclutado en la intendencia, se sirvió de su cargo para desviar alimentos destinados a los militares, suministrándolos en grandes cantidades a una persona muy cercana a él, una conocida modista de la plaza Vendôme. Pillado in fraganti, fue condenado. La historia causó conmoción porque era la primera de este tipo. Quién iba a imaginar entonces que el propio jefe de Desclaux tendría que responder ante la justicia militar.

El caso de Lombard era más grave. Era un político vago, un médico moreno que, en complicidad con un tal Laborde, con rango de mayor, había organizado una verdadera oficina de reformas fraudulenta. A cambio de unos honorarios, les descubrían una enfermedad que les devolvería a la vida civil

en cinco años. Por supuesto, este Lombardo era amigo de Almereyda y colaboraba con el *Bonnet Rouge*. Cuando la justicia militar se apoderó de él, descubriendo al mismo tiempo toda la organización criminal que presidía, hubo una explosión de furia en el periódico subvencionado por Malvy. Estos señores del chantaje, la estafa y la traición amenazaron sucesivamente a investigadores, jueces y periodistas que tenían la osadía de atacar a un "buen republicano" como Lombard, promotor de una conmemoración de Rouget de Liste que había tenido un éxito mediocre. Pero el pobre Rouget de Liste no tenía nada que ver. Durante un mes, todas las tardes, aparecieron artículos chismosos o amables, a veces destinados a aterrorizar, a veces a ablandar a los hombres del deber que retenían a Lombard y nunca le dejaban marchar. Fue severamente condenado, al igual que su cómplice Laborde, y en este mismo momento debe de estar ocupado tejiendo zapatillas de orillo en alguna casa de reclusión. Me contaron que se hicieron grandes esfuerzos para eximir a Laborde, un oficial médico, de la tediosa formalidad de la degradación militar. Al final, fue licenciado, pero juró que la sociedad le pagaría por ello.

193

La vida de Garfunkel, que se hacía llamar "Doctor Georges", y que había empezado como músico de mandolina y acabado como un complicado estafador, era una auténtica novela. Lo más curioso de la novela era la facilidad con la que este caballero de todas las industrias criminales conseguía que se le acercaran ciertos altos mandos policiales, los mismos que protegían y flagelaban a Almereyda. Cuando el gato estaba fuera de la bolsa y el general Glergerie estaba decidido a tomar medidas sin piedad, Garfunkel decidió huir a Suiza, reunió a sus camaradas en un banquete fraternal en la Gare de Lyon. Algunos de ellos, encargados de investigar su caso y habiendo recogido testimonios condenatorios, habían truncado la investigación y falsificado los testimonios para implicar a las autoridades militares. Se descubrió el pastel, pero no se les castigó. Un ingenuo senador llamado Grosjean se había interesado por Garfunkel, que se le presentaba como la víctima agonizante de una terrible injusticia, y le había ayudado a cruzar la frontera. Más tarde admitió que se había dejado engañar por una comedia bien interpretada. Por mi parte, siempre he pensado que el caso del tal Garfunkel era aún más oscuro de lo que creíamos y que esos viajes a Suiza tenían un propósito traicionero muy definido. Pero las cosas no se llevaron al límite, como suele ocurrir cuando se llega a compromisos en torno a un asunto de cierta magnitud.

194

Mi colega Leroy-Fournier, redactor jefe de *Action Française*, tiene el honor de ser el primero de la prensa en desenmascarar y confundir a Garfunkel.

El asunto Desclaux fue un indicio de la decadencia del clan Caillaux, el asunto Lombard de la podredumbre del *Bonnet Rouge*, el asunto Garfunkel de la podredumbre de una parte de los altos mandos de la policía. Un gobierno sensato, a partir de ese momento, habría tomado medidas draconianas de limpieza y depuración que habrían evitado muchas desgracias posteriores. Pero, aparte del servicio de inteligencia de París, fui el único que en aquel momento señaló en la prensa las formidables maniobras del espionaje enemigo dentro del país, y sólo un diputado en el Senado, el valiente señor Gaudin de Villaine, apoyó enérgicamente mi campaña.

195

En aquella época, el comandante Baudier, consumado técnico en el campo del espionaje y buen conocedor de la red alemana, había observado el metódico trabajo de la gran compañía de seguros *Victoria zu Berlin*, que mantenía aquí un personal sospechoso. Expulsado de su puesto de salvación nacional en las abominables circunstancias que he descrito, el comandante tuvo que abandonar su investigación con el corazón encogido. Unos meses más tarde, Georges Prade, escribiendo en *el Journal* —del que aún no se sabía que había sido presa del capital alemán de Lenoir, Desouches y Bolo—, inició una interesante campaña contra los "Boches de París", en la que acusaba a Victoria. Al día siguiente recibió la visita de Almereyda, que dio fe de los sentimientos franceses del director del Victoria. Tres días más tarde, Malvy ordenó a Charles Humbert que pusiera fin a la campaña, que sólo había consistido en tres o cuatro artículos documentales. Estos hechos están llenos de enseñanzas.

Aparte de los propios remanentes alemanes y austriacos, que recobraron el valor y el ardor gracias a la impunidad y formaron el consorcio de *la Gorra Roja*, logré detectar varios focos de maniobras bohemias en París, bastante hábilmente disimulados t

196

- 1° En ambulancias y centros sanitarios;
- 2° En hoteles lujosos e importantes;
- 3° En determinados salones.

Es muy lamentable que, desde el principio de la guerra, las autoridades responsables no crearan un cuerpo de policía especial para todos los establecimientos, incluso los más honorables, donde se atendía a los heridos

y se acogía a los convalecientes. Estos organismos son fuentes de información de primer orden. Los que han sido operados, los que están medio curados y los lisiados hablan con facilidad. El reconocimiento abre los corazones y suelta las lenguas. ¿Cómo desconfiar de la encantadora señora que asiste al comandante y luego viene a pasar el día en la cama del enfermo o deprimido? Teniendo en cuenta los inevitables errores, puedo calcular que he recibido más de veinte informes sobre personajes sospechosos o turbios de ambos sexos que se han colado en las unidades sanitarias del frente, o en París, o en la costa mediterránea, o en la costa vasca. Convencido de la inutilidad de acercarme a unos funcionarios decididos a no actuar, a no hacer caso de mis advertencias, dejé a un lado estas notas. Son valiosas en más de un sentido. Permiten cotejar muchas cosas. Debe haber habido una cierta centralización de la información recogida en las ambulancias y luego transmitida a los alemanes. Usted me dirá que esto es difícil de prevenir. Pero no lo es. No es difícil eliminar, bajo educados pretextos, a una veintena de ovejas negras, conocidas y denunciadas como tales.

197

El gran escándalo hospitalario o de las ambulancias de la guerra aún no ha estallado. Pero sigo esperando que ocurra, y me sorprendería mucho que las hostilidades terminaran sin él. Comprenderán que no insista más. Esta aprensión no desmerece en absoluto la cantidad de admirable, inaudita, ilimitada devoción que las gentiles mujeres de Francia, nacidas en Francia de padres franceses, de todas las edades y condiciones sociales, han prodigado en los últimos cuatro años. La oveja negra especuló con la indignación de los ingenuos ante tal suposición: "¡Oh, el abominable espionaje, qué calumnias no hace proferir!

198

Varios hoteles suntuosos del centro de París, con su lujo horrible y ruidoso que apestaba a Boche, servían de lugares de encuentro para la gente del *Bonnet Rouge*, *la Tranchée* Républicaine, los Almereydas, los Rabbats y los intermediarios de suministros militares. Era un negocio lucrativo, parecido al chantaje, a menudo complicado por el comercio con el enemigo, y que alimentaba bien a su hombre. Las mujeres galantes solían aderezar estos tratos, siempre costosos para el Estado, y hacían menos áridas las transacciones. Al principio de la guerra, todo debía improvisarse. Por tanto, no es razonable culpar a los Millerands y a los Albert Thomases, que recurrieron a todos los proveedores voluntarios, y muchos de ellos individuos turbios o locos. Pero desde el punto de vista de la Defensa

## Capítulo VIII. Lo que amenazaba al país (*continuación*)

Nacional, esta precipitación forzada en la elección de los proveedores tuvo consecuencias desafortunadas. Por la brecha así abierta, consecuencia de nuestra falta de preparación militar, se colaron en la plaza individuos peligrosos, algunos a sueldo de los alemanes.

En cuanto a los salones derrotistas, volveré sobre ello en las páginas siguientes.

## CAPÍTULO IX

### EL ASALTO A LA MORAL FRANCESA

(Abril, Mayo, Junio 1917.)

Hay indicios ciertos de que los alemanes habían sido advertidos de nuestro plan de ofensiva general en abril de 1917 y que, por su parte, habían puesto en movimiento a todos sus agentes para una ofensiva de disociación interna que abarcaría los meses de abril, mayo y junio de 1917. En la medida en que lo permitía la censura, yo venía señalando esta posibilidad desde hacía seis meses en *Action Française*. Mis advertencias molestaban a demasiados intereses turbios, poderosamente alineados. No fueron escuchadas.

A título de documentación, he aquí un artículo aparecido el 24 de abril de 1917 en la cabecera de nuestro periódico, en el que resumía los peligros que representaba *el Bonnet Rouge*, con cierta moderación destinada a los magistrados de la Quinta Cámara Correccional (Presidente du Bousquet de Florian) ante los que Almereyda nos había convocado. Nunca llamamos a este órgano alemán en París otra cosa que el Torchon, y dimos al agente de la traición Almereyda su verdadero nombre de Vigo:

200

### UN PERIÓDICO COMO POCOS

«LE TORCHON» DEL SEÑOR CAILLAUX

*Al Sr. de Momie, abogado y diputado,  
para edificarle sobre sus clientes.*

Como la gente de *Le Torchon* ha tenido el descaro de llevarnos ante el Quinto Tribunal Penal por "difamación", hoy voy a presentarles, sin comentarios, a las principales personas que han defendido a los espías

alemanes del Imperio alemán y al Clan des Ya durante tres años de guerra en Francia, y con impunidad. El público francés será el juez. Como recordatorio, tres días antes de la movilización, Vigo, conocido como Almereyda, despreció al ejército francés en los bulevares, y durante el día sirvió de guardaespaldas a M. Joseph Caillaux en el juicio de la dama del revólver.

201

Director: condenado de derecho común (robo, fabricación de explosivos, incitación al asesinato, injurias al ejército) Vigo dit Almereyda, confidente de la policía, que apenas sabe leer y escribir, nacido en Béziers el 8 de enero de 1883 y licenciado del ejército: confesó haber viajado a San Sebastián, foco del espionaje alemán, en junio de 1916, pasaporte 11704, para fundar un periódico bilingüe. Hay que señalar que este viaje coincidió con la llegada a Cartagena del submarino *U-35*, el famoso devastador alemán. Vigo, conocido como "Almereyda", afirma que fue incapaz de llegar de San Sebastián a Cartagena en tres días. En cualquier caso, es posible que un emisario alemán le llevara un paquete de Cartagena a San Sebastián, o instrucciones, pero esto también está por verificar. Hay que señalar que cuando el agente alemán, Gaston Routier, intentó fundar en Madrid un periódico proalemán en francés, *el Journal de la Paix*, Vigo salió primero en su defensa y anunció, primero en la prensa, que Routier, desenmascarado, renunciaba a su proyecto criminal. ¿No era el periódico planeado por Vigo en San Sebastián el primer intento del periódico planeado por su cómplice Routier en Madrid? Sólo el príncipe Ratibor, embajador alemán en Madrid, pudo darnos alguna información al respecto.

Primer director: Émile-Joseph Duval, llamado "Darbourg", conocido como "Mondor", antiguo redactor de la Assistance publique, de la que tuvo que dimitir en 1887. Admitió en la vista que desde la guerra había viajado varias veces a Suiza como liquidador de la Société des Bains de Mer de San-Stéfano. Esta sociedad, formada principalmente por agentes de espionaje alemanes y turcos, tenía vínculos con la empresa alemana de espionaje automovilístico Benz de Mannheim. Estaba presidida por el príncipe Karl de Isenburg, Mannheim, y entre sus miembros figuraban Flinsch de Fiancfort-sur-Mein, el banquero Marx, Mannheim, y el diputado turco-boche Zia Baldji. Hay razones para suponer que mientras Vigo manejaba dinero alemán en San Sebastián, Duval, conocido como Darbourg, se entendía con Marx en Zurich. ¡Qué conmovedor uso de los países neutrales!

202

Segundo director: Émile Marion, tres condenas por desertión y fraude.

Pasemos a los colaboradores y simples acólitos:

.....

Thomas Henri, conocido como Harry Goddard, detenido por tráfico de estupefacientes, deportado y detenido de nuevo por incumplimiento de la orden de expulsión. En un momento dado, Vigo, su cómplice, le chantajea en *Le Torchon*.

Jean Goldschild, condenado por incitación al asesinato.

.....

Gabriel Rabbat, banquero, 18, rue Laffitte, ex socio del estafador Zucco. Este judío sirio, que fue uno de los apoyos de Vigo, se dedicó a pasar valores robados por los alemanes en nuestros departamentos ocupados. Asociaba el robo con la traición. Hace unas semanas, Rabbat fue detenido y encarcelado en Suiza. El gobierno suizo está examinando actualmente la solicitud de extradición de la policía francesa, aunque muy lentamente. Este asunto de Rabbat está causando al gobierno alemán una vergüenza considerable, y voy a explicar por qué.

203

D<sup>r</sup> Lombard, consejero del arrondissement, diez años de trabajos forzados por reformas fraudulentas. Fue Lombard quien propuso la idea de celebrar una fiesta para Rouget de Lisle en *el Torchon*. Lombard también es conocido como médico abortista.

Henri Guilbeaux, conocido como "James Burkley", corresponsal de periódicos parisinos antes de la guerra. Director de la revista francófona Boche. *Demain*, publicada en Suiza y prohibida en Francia. He insistido lo suficiente en el papel de Guilbeaux como para no tener que volver sobre él hoy.

Esta lista, indiscutiblemente exacta, está incompleta. Tal como está, da una idea del incalificable cuerpo que, aparte de un gran número de suspensiones de ocho a cuatro días por desvergonzadas campañas proalemanas, siguió gozando, sin embargo, de la más completa inmunidad. Cuando Vigo, conocido como "Almeryda", cuando Duval, conocido como "Darbourg", conocido como "Mondor", solicitaron un pasaporte para España, se les concedió inmediatamente. En un momento dado, según el propio Vigo, se habló en los consejos de gobierno de su detención y de la de sus socios. Al final, a estos señores se les dejó en paz y libres para seguir con sus negocios. Cuando hice expulsar a Ullmann del Comptoir d'Escompte, *el Torchon* hizo campaña a favor de Ullmann, naturalmente....

..... No pasa un día sin que Maurras y yo tengamos el gran honor de ser insultados por esta escoria, en los mismos términos y sobre los mismos temas que se utilizan contra nosotros en la *Gazette des Ardennes*, el *Frankfurter* y el *Berliner Tageblatt*. Parece mentira que estas hojas fecaloides reproduzcan clichés prefabricados.

Sorprendentemente, la mayoría de los redactores y colaboradores de Le Torchon, encabezados por Vigo, son jóvenes y robustos tipos en edad militar —Vigo me amenazó públicamente con su marronazo, lo que me divertió mucho—, pero por una serie prodigiosa de éxitos, todos ellos escaparon al servicio armado e incluso al servicio auxiliar. Al principio de la guerra, cuando los antipatriotas lo estaban pasando mal, Vigo dijo

"Almeryda" habló de implicarse. Fue rechazado, según nos contó él mismo, por M. Malvy, que consideraba más útil su acción en París. En mi humilde opinión, esto fue un pequeño error. El único beneficio que resultó de mantener a Vigo en su movilización civil al frente del Torchon, fue permitirle hacer una fortuna en tres años; porque este antiguo claqué-savates de la Petite Roquette tiene ahora una lujosa instalación en París, una villa en Saint-Cloud, una villa junto al mar, pieles impresionantes y varios coches, con muchos diputados tuteándose... El liberal siempre ha tenido cierto respeto por el apache, desde la gran Revolución.

Una vez más, el público y los tribunales tienen ahora la respuesta.

Léon Daudet.

El gobierno de entonces no puede, pues, alegar que no estaba avisado. Había tenido cuidado de indicar, con ligereza, los principales distribuidores de información al enemigo: Almeryda, Marion, Duval y Guilbeaux.

El 15 de marzo, en plena preparación de la ofensiva, el General Lyautey, Ministro de la Guerra, cuya admirable labor en Marruecos es bien conocida, se vio obligado a dimitir. Su delito fue haber expresado, en términos moderados, el temor de que se divulgaran las actas de las reuniones del comité secreto en la Cámara. Ahora sabemos que fue Duval quien se encargó específicamente de comunicar estas actas al enemigo. Basta con ver las fechas de los pasaportes que se le expidieron o renovaron para darse cuenta de ello. En cuanto a la información general sobre la ofensiva, por lo que pudo averiguar, el propio Almeryda estaba al mando, bien en Suiza, donde

se había puesto en contacto con Rosenberg, bien en España. Henri Guilbeaux —conocido como "André Le Faivre" o "James Burkley"—, que era *persona grata* para el gobierno alemán, se encargaba de idear maniobras derrotistas y de comprobar las afirmaciones de los *Sombreros Rojos*. Guilbeaux, que estaba cerca de Lenin y mantenía correspondencia con la amante de Braunstein, conocida como Trotsky, en París, también se encargaba de que el germanismo francés y el bolcheviquismo ruso estuvieran en sintonía. El instrumento de la traición estaba así perfectamente afinado.

206

El caso del general Lyautey, visionario de estos crímenes ocultos al gran público, es por tanto análogo al del general Clergerie, sacrificado en los despachos del Ministerio del Interior y del *Bonnet Rouge*, que vieron en él al responsable del envío del espía Kovacs al campo de concentración y de la detención de Desclaux y de los doctores Lombard y Garfunkel. El general Clergerie, en 1914-1915 y a principios de 1916, y el general Lyautey, en 1917, habían visto a través de la guerra total la necesidad de enfrentarse al sistema de espionaje alemán. Esta fue la causa de su desgracia, cuyo peso aún soporta Francia.

Por otra parte, el 29 de marzo de 1917, el académico Ribot, que se había convertido en el sucesor de Briand en la presidencia del Consejo, pide a Malvy que se una al comité de guerra. *Le Bonnet Rouge* felicitó calurosamente a Ribot por su iniciativa. El acontecimiento pareció menos afortunado a varias personalidades políticas. El 15 de mayo de 1917, el senador Jenouvrier presentó al Senado un retrato esquemático del miembro ideal del Comité de Guerra:

207

Viviendo sólo para la guerra, para la guerra, con la mente siempre concentrada en ella, prohibiéndose *cualquier placer, cualquier distracción* susceptible de distraer su mente de la formidable tarea que ha aceptado, llevando una vida sencilla, casi austera, teniendo pocos conocidos, evitando las familiaridades que permiten preguntas indiscretas y a las que el silencio que las acoge, o los juegos faciales que provocan, constituyen a veces una respuesta peligrosa.

Observo esta curiosa cita en el notable *précis* de Marie de Houx sobre el *derrotismo* y las *maniobras proalemanas*, publicado recientemente con este título por la Nouvelle Librairie Nationale<sup>2</sup>. También hay que consultar el magistral libro de Maurras *La blessure intérieure* y la obra maestra de

---

<sup>2</sup> Nouvelle Librairie Nationale, II. rua de Médecis. Paria. 1 vol à 1 fr. 50.

Georges Valois *Le Cheval* de Troie sobre las maniobras alemanas en el interior. Junto con el ya clásico *En regardant au fond des crevasses*, de Barrés, es todo lo que conozco impreso sobre la cuestión que es la base misma de la guerra europea y que casi todos los líderes de esa guerra, excepto Clemenceau, han ignorado. Por eso, cuando me preguntan qué pondremos en las lápidas de esos dirigentes —y me refiero a las de los mejores—, respondo con certeza: ceguera. Algunos pensaban que era una guerra de posiciones, otros una guerra de equipos, otros una guerra por la posesión del Este con emplazamientos en Europa. Casi nadie quiso ver que la palanca principal de esta guerra era, por parte alemana, la maniobra dentro de los países aliados. No fue hasta la catástrofe rusa cuando unos pocos empezaron a darse cuenta de ello.

208

Esta maniobra, en vísperas de nuestra ofensiva de abril, se apoyó en la banda de *la Gorra Roja* de nuestro país, en los protectores y patrocinadores de esta banda, entre ellos Bolo Pacha, no lo olvidemos.

A través de las lanzaderas de Almereyda y su gente, los alemanes supieron a tiempo :

- 1° Lo que preparaba el Cuartel General;
- 2° Lo que se dijo en la Cámara en comisión secreta;
- 3° Lo que se hizo en las comisiones;
- 4° Lo que ocurría en el Comité de Guerra.

209

La más mínima indiscreción se convertía así en delito, incluso sin que los autores lo supieran. El enemigo nos veía y nosotros no le veíamos. No es éste el lugar para detenerse en la forma extravagante en que se dirigía nuestro (i!) servicio de contraespionaje, bajo la dirección del capitán Ladoux, antiguo administrador de *Le Radical*. Habría para escribir todo un volumen sobre las demenciales u odiosas decisiones tomadas por Ladoux contra un Bülow, un Hohenlohe, un Bernstorff, un Jagov, un Rosenberg, un Marx, un Isenburg, un Heinemann, un Ballin, un Rathenau, un von Plugk, un Gebattel, el inmenso ministerio alemán de disociación interna. No es que ninguno de estos alemanes, tomados por sí mismos, sean hombres de genio. Pero su asociación era estrecha, estaban directamente controlados por el Emperador —que los recibía en pie de igualdad con sus generales en jefe— y disponían de un capital ilimitado.

210

Aparte de la banda de *Bonnet Rouge*, del clan Desouchcs-Lenoir, principalmente adscrito a Hohenlohc, y de los intentos de corromper la

prensa, de los que Bolo Pacha era el hombre del dinero, en marzo de 1917 existía en París toda una red clandestina de derrotismo, lo que podríamos llamar una segunda zona: Esta zona comprendía varios salones, cinco o seis establecimientos financieros, algunas minorías socialistas en el Parlamento y un enjambre de metastas, admiradores voluntarios o estipendiarios de Alemania, rusos, españoles, suizos, sudamericanos, la mayoría de los cuales estaban implicados en los asuntos comerciales, industriales, intelectuales y políticos alemanes. Era una verdadera red, que iba desde la más clara intención criminal hasta la inconsciencia difusa, y que ofrecía todos los grados y matices de frivolidad, miedo y venalidad.

Entre estos salones, elegiré dos —que designaré por las dos primeras letras del alfabeto, A y B, para no poner celoso a nadie— en los que el daño lo hizo la estupidez homicida mucho más que la malicia.

211

En A —que desempeñó un papel bastante turbio en la época del asunto Dreyfus— frecuentaban avisperos parlamentarios, funcionarios de la antesala ministerial y eruditos. Añádase a eso una docena de ociosos, charlatanes, gente de mundo que se asusta fácilmente, perdices y pavos, de los que yo llamo salonnards. Se trata de un ejercicio terriblemente peligroso, cuando cada una de estas críticas tiene su propia extensión y repercusiones políticas, y corre el riesgo de perturbar y desordenar la delicada maquinaria del alto mando. Cuando todas las disposiciones han sido tomadas, y a conciencia, cuando hombres probados por la victoria han puesto toda su experiencia y todo su cuidado en el plan, que consideran el mejor, es abominable perturbarlos de su trabajo, intentar hacerlos dudar de sí mismos por un murmullo. Desgraciadamente, hay demasiada gente que no entiende esto. ¡Dios nos libre de mezclarnos en todo en tiempos de guerra!

Se ha dicho que, en los círculos populares, las falsas leyendas circulan rápidamente; esto es cierto. La tensión belicosa de ciertas almas, en contacto con la tensión angustiada de otras, produce esta fricción vibratoria, sobre la que corre una invención absurda y minuciosa con la velocidad de un tren expreso. Cuanto más espantosa y contraria al sentido común es la noticia, más se difunde y penetra. Pero cuando se pone en marcha, el medio de los salonnards produce emotivamente noticias mucho más abracadabrantas, que ganan en autoridad con la ilusoria notoriedad de sus autores. Porque aquí se recurre al testimonio de supuestos técnicos, personas competentes que están al corriente, pero que no se lo hacen creer, y que afirman, bajo juramento, haber oído tal o cual comentario, tal o cual anécdota, tal o cual dato de las

altas esferas. Añádase a esto el hecho de que la cortesía prohíbe esta contradicción demasiado brusca, apelando al ridículo, que una mente firme puede y debe oponer a la palabrería y al pánico de la calle y del mercado. En tiempos de guerra, los hombres malos recurren a los cuentos de viejas.

212

El deporte de B., desde el primer día, fue apoyar la revolución rusa. No había israelita germano-eslavo en el entorno de Lenin o de Trotski que no tuviera allí su sitio y su escupidera y, entre pera y queso, no pusiera a caldo el zarismo degradante y el democratismo indispensable para la victoria. Ralentó e incluso, se dice, subvencionó de vez en cuando esta locura. Cuando aparecieron los primeros, todavía tímidos, soviets, cuando se difundieron noticias de ellos, se produjo un frenesí. Un nuevo amanecer se abría sobre el mundo. La gigantesca lucha no podía menos de terminar en un abrazo general de los obreros, abandonando el trabajo de municiones, y de los soldados deponiendo las armas, tanto en Alemania y Austria como en los países de la Entente. El Soviet... ¡el nuevo Mesías, el Salvador laico, celebrado en tono inspirado por los profetas barbudos y peludos de la rue Mouffetard y del Marais! Cualquiera que se atreviera a plantear una tímida objeción, en nombre de la necesidad superior que impone la disciplina en tiempos de guerra, era inmediatamente rechazado por la fuerza. La segunda vez que hacían una incursión, al impertinente o impertinente se le mostraba el camino de la puerta. Kerensky era visto como un burgués desafortunado, perdido por los prejuicios reaccionarios, como le llamaban los bolcheviques, un "exterminador". Su caída fue recibida con vítores. Pocos días después, estaba desilusionado. Pero el amor propio está tan profundamente arraigado en el corazón de los ilusionistas que, incluso ahora, B no reconoce su error y deplora el hecho de que la Magnífica Causa se haya visto disminuida y arruinada por la incomprensión de los franceses, los ingleses, los italianos y los americanos.

214

Lo que ya he dicho sobre los bancos que permanecieron en contacto con Alemania, a través de Suiza o de cualquier otra manera, me dispensa de insistir en el papel eminentemente perjudicial que desempeñaron casi inmediatamente después de la victoria del Marne, y cada vez más, hasta el período del mal trimestre primaveral de 1917. Aquí se desarrollaba un trabajo subterráneo, sobre el que el proceso Bolo arrojó un rayo de luz, pero sólo en un compartimento. Desde aproximadamente 1907, la gran preocupación de Guillermo II y su entorno había sido nacionalizar la banca

alemana en la medida de lo posible, desnacionalizando las finanzas y la banca francesas. Los directores del *Deutsche Bank*, del *Dresdner Bank* y del *Disconto* eran convocados periódicamente por él, con vistas a tomar medidas inmediatas en caso de emergencia. Sabemos lo que significa este lenguaje: es el estado de peligro de guerra financiera, el "Kriegsgefahrzustand" del metal. Ya he mencionado en otro lugar el importante papel desempeñado por Heinemann y Salomonsohn. Estos dos directores de orquesta daban al mismo tiempo las órdenes y el impulso a los bancos de Dresde y Hamburgo, que estaban vinculados entre sí, a pesar de su competencia, por una serie de cárteles y trusts. Es bien sabido que las finanzas alemanas eran las más aventureras del mundo, sobre todo en materia industrial y química. Este apetito por el riesgo se veía compensado por las alianzas ofensivas y defensivas entre las principales plazas comerciales del Imperio frente a las finanzas inglesas y americanas, que aún no se habían unido al Deutschtum.

215

En Francia había comenzado una lucha épica por la cotización de los títulos del Estado alemán en la Bolsa de París. Un relato de las maniobras llevadas a cabo con este fin por las finanzas y la política alemanas ocuparía todo un volumen. Debería intentarlo un profesional que también esté familiarizado con el periodismo. Porque es a través del periódico de gran tirada, conocido como periódico de "grandes noticias", y por lo tanto neutral en apariencia, como se puede apoyar una campaña de este tipo. Esto no se hace directamente, sino indirectamente y por la puerta de atrás, mediante insidiosos comunicados de prensa y consultas a personas supuestamente competentes cuyas narices asoman por las gafas de oro. ¡Cuántas veces, antes de la guerra, hojeando con ojo distraído —aunque atraído por las intenciones— una hoja casi indiferente a la política y a las relaciones exteriores, me sobresalté al ver una frase aparentemente inocua, en un hilo falsamente inocente, en el que aparecía el casco con púas dispuesto a recoger el dinero de los contribuyentes franceses! Porque sabía demasiado bien a qué empresas metalúrgicas y preparativos belicosos se destinaría finalmente el oro de este llamamiento.

216

Era imposible que la guerra, incluso una guerra total y sin cuartel, rompiera de repente estos lazos liliputienses, cuidadosamente tejidos por la industriosa Alemania. Quedaba, en el mundo de la Bolsa, un hilo, si no alemán, si no germanófilo, al menos dispuesto, a cada paso, a entenderse con el enemigo. El nombre de Caillaux personificaba esta tendencia, porque

durante su estancia en el Ministerio de Hacienda se había burlado de las finanzas alemanas. Pero no era el único. Había otros, menos conspicuos. También los hubo, hay que admitirlo, que opusieron una feroz resistencia a esta forma especial de invasión y que, además, comprometieron su credibilidad política en el proceso.

217

Si, desde las alturas de las finanzas internacionales, descendemos al fango de los metagrupos sospechosos, cuidadosamente preservados en París por la escandalosa benevolencia del Ministro del Interior entre agosto de 1916 y junio de 1917, comprenderemos aún mejor el ataque de fiebre malsana, afortunadamente muy efímera, a que me refiero. Para que no se me acuse de exageración sistemática, cedo la palabra a mi colega, muy moderado pero muy conciencizado y muy patriota, *el Petit Journal*, que informó de un debate muy reciente en el Ayuntamiento sobre esta grave cuestión de los extranjeros. Fue M. Le Corbeiller, concejal de la ciudad, quien llamó la atención de sus colegas sobre un peligro denunciado desde hacía tiempo por *Action Française* y toda la prensa nacionalista, pero negado descaradamente por los responsables. El extracto que cito es del 2-3 de marzo de 1918, publicado en la mañana del día en que los alemanes empezaron a bombardear París con un obús de muy largo alcance. Cuesta creer el valor dramático de las líneas que vamos a leer, cuando las releemos al son de los cañonazos:

218

## DEMASIADOS EXTRANJEROS EN PARÍS

SE TRASLADA AL AYUNTAMIENTO.  
EXIGE MEDIDAS DURAS

En el Hôtel de Ville tuvo lugar un gran debate sobre una pregunta formulada por el Sr. Le Corbeiller al Prefecto de Policía acerca de la situación de los extranjeros en París.

Como miembro de la Comisión de Extranjería de la Prefectura de Policía y concejal del distrito IV<sup>e</sup>, donde viven muchos extranjeros, ha constatado la insuficiencia de las medidas adoptadas. Antes de la guerra, esta situación ya preocupaba al Sr. Badini-Jourdin, concejal del distrito IV<sup>e</sup>; desde la guerra, la situación no ha hecho más que empeorar. Multitudes de personas sin patria han descendido a este distrito, y es imposible saber de dónde vienen. Viven del campo y no pagan impuestos. Rechazan el servicio militar y hacen la vida

insuportable a las esposas de los reclutados. Se reúnen en cafés cosmopolitas, en los que los consumidores franceses no se atreven a entrar. Se hacen pasar por rusos y fingen no saber francés, para que no se les pueda interrogar. Reclaman todos los subsidios de ayuda. El ayuntamiento del distrito IV ha denunciado todos estos incidentes. Cada día, los extranjeros ocupan el lugar de los franceses en los trabajos que solían hacer.

Se tardó casi siete meses en empezar a aplicar el decreto sobre los extranjeros, que data de abril de 1917, y desde el principio se observó una tendencia hacia una amplia tolerancia. Los expedientes presentados a la comisión carecen de valor y los inspectores encargados de este delicado trabajo no pueden gestionarlo. Hay 300.000 expedientes y sólo se distribuyen 25 cada semana para que los estudien los miembros de la comisión.

Los avalistas nombrados por los extranjeros casi nunca existen, la familia casi siempre está en el extranjero — no hay verificación posible. Sin embargo, si se busca un extracto de los antecedentes penales, a menudo se encuentran condenas.

Los miembros de la comisión que expiden tarjetas a ciudadanos extranjeros están muy preocupados por incurrir en responsabilidades de este tipo.

La tarjeta verde está fuera de control. Es muy peligroso. Los extranjeros son un peligro para la vida pública; el día que haya un poco de ruido en la calle, habrá disturbios creados por extranjeros en varias partes de París.

El Sr. Galli se hizo eco de las palabras de su colega, protestando contra la presencia de un hampa "que no ofrece garantías y que, en determinadas circunstancias, puede estar al servicio del enemigo".

El Sr. Aucoc, el Sr. Georges Fiant y el Sr. Louis Dausset dijeron lo mismo.

El Prefecto de Policía reconoció que había 150000 expedientes que estudiar. Ha aumentado el número de miembros de la comisión y aceptará de buen grado todas las deliberaciones de la asamblea y las presentará al gobierno, pidiéndole que las apruebe.

El Sr. Le Corbeiller señaló una vez más que devolver a las personas a los campos de concentración sería más útil que estudiar los expedientes.

Por último, se aprobaron varios órdenes del día:

1° Del Sr. Le Corbeiller invitando al Prefecto de Policía a solicitar del Gobierno poderes más amplios que le permitan poner remedio inmediato al peligro que representa para la paz pública la invasión de extranjeros en ciertos barrios de París;

2° Del Sr. Henri Galli, como sigue :

"El Consejo expresa su deseo de que se denieguen o retiren todos los permisos de residencia y tarjetas de identidad a los extranjeros que no estén en posesión de ningún documento de identidad o certificado de origen y

nacionalidad auténticos.

"En caso de que el extranjero no pueda presentar estos documentos debido al estado de guerra, se le podrá conceder un permiso de residencia renovable por un periodo de tres meses sobre la base de un certificado de honorabilidad redactado por escrito por dos testigos acreditados que garanticen que dicho extranjero no es en modo alguno sospechoso desde el punto de vista nacional y que sus recursos (ingresos o trabajo) son conocidos y regulares".

Por último, los Sres. Le Corbeiller, Ambroise Rendu, Adrien Oudin y Henri Galli hacen llegar a la administración una propuesta en la que solicitan que los permisos de residencia expedidos a extranjeros se renueven cada seis meses y que se cobre un impuesto de 20 francos.

221

Desde principios de 1915, la colección *Bonnet Rouge* contiene un gran número de artículos en alabanza de este método inaudito, que consistía en expedir permisos de residencia en tropel, no sólo sin ninguna forma de control, sino rechazando sistemáticamente cualquier intento de control o cualquier propuesta de control. Para que se haya llegado a la cifra de ciento cincuenta mil, ciertamente tuvo que haber mucha complacencia, pero también tuvo que haber una oscura y lejana intención de multiplicar de esta manera nuestros metagrupos. ¿En qué momento? En un momento en que la atmósfera trágica de la guerra exigía, por el contrario, en interés nacional, que se limitaran y que se examinaran cuidadosamente sus solicitudes.

Que quede claro: no estoy afirmando que todos estos permisos de residencia fueran obtenidos por personas simpatizantes del enemigo. Sin duda había gente inofensiva. ¿En qué proporción? No lo sé. Lo que sí sé es que, durante tres años, mi correo diario llamó mi atención sobre una docena de estos miembros favorecidos de las altas esferas de la administración, como personas sin moral, abiertas a todas las tentaciones y dispuestas a transigir. Paris tiene un carácter admirable. Soporta las dificultades con estoicismo. Parecía como si una fuerza maligna tratara de acumular en su seno los elementos disponibles del desorden, esa masa flotante y desapegada que siembra el pánico y el desánimo.

222

No cabe duda de que estos 150.000 permisos de residencia, o al menos algunos centenares de ellos, los más audaces y dañinos, desempeñaron un papel en la agitación de mayo y junio, que precedió y acompañó a los intentos de motín militar en la zona del ejército. Los periódicos de la época dieron los nombres de varios italianos y españoles detenidos con ocasión de

huelgas, en las que intentaron desempeñar el papel de líderes. El número habría sido mayor si no se hubiera ordenado a la policía que perdonara la vida a los manifestantes en la medida de lo posible. Curiosamente, estas huelgas habían comenzado con paseos y quejas de enanos, que parecían inofensivos e incluso graciosos. Los transeúntes contemplaban divertidos un desfile de jovencitas que coreaban sus reivindicaciones de la semana inglesa y sus veinte céntimos. Luego, en el espacio de unas pocas horas, el asunto degeneró y se hizo evidente que este movimiento, que había comenzado siendo económico, estaba tomando gradualmente un aspecto político y derrotista. Se produjeron peleas. Afortunadamente, la prensa se mantuvo vigilante. Obligó a los dirigentes a intervenir y frenar en seco el desorden. A todas luces, ya era hora.

223

Desde la noche del primero de mayo hasta mediados de junio, se observó una relajación de la disciplina en ciertas partes de la zona del ejército francés, donde fue más o menos aguda. No es el momento de entrar en detalles, que sólo serán necesarios después de la guerra. Me limitaré a señalar el carácter simultáneo de estos fenómenos dispersos pero sincrónicos, carácter que no me permite creer en su espontaneidad. Allí donde se producían, había presencia de dirigentes de un tipo particular, venidos de París, y también copiosas libaciones de vino y alcohol, ofrecidas gratuitamente a los suboficiales y soldados por los amargados mercantilistas, poco acostumbrados a semejante largueza. Fue este último hecho el que me puso sobre la pista correcta y me permitió reconstruir y localizar la zona de excitación sistemática, evidentemente agrupada en torno al Ronnet Rouge. Para comprenderlo, hay que recordar que Marion dirigía una revista de vinos y era secretaria general del Syndicat des Bistrots, que agrupaba a mucha gente de bien. Almereyda, Goldsky y Marion tuvieron así todas las oportunidades de introducir diversos tipos de excitación en regiones cuidadosamente elegidas por ellos.

224

En resumen, había dos ediciones de la abominable hoja: una destinada a la retaguardia, que contenía los ejemplares exigidos por los censores —salvo en los casos de desobediencia flagrante, que pretendían crear una coartada—; la otra destinada a los ejércitos y que no tenía en cuenta las tachaduras de los censores. De este modo, las abominables excitaciones de "Monsieur Badin" podían producir todos los efectos que se proponían. Al mismo tiempo, los vendedores y distribuidores de este *Bonnet Rouge* sin marca

susurraban al oído de los compradores: "Es basura, amigo mío". Y, ya sabes, Almereyda, el director, está en el negocio del petróleo. No hay peligro de que te meta en líos cuando te da buenos consejos. Puedes hacerle caso. Hay pruebas irrefutables de que las cosas se hicieron así. Quienes lean los pasajes del libro de Sancerme, Siervos del enemigo, que fueron tolerados por la censura, tendrán una idea exacta de cuáles pudieron ser los pasajes cuya supresión exigieron. Me sería imposible dar aquí la menor idea: puro veneno dosificado por una mano experta. Se afirma que Duval se reconoció autor de estos siniestros papeles. Creo que a menudo se inspiraba en la Gazette des Ardennes. Se puede sentir el hedor de un renegado con un odio profundamente arraigado hacia Francia.

225

Por el cuadro general, en el que he dejado deliberadamente en la oscuridad algunos detalles importantes, queda claro que el asalto a la moral francesa en la primavera de 1917 había sido bien y verdaderamente combinado en todos los sentidos en que podía haber tenido éxito. La mano alemana, pesada y metódica, podía verse en cada toque. El enemigo había utilizado toda la influencia que aún tenía dentro de nuestro país. Sabemos que cualquiera que una vez se haya entregado al Mefistófeles alemán, ahora le pertenece por completo y ya no puede rechazar su ayuda. Hay circunstancias en las que el espionaje alemán ha entregado al hombre o a la mujer que se ha dejado desobedecer, que ha intentado sacudirse el yugo, que ha tirado de zanahorias o ha saboteado deliberadamente su trabajo. No estaría lejos de creer que éste fue precisamente el caso de Bolo, que se perdió dos veces: por la intervención en la guerra de América, inicialmente neutral, donde él operaba; y por su propia jactancia, cuando se jactaba de haber engañado a sus jefes.

## CAPÍTULO X

### CÓMO SE DESCUBRIÓ TODO

Conociendo el complot del enemigo, a sus agentes más activos y observando sus progresos durante muchos meses, me preguntaba, con angustia mezclada con curiosidad, cómo acabaría. Sólo había dos soluciones: o bien la progresión constante del derrotismo y la corrupción acabaría con la moral francesa, o bien se desencadenaría una reacción enérgica a causa de un acontecimiento difícil de conjeturar. Yo opté por la segunda salida, porque tengo una fe invencible en el destino de mi país; pero no dejaba de preguntarme qué velo cubría los ojos de nuestros gobernantes: "Bastaría", me dije, "con abrir los párpados, leer, escuchar las conversaciones, observar lo que ocurre". El ambiente ligero y animado que había seguido a la victoria del Marne y a sus legítimas esperanzas había dado paso a una atmósfera pesada y debilitante. Las conversaciones en las terrazas de los cafés, en el metro y en las calles ya no eran las mismas. El "Ya les cogemos" había dado paso a la sombría exclamación: "¡Esta guerra no puede acabar nunca! Se había creado una literatura especial, con la misión de denunciar al ridículo público —¡qué amargo, este ridículo! — a los que seguían anunciando la victoria final y animando al público, cada uno a su manera. Ciertamente, no niego que hubo excesos de optimismo al comienzo de las hostilidades. Una falta venial, comparada con lo contrario. En este choque de varios pueblos armados hasta los dientes, en sus fases cambiantes, en sus alternativas, caben todo tipo de errores y muchísimas meteduras de pata. Los trituradores de negro se metieron en ello como los trituradores de rosa, con el agravante de que no tuvieron en cuenta las posibilidades de éxito.

Recuerdo conversaciones con personas muy informadas en la época de la ofensiva alemana contra Verdún. La mayoría de ellos pensaba que sería difícil evitar la caída de la fortaleza, mientras que los soldados, menos informados pero guiados por un instinto seguro, coreaban su inmortal "¡Ne passeront pas! Una vez más, quedó claro que la confianza en el éxito es una parte importante del éxito. Mientras los muchachos no exageren a la hora de

atribuirse méritos imaginarios, ¿qué hay de malo en que pongan cara de valientes? Puesto que el que desanima no sabe más que el que anima, prefiero mucho más al segundo que al primero.

Así que el trabajo del espionaje boche y sus auxiliares enmascarados continuó en junio de 1917, cuando de repente, hacia el día 20 de ese mes, si no recuerdo mal, corrió el rumor de que el administrador del *Bonnet Rouge*, Duval, había sido sorprendido con un cheque de los alemanes en la frontera suiza. Duval, había sido sorprendido en la frontera suiza con un cheque de origen alemán. Se dijo que era un hecho reciente. En realidad, se remontaba al 14 de mayo de 1917. Hasta marzo de 1918 creí que había sido el capitán Ladoux, de la segunda oficina de inteligencia, quien había llevado a cabo esta incautación, y yo estaba agradecido a este funcionario, que por lo demás no gozaba de muy buena consideración, por el eminente e inestimable servicio que había prestado al país. Fue entonces cuando me enteré, gracias a un encuentro con el capitán Bessières, de que había sido él quien había enviado al servicio competente de París el famoso cheque que le entregó uno de sus subordinados en el control fronterizo. Durante muchos meses, Ladoux había aceptado la gloria de una hazaña que no era suya, y el capitán Bessières, ya fuera por modestia o por curiosidad psicológica, había guardado silencio. Este cambio en su carácter fue una revelación para toda la prensa, tanto más significativa cuanto que se produjo en un momento en que el propio capitán Ladoux se encontraba en la cuerda floja.

230

Durante varias semanas, había notado una especie de vergüenza en el tono del periódico alemán hacia nosotros. Aunque hubiera ganado el caso contra nosotros, debería haber reclamado la victoria y redoblado sus ataques. Nada de eso ocurrió. Evidentemente, estos señores tenían grava en los zapatos. En cuanto me informaron, me puse a averiguar lo que había sucedido y me enteré de que el cheque de quinientos francos del Banco Federal Suizo, librado contra el Banco Suizo y Francés, había sido embargado el 14 de mayo en Bellegarde. ¿Cómo se había sabido que esa suma procedía de Alemania? ¿Cómo se ha prolongado tanto este asunto? Ahora se sabe que el Presidente del Consejo, Ribot, no se enteró de la incautación del cheque hasta el 17 de junio, durante una conversación con el Prefecto de Policía, Hudelo. El 28 de junio, el Ministro de la Guerra y el Guardián de los Sellos, Viviani, se enteraron del asunto. La investigación, que pasará a los anales de la historia jurídica, se abrió el 2 de julio. La acusación seguía siendo únicamente la de comerciar con el enemigo. Entretanto, el Sr. Ribot se había

enterado del hecho característico de que el cheque había sido devuelto a Du Val, tras una gestión de Landau, aconsejado por Leymarie, jefe de gabinete de Malvy, ante el segundo despacho.

231

La trama estaba ahora muy clara para mí: pillado in fraganti, no por comerciar, sino por conspirar con el enemigo, Duval había tenido que utilizar su coartada de liquidar los *baños de mar de San Stefano*, y luego hacer comprender a Almereyda la gravedad de su situación si el escándalo salía a la luz. Probablemente fue para mantener el escándalo en secreto por lo que Landau, considerado menos "llamativo", fue elegido para el proceso de restitución. Si el suceso desplegaba sus consecuencias —y parecía imposible que no lo hiciera— íbamos a ser testigos de una serie de episodios insólitos. Mi primer pensamiento fue para Malvy, el segundo para Caillaux, el tercero para el Presidente de Bousquet de Florian, que nos había condenado a Maurras y a mí como difamadores de Almereyda. Recordé y recordé a los que me rodeaban lo que me había dicho alguien que sabía mucho sobre el papel y la importancia del director del *Bonnet Rouge*: "Si alguna vez cogen a este tipo, desaparecerá misteriosamente".

232

El 7 de julio, en la Cámara de los Comunes, Maurice Barrés, interpelado por un diputado durante una intervención de Malvy, lanza contra el ministro su siempre célebre apóstrofe sobre "los canallas del *Bonnet Rouge*". El inamovible Ministro del Interior se tambaleó bajo el impacto. Sus problemas no habían terminado. Fue el 22 de julio siguiente, en el Senado, cuando Clemenceau pronunció su todavía incompleta pero impresionante acusación, que incluía la muy citada frase: "Le reprocho, señor Malvy, haber traicionado los intereses del país". Merece la pena leer y releer estas páginas de ardiente y contenida elocuencia, publicadas por Payot en un librito naranja, editado por *l'Homme Libre*, luego *l'Homme Enchaîné*. Psicológicamente, Clemenceau, que había vivido las desgracias de 1970, era profundamente consciente de las duras y mucho más sangrientas realidades de la guerra de 1914. Sentía, con cada fibra de su ser, la gran piedad del combatiente que se esfuerza y lo sacrifica todo, mientras en la retaguardia bandidos como Almereyda, Duval y sus protectores le apuñalan por la espalda. Es este sentimiento sin afectación el que hace que la altiva belleza de este discurso, el mejor de su carrera, "no sea tanto delicada y peinada como vehemente y brusca". En aquel momento, el viejo republicano estaba lejos de conocer todo el papel de Malvy y Almereyda, pero un instinto seguro le decía lo

importante que era: puso el dedo en la llaga supurante con la audacia de un gran cirujano. Era la primera vez que tales hechos sobre el antipatriotismo y sus estragos se agrupaban y se presentaban al público francés, así como al público político. La impresión fue trágica y las repercusiones inmensas. Almereyda, que sospechaba que iba a ser implicado, merodeaba por el Senado, esta vez no muy descaradamente. Sus compañeros estaban horrorizados. Cada uno de ellos preveía las consecuencias y sólo pensaba en cómo sacar lo mejor de ello. La "cadena" apareció en todo su horror. La palabra vino del propio bandido. El 11 de julio, en uno de los últimos números de este infame periódico, escribió:

234

"Cuando *l'Action Française* y otros trapos de sacristía me arrastran por el fango, no es a mí a quien realmente se apunta, es a Caillaux. Cuando Hervé vilipendia a M. Dubarry y a Le Pays, no se culpa a Dubarry, sino a Caillaux. No creo ir demasiado lejos al decir que lo que es cierto para mí, en relación con Caillaux, es cierto para este desafortunado Duval en relación conmigo. Mi desdichado amigo no es más que el último eslabón de una cadena con la que los enemigos y aprovechados del régimen esperan estrangular a quienes nos impiden bailar en círculos. Puedo decirle desde ahora que esto no funcionará por sí solo.

La palabra "estrangular" era más exacta de lo que el desgraciado se imaginaba. El 6 de agosto —Malvy estaba de permiso en Veules-les-Roses y Leymarie había sido nombrado director de la Seguridad General para vigilar el asunto— se registró la casa de Almereyda en su chalet de Saint-Cloud, y la policía encontró los documentos orientales entregados por Charles Paix-Séailles, director del *Courrier Européen*, a su antiguo secretario de redacción, bien visibles en su caja fuerte. En el *Bonnet Rouge* se vio un fajo de cartas de Caillaux, que la policía respetó en su momento y que no fueron incautadas hasta más tarde, durante un segundo registro.

235

Detenido esa misma noche, Almereyda fue encarcelado inicialmente en La Santé. Como adicto a la morfina, sufría la repentina abstinencia de su droga; el doctor Socquet prescribió su traslado a la cárcel de Fresnes, donde fue internado en la enfermería. Ese mismo día, escribió a su abogado defensor, Paul Morel, pidiéndole que acudiera a recibir su declaración. Mientras tanto, su estado empeoró repentina y misteriosamente. El día 14 por la mañana estaba muerto. El médico de la prisión, el Dr. Hayem, atribuyó su muerte a una intoxicación. Sin embargo, tres patólogos forenses, los Sres. Socquet,

Vibert y Dervieux, examinaron el cadáver y descubrieron un surco azulado en el cuello, la marca de un cordón de zapato. ¿Crimen o suicidio? El informe médico concluye que se trata de un suicidio, pero uno de los expertos tiene sus reservas y admite la posibilidad de un crimen. A pesar de las investigaciones y la insistencia de M<sup>e</sup> Paul Morel y M<sup>me</sup> Almereyda, una nueva investigación sobre las causas de esta misteriosa muerte, dirigida por el juez de instrucción Drioux, no arrojó nuevos resultados. Por tanto, se consideró oficialmente que Almereyda se había suicidado. Personalmente, sigo inclinándome por el crimen y me remito al axioma latino: *Is fecit cui prodest*. En francés: *le coupable, c'est le bénéficiaire*. Sólo queda encontrar al beneficiario o beneficiarios. Deben de estar entre los que tenían todo que temer de la confesión suprema del bandido.

236

La dimisión de Ley-Marie como Director de la Seguridad General se anunció en agosto. La dimisión de Malvy como Ministro del Interior estaba fechada el 3 de agosto. Llevaba varios días pidiendo a las dos comisiones del ejército de la Cámara y del Senado que aceptaran escucharnos a Malvy y a mí. Era la época de mis cortas vacaciones. Las pasé en Touraine, luego en Bretaña. Todos los días telefoneaba a l'Action française con un informe sobre el gran drama que, intuía, iba a adquirir proporciones aún mayores. Pero la implacable censura cercenó tres cuartas partes de mis pensamientos. Los hechos se encargaron de llenar los espacios en blanco.

237

Por último, no cabía duda, para cualquiera que conociera la historia del *Bonnet Rouge* tan bien como yo, en primer lugar que el caso de comercio con el enemigo se convertiría rápidamente en inteligencia con el enemigo, traición sin más; y en segundo lugar que la cadena o farandole de Almereyda estaba destinada a arrastrar a todos los cómplices y encubridores, por muy altos que fueran. La personalidad enérgica y previsor de la capitán relator Bouchardon —comparable al La Reynie del asunto de los Venenos bajo Luis XIV— era una garantía de la seriedad con la que esta vasta investigación se llevaría a cabo y produciría todas sus repercusiones. Aquellos que, como yo, ven claramente la mano de la Providencia en los asuntos humanos, observarán que el hombre necesario para una operación deseada desde lo alto aparece siempre en el momento justo. Joffre estaba allí —y un poco allí! — para la victoria del Marne. El capitán Bouchardon estaba allí para el asunto del "cheque Duval", una descripción ridículamente estrecha, dada la importancia de los cargos y sus ramificaciones.

238

Ruego a los lectores de este libro que crean que no exagero. Era tan precioso para los alemanes disponer de la banda completa —digo completa— del *Bonnet Rouge*, como medio de acción en París, como lo era disponer, antes de la guerra, gracias a sus espías, de una buena estacada de la carretera del Oise y de las canteras del Soissonnais. Las otras acusaciones de traición y complicidad no son más que dependencias de ésta. Las engloba y las explica todas. Almereyda no era periodista, pero tenía todas las hechuras de un esbirro, y su talento como chantajista bien colocado le convertía en una fuente de información inestimable. Esto explica por qué los alemanes les pagaron tanto dinero a él y a sus colaboradores. Como se suele decir, encontraron en este grupo algo para comer y beber. No exagero si digo que las actividades de todo este grupo criminal prolongaron la guerra más de un año y costaron a Francia decenas de miles de vidas. Los criminales que actúan en el corazón mismo de una nación en guerra, en su propia sangre vital, son infinitamente más perniciosos que si operaran en la periferia.

239

Todos los demás supuestos casos de traición o divulgación de documentos relativos a la defensa nacional, que posteriormente fueron investigados por la justicia militar, tuvieron su origen en el caso *Bonnet Rouge*. Era inevitable que así fuera. Creo que fue el perspicaz teniente Mornet, colaborador de Bouchardon, quien dijo que estos casos no eran más que los distintos capítulos de una misma obra criminal. Esto es perfectamente cierto. Cada día aparece un nuevo eslabón entre los distintos personajes que se daban la mano, formando la cadena de Almereyda. ¿Cómo se habían reunido, agrupado, asociado? ¿Bajo qué órdenes, instigados, en qué momento preciso? Siempre hay algo misterioso en estas asociaciones de villanos, como si estuvieran envueltas en la sombra de los bajos fondos humanos. Aunque fueron maniobradas por el enemigo, en realidad sirvieron a sus propósitos en una medida difícil de precisar, pero que considero considerable.

Notablemente, había allí hombres jóvenes, sufridos o vigorosos, en todo caso muy capaces de un servicio auxiliar, si no activo. Mientras tantos muchachos leales, que habrían podido ser útiles a su país de tantas maneras, eran movilizados uniformemente como escribas en oficinas imprecisas, donde su actividad se perdía y se empantanaba, la gente de la banda de Almereyda y el propio Almereyda permanecían intocados por la monotonía de la guerra. Fueron abandonados a su tarea, que ahora conocemos. Vemos que hubo complicidades, directas, con conocimiento de causa, o indirectas,

por ceguera, y entre ellas destacó la infame figura del doctor Lombardo, encargado de las reformas fraudulentas.

240

Aquí quiero mostrar la inanidad del reproche que me hicieron algunos buenos apóstoles por haberme arriesgado a alterar la moral de los combatientes revelándoles que habían sido traicionados. ¿Habríamos debido dejar que les traicionaran y permitir que unos seres incalificables destruyeran sobre la marcha los prodigiosos esfuerzos de nuestros ejércitos? Ahora bien, no sólo la moral no se vio afectada por la serie de mis revelaciones, por el gran discurso de Clemenceau y por los acontecimientos que siguieron, sino que, desde todos los puntos del horizonte, me llegaron miles y miles de cartas —entre las cuales las más conmovedoras y las más vigorosas venían del frente— alentándome en mi duro trabajo y pidiéndome que lo continuara. La proseguí, puedo decirlo, sin dudarle un instante, en medio de un disgusto que no siempre fue superado por la indignación. En varias ocasiones, ante un estupor increíble, ante tal o cual página de prosa envenenada, cuya intención atroz era visible, ¡cuántas veces la pluma vengativa estuvo a punto de resbalármese de las manos! Usted no creería tales horrores. Sin embargo, me recompuse, con la certeza de que se trataba de un deber importante, con la conciencia de que no cedía a ningún prejuicio, de que a menudo atenuaba las cosas en lugar de exagerarlas. Me imaginaba a los otros allí, en el barro helado del Aisne y de los Vosgos, en guardia contra los boches, y me decía: "Ya que no eres miembro de la clase, ya que no haces tanto como ellos, intenta al menos, en tu esfera de periodista, prestar a estos héroes el pequeño servicio que puedas". Fue esta convicción la que me impulsó. Nunca he estado en el frente de un ejército, pues creo que si no eres un líder o un soldado en una tierra invadida, no tienes dónde estar si no estás empuñando un arma o una granada. Pero en mi mente, gracias a una forma de imaginación que me sugiere con fuerza la realidad de la situación, pasé largas horas en medio de esos campos desolados, frente a esos cuerpos que yacen o velan bajo el cielo gris, mientras la muerte se cierne y truenan en la distancia. Y entonces me imaginé a Duval, a Marion, a Almereyda tocando los infames billetes manchados de oro y sangre, estrechando la mano de los boches de Mannheim, Cartagena y San Sebastián. Entonces, como dicen los poetas griegos, el corazón me saltaba por el diafragma y cogía de pronto mi herramienta, afilada por la cólera patriótica.

## CONCLUSIÓN

El lector ya lo ha adivinado, y los hechos hablan por sí solos: con la guerra de 1914-15-16-17-18 —se afirmó al principio que sería corta— nos enfrentamos a una nueva forma de guerra que sólo guarda un vago parecido con la de 1870, que es a la de 1870 lo que el cañón de muy largo alcance o el Gotha son a los obuses de von Moltke. Las características de esta lucha sin precedentes históricos son las siguientes:

1° Requería una gran preparación previa y arraigo alemán en los países que Alemania quería combatir y dominar. *Ver Pregarra;*

2° Exigía una preparación meticulosa y secreta. Nada había trascendido antes de agosto de 1914 sobre la posible utilización de terrazas de hormigón para la artillería pesada, sobre la organización, en tiempos de paz, de las líneas de retirada que se consideraban más favorables. El enemigo, que llevaba muchos años empeñado en destruirnos, no había jugado ni una sola carta. Este es uno de los grandes éxitos del odio;

3° Implica una presión fuerte, periódica y sistemática sobre la moral del adversario. Estas presiones se ejercen con la ayuda de caracteres cuidadosamente elegidos y mediante papel impreso. La dosis depende de las circunstancias. De ahí la expresión tan acertada —creo que fue acuñada por Henry Bérenger— de "maniobra derrotista";

4° No deja piedra sobre piedra: financiera, económica, comercial, industrial e intelectual;

5° Se preocupa de unir perpetuamente los hilos de su trama, para formar claves de traición, grandes criptogramas, que el país combatiente sólo descubrirá cuando sea demasiado tarde;

6° Nunca da por concluido su trabajo. Está en constante mejora y desarrollo.

El alemán, al fin y al cabo, es un animal feroz, que sustituye el ingenio por el uso y trata de pensar en todo. Tanto es así que al final se enreda en la maraña de sus planes y se sale con la suya mediante una brutalidad desenfrenada. No tiene sentido del equilibrio, ni escrúpulos, ni sentido del honor, ninguna de las cosas que hacen la vida tan encantadora y preciosa. Para él, todo se limita a un único objetivo: la dominación brutal. Es tan

## CONCLUSIÓN

inconsciente de sus propios defectos que se asombra de que la gente no le quiera. Así es nuestro amistoso vecino. Es importante, de una vez por todas, tomarle por lo que es. Cuando habla de ciencia, piensa en su ciencia, que es muy real, pero cuya palabra es devastación. Cuando habla de socialdemocracia, está pensando en *su* Sozialdemokratie, un instrumento de propaganda germánica bajo una máscara internacional. Cuando habla de religión, piensa en *su propio* Dios bueno y viejo, que mata a mujeres y niños dormidos con torpedos: "Obedecedme u os mato... Destruíos los unos a los otros". Éstas son las principales máximas de "Dios con nosotros".

Así formado, equipado y atrapado en un sistema político que le da consistencia, continuidad y poder de penetración, el animal alemán se dedica a la astucia. Por desgracia, ilo sabemos todo!

246

Esta vez hay que aprender la lección, durante el resto de la guerra y después. No escribí este libro por otra razón que la de abrir los ojos a mis conciudadanos de una vez por todas. Podría haberlo desarrollado más, sobrecargándolo de observaciones y glosas. En lugar de ello, me he limitado a algunas ilustraciones bien definidas y llenas de colorido de los métodos subterráneos y tortuosos utilizados contra nosotros por el enemigo implacable. Él había observado un cierto submundo en nuestro país, al margen de las finanzas, el chantaje, la política y la prostitución. Lo equipó y lo subvencionó. Les dio un periódico de un tipo singular. Abrió todas las puertas a este submundo. Lo convirtió en un Estado dentro del Estado, un poder capaz de insultar y amenazar de muerte a los buenos ciudadanos que lo denunciaban y, al mismo tiempo, denunciaban a Alemania. ¿Cómo, exclamaron los papanatas, pudo Almereyda convertirse, en sus manos, en el amo del país? Calma, señores, Rusia sí cayó, por el mismo proceso, en poder de un Lenin y un Trotsky. Cuando los nervios son sacudidos por una guerra larga y agotadora, las empresas más aparentemente insensatas, apoyadas por el oro y el gusto por el crimen, se hacen posibles. No hay que encogerse de hombros ante ningún intento alemán. Por el contrario, hay que desmontar cuidadosamente la máquina infernal para ver lo que había dentro.

247

En el curso de este estudio, me he referido varias veces a la *Gazette des Ardennes*, un periódico alemán en lengua francesa publicado en Gharleville durante la ocupación. De hecho, es extremadamente significativo, como modelo de lo que los alemanes pretendían conseguir tanto en los países invadidos como en los países que iban a ser invadidos. El tono es cortés y

## CONCLUSIÓN

prudente, porque el folleto se dirige a la burguesía y no al mundo del proletariado o a lo que el ministro Malvy cree que es el mundo del proletariado. En realidad, el *Bonnet Rouge* reclutaba su clientela principalmente entre la escoria, los proxenetes, ciertos salonnards orgullosos de presumir y los filoboches de las finanzas. Sin embargo, se voceaba y se vendía a las puertas de las fábricas y a las puertas de París, de regreso a los suburbios. Por eso era un periódico vespertino. Tenía una clientela innoble pero real. Sus ruidosos carteles cubrían las paredes. Sus redactores (Almeryda y Landau forrándose de pasta) estaban bien pagados. Alemania había hecho las cosas bien y podía comprobar cada día que obtenía una buena relación calidad-precio.

248

Uno se pregunta qué habría sido del *Journal con el tiempo*, en manos de Desouches y Bolo, reconciliados y reunidos. Un órgano de información tendenciosa, probablemente. Aquí, dada la inmensidad del público, la oficina ocultista alemana, que proporciona los temas de la traición, habría procedido con más tacto. Habría conservado un cierto barniz patriótico para el diario elegido, interrumpido aquí y allá por bochismos característicos. Hay varias combinaciones posibles: la del chovinista fanfarrón que, una buena mañana, en una coyuntura crítica, declara que decididamente no hay nada que hacer y que los sacrificios son inútiles. Está el escepticismo sonriente que corta uno a uno todos los brotes de esperanza y forja, bajo la apariencia de la ironía, una realidad de desesperación. La costumbre de manipular las agencias y falsear las noticias, discretas o estridentes, ha dado al enemigo cierta destreza en este género. Sin embargo, su marca es fácilmente reconocible.

249

Desde el principio de la guerra, habríamos necesitado una oficina de prensa constituida de forma diferente a la que teníamos y cuyos servicios y méritos no pretendo disminuir. Esta oficina, en conjunción con la oficina de inteligencia militar y civil, habría tenido la tarea de vigilar la infiltración alemana y las sugerencias en los diarios y periódicos. Habría sido menos pasiva y más emprendedora. El papel de un Guilbeaux o de un Routier habría quedado rápidamente al descubierto. Así se habría establecido una barrera contra el derrotismo impreso, tan formidable a medida que se prolongaba la guerra. Es un error común, sobre todo entre los republicanos, considerar la libertad de prensa como un arca sagrada, incluso en tiempos de guerra, y no sopesar las consecuencias de un artículo deprimente o falso en tal o cual momento crítico. No es necesario el talento especial de un Duval.

## CONCLUSIÓN

Un escribiente de buen estilo puede arruinar, en una sola columna de papel, el trabajo de varios meses, advertir discretamente al adversario, sin que lo parezca, de lo que se prepara contra él, y quemar una buena pista. Las buenas personas tienen una singular reticencia a ver el mal allí donde existe. Una cierta inercia, natural en el tímido hombre de bien, le hace preferir el "no tanto". — Pero este tipo es un granuja. Ya se ve por dónde va su periódico. — No tanto. — Pero obviamente le está haciendo el juego a los alemanes. — No tanto. Hay un proverbio que dice que con "si" se puede poner París a la espada. Con "no tanto", dejamos operar a los incendiarios y asesinos.

250

Porque matar la moral existe. Cooperá, repito una última vez, con las operaciones militares. Almereyda, Guilbeaux y Routier prestan una poderosa ayuda a Hindenburg y Ludendorff. Tienen su propia mesa en el Estado Mayor. Frente a un campo cubierto de los cadáveres de sus conciudadanos, pueden decir, sin falsa modestia: "Yo estuve allí".

Contrarresté esta nueva ofensiva, en *Action Française*, durante todo el tiempo que pude. Pero durante tres años de guerra, el Estado francés me dejó luchar casi solo. Con mi cooperación, debería haber sido capaz de limpiar la retaguardia en seis meses. Hasta julio de 1917 no entramos en guerra total. Ahora tenemos que redoblar nuestros esfuerzos y aprovechar nuestro éxito.

27 de marzo de 1918.

FIN

## CONCLUSIÓN

### ÍNDICE

- 7 CAPÍTULO I — Qué se entiende por guerra total.
- 20 CAPÍTULO II — ¿Qué es un emboché?
- 38 CAPÍTULO III — La disociación interior
- 58 CAPÍTULO IV — Dos tendencias opuestas
- 81 CAPÍTULO V — ¿Qué era el "Sombrero Rojo"? Almereyda y sus compañeros
- 114 CAPÍTULO VI — La gorra roja y el oro alemán
- 143 CAPÍTULO VII — La amenaza para el país
- 170 CAPÍTULO VIII — Amenazas para el país (continuación)
- 199 CAPÍTULO IX — El asalto a la moral francesa.
- 227 CAPÍTULO X — Cómo se descubrió todo.
- 243 Conclusión

LISTO PARA IMPRIMIR  
30 DE ABRIL DE 1918  
NUEVA LIBRERÍA NACIONAL  
POR  
PHILIPPE RENOARD

19, rue des Saints-Pères